

VÍCTOR CONDE

LA ÓPERA DE LA MENTE

UN RELATO DEL MULTIVERSO

Lectulandia

Un relato del Multiverso. Caleb Gloss, un rico arancelario de espacios en la órbita de atraque del planeta Tanjet, decide trasladar su mente a un nuevo cuerpo, debido al accidente que tuvo durante las fiestas de carnaval que se celebran por todo el planeta. El nuevo cuerpo parece perfecto: hermoso, atlético, sano... pero pronto nota cambios. De la noche a la mañana muta para adoptar la monstruosa forma de un Señor del Crimen que fue asesinado. Y junto con esos cambios llegan recuerdos que Gloss sabe que no son suyos. ¿Está su cuerpo bioformateando a alguien para descargar una salvaguardia del criminal muerto? ¿Desaparecerá el yo de Gloss ante la presión de la mente que ha entrado?

Lectulandia

Víctor Conde

La ópera de la mente

Metaverso: Relatos del Multiverso - 2

ePub r1.0

Balhissay 18.12.15

Título original: *La ópera de la mente*

Víctor Conde, 2013

Editor digital: Balhissay

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La ley, sin una fuerza que la respalde, se parece más a un aforismo elegante que a una regla tácita.

Sentencia popular de los gadeanos

Si quisiera reglas para vivir mi vida, habría nacido con un manual de instrucciones bajo el brazo.

J. P. SARTRE

PRIMER ACTO

HUÉSPED EN EL JARDÍN DE LA DESIDIA

«En el fondo da igual en qué agujero oscuro metas la nariz. La oscuridad siempre tiene la misma textura, no importa lo que subyazca, y se la debe tratar con respeto».

Uri Phernon, antes del incidente Gloss

«Hay un precio por explorar lo desconocido, y es que lo desconocido decida que le resultas interesante».

Uri Phernon, después del incidente Gloss

1

A veces me pregunto cómo sería medir los días por las brisas y las corrientes de agua.

Antes del accidente, Caleb me contó que su madre le había enseñado a buscar el paso del tiempo en los hechos de la naturaleza más que en la sincronía musical de un reloj. Midiéndolo como los niños pequeños, por acontecimientos, y no por percepciones subjetivas. Antes del accidente, Caleb era un hombre feliz, que creía firmemente en las teorías que él mismo lanzaba contra las paredes de la vida, con la esperanza de que algunas de ellas fueran ciertas aunque desconociera sus argumentos.

Antes del accidente, yo ni podía imaginar que era la vida la que arrojaba sus propios teoremas, y con ganas de hacer daño, a la cara de los hombres.

... La lanzadera escora a babor y comienza un largo forcejeo con la gravedad, donde todo es cinética fallida y mal orientada y fuego que sale de todas partes y objetos que vuelan y miembros de la tripulación, literalmente miembros, que se desprenden de los cuerpos y azotan sin piedad las caras de los pasajeros. Las alarmas se empeñan en recalcar estúpidamente lo que todo el mundo sabe: que están cayendo, que algo ha salido mal, que los sistemas de seguridad no funcionan como deberían, que la Compañía deniega cualquier responsabilidad sobre esto...

El día en que la lanzadera se estrelló contra el canal, los compases de apertura de *Desmontemos ese sucio chasis* seguían revoloteando en la cabeza de Caleb.

Había oído a otro de los pasajeros silbar la melodía mientras se instalaba en uno de los divanes de gravedad, y su propia versión (distinta, con menos percusión y más flautas) salió de la parte de atrás de su cabeza, quedándose a su lado en lo que duró el descenso desde la saltoárea. Era una de las pocas canciones que, para un hombre que se había instalado cómodamente en los cuarenta, con todas las deudas pagadas en etapas anteriores, seguían teniendo la chispa de aquella primeriza alegría de la música, de vivir-sentir-sufrir la música que experimentó la primera vez que tocó un instrumento.

Su padre había sido músico. Su madre fue cantante de la ópera del carnaval. Su hermana dirigía coros en los desfiles de carrozas. Él se había reservado la ilustre decisión de romper la tradición familiar y se había hecho empresario a tiempo completo. No, gracias, las fanfarrias para luego.

... Caleb siente la compresión temporal de la adrenalina corriendo por su sangre; la mujer que está sentada a su lado grita algo sin sentido, una frase que quizá estuviera rondando por su cabeza antes, pero que ahora no tiene razón de ser, como «hay que lavar los calcetines antes de la inspección de mañana», frase que chilla con toda la fuerza de sus pulmones como si fuera su argumento

para atravesar las puertas del Santuario; un trozo del casco se desprende dejándoles ver que ya no hay nubes sino edificios rodeándolos, el estabilizador con forma de ala delta sale a buscar su propio destino entre las fachadas difuminadas por la velocidad, y el tren de aterrizaje, que debería estar desplegado, sale volando y convierte una de esas fachadas en polvo de cemento...

El fracaso de la tecnología es orgiástico, un éxtasis con el síndrome de la muerte aparente.

La mitad de Ferazza seguía brillando ajena a todo ello. La ciudad parecía extenderse sin freno en todas direcciones, apoyándose no solo en su intrincada red de canales (los preciosos canales festoneados de puentes y escoltados por palacios móviles que hacían las delicias de los turistas), sino en las extensiones de favelas que brotaban como excrecencias aquí y allá, amasijos de viviendas destartaladas que eran las únicas montañas en un paisaje eternamente llano. Joyas decadentes únicas en la Variedad. En todos los sentidos.

Barrios que atesoraban la luz solar, presumiendo de legado arquitectónico, compartían horizonte con lo que Caleb llamaba «orgías de polución visual», selvas de chabolas que más de un Gran Pensionario había soñado con barrer de la faz del planeta con andanadas de bombas atómicas. Por supuesto, ninguno lo había hecho, y no por motivos morales: la radiación habría sido mala para el carnaval, y no digamos para el turismo.

Yo había circulado muchas veces por esas callejuelas laberínticas, persiguiendo trofeos o buscando talleres clandestinos de chatarra, y el instante en que el amanecer me bañaba era sorprendente.

La oleada de luz refrescada por el aire me golpeaba con una sacudida, y el perfil de las cosas adquiriría más consistencia, incendiándose con subrayados cegadores. Objetos, edificios y personas que hasta ese momento eran sombras en una penumbra que tampoco era noche del todo, dejaban de ser etéreos para ingresar en el mundo real. Los carteles de un millón de comercios se apagaban para ahorrar energía, y de los pocos huecos que dejaban en las fachadas surgían manos atareadas que colgaban ropa de los tendederos.

La simple mención de la luz hacía que los rezagados de las fiestas nocturnas fueran conscientes de que estaban tambaleándose de cansancio, y cada cual a su modo ponía rumbo a lo que tuviera por casa. Si es que aún les quedaba algún sitio al que regresar. La mayor parte de los bailarines ni siquiera conservaba una identidad propia cuando acababa la fiesta.

... el empresario se aferra a los apoyabrazos del sillón, clavándoles las uñas recién salidas de la manicura, perfectamente cortadas y abrillantadas con esa nueva moda para ejecutivos, y reza para que cuando llegue el final sea tan

rápido que su mente aún crea que está rezando; pero el final se empeña en no llegar, la mujer de los calcetines lavados sale disparada hacia el techo y revienta junto con la mitad del empenaje de cola, y los asientos giran y giran hasta hacer un nudo con lazo con la gravedad; Caleb se pregunta por qué lo han elegido precisamente a él para no sucumbir de una forma instantánea, sino para estar despierto y soportar el dolor, el infinito dolor, la oscuridad, la tiniebla que cae y muerde su brazo...

Fue un desastre, lo de Caleb. Lo de la lanzadera, quiero decir, y no solo por la suerte de los desdichados que viajaban en ella, sino porque fue a estrellarse en la zona rica de la ciudad.

Si hubiera caído en las favelas, puede que ni siquiera las redes de simbiosis de datos de la mañana siguiente se hubieran hecho eco del suceso. Una explosión más, un par de hectáreas de casas menos... a quién le importa. Pero dio la casualidad de que el impacto contra el agua tuvo lugar en medio del canal Pelagio, en el sinuoso tramo que cruza la plaza de las Similitudes, y hubo asociaciones de transportistas y gondoleros que perdieron valiosos barcos (además de sus respectivos turistas) en el *tsunami* posterior.

Supongo que a nadie le gusta abrir la ventana con intención de asomarse a la fiesta, al estallido de alegría y embriaguez colectiva, y ver el corpachón de una lanzadera haciéndose pedazos, los motores volando por los aires envueltos en humo, las alas incrustándose en los edificios de enfrente (si había suerte y no era tu edificio el que estaba enfrente), y centenares de personas siendo calcinadas antes de que la ola del canal los barriese.

Nadie espera encontrarse con semejante panorama, más por la falta de cortesía que supone que por empatía hacia las víctimas. La gente de Ferazza, para ser sinceros, nunca ha destacado por su hospitalidad, a pesar de ser la ciudad más turística del planeta. O precisamente por eso.

Así pues, cuando las ambulancias y los robots-grúa llegaron al lugar del siniestro y comenzaron a rajar la panza del aparato, casi deseaban que nadie hubiera sobrevivido para contarlos.

Se decepcionaron al encontrar entre los escombros el brazo de Caleb Gloss.

Aquel miembro seguía moviéndose, o yo no tendría una historia que contar. Y el cuerpo que estaba unido a él ofrecía un estado tan lamentable que los sistemas de diagnóstico de los tanatómicos le dieron quince minutos de vida.

Caleb se había topado con una de esas encrucijadas de la vida en que todo parece confabularse en tu contra... pero aun así te las arreglas para alojarte en el mínimo porcentaje que queda de que puedas contarlos. De que los asientos que te rodean bailen como peonzas y acaben formando una cúpula que te proteja de las llamas, o algo por el estilo.

Caleb tuvo que dar gracias a que los equipos de primeros auxilios no estuviesen

programados con los mismos reparos morales que los ciudadanos, o lo habrían dejado tirado allí mismo para que cargara con la culpa del desastre y se lo explicara con todo lujo de detalles a quien lo estuviese esperando en la otra vida. Pero las máquinas hicieron bien su trabajo, a pesar de sus operadores, y el empresario Caleb Gloss logró salvar la vida.

La alegría no duraría mucho.

2

El incidente Gloss fue un hecho colectivo. Y no me refiero solo a que la lanzadera transportase a noventa pasajeros, dejando aparte a los tripulantes y las mascotas que iban en la bodega de carga, o que un número aún mayor de personas falleciera cuando el cielo se cayó sobre el canal Pelagio.

Me refiero a colectivo en un sentido individual.

Como cualquier habitante del planeta Tanjet, Caleb mantenía encendida su etiosfera en todo momento, veintiséis horas al día, trece días por semana. El sistema de enlace omnipresente (o de «panumbilicado», como les gustaba llamarlo a los vendedores) consistía en una nube invisible de cámaras microscópicas de alta resolución que vigilaba en todo momento las evoluciones del usuario.

Nadie sabía si esas cámaras estaban realmente ahí, en el sentido de si eran objetos físicos que flotaban a despecho del viento y de la lluvia, o si eran agujeros intangibles en eso que los científicos llamaban el es-ti, haciendo malabarismos con la luz y la información. Pero lo cierto era que existían, y que en cualquier momento Caleb podía recurrir a su red de amigos para que lo apoyara en algún momento difícil, para que compartiera los instantes más románticos de su vida, o incluso para hacerla partícipe de sus meteduras de pata.

Todo lo que pasara por la cabeza del usuario en cualquier momento era susceptible de ser volcado en la etiosfera. Incluso su muerte.

La etiosfera estuvo ahí cuando el empresario se subió a la lanzadera, en la saltoárea, y estuvo también cuando la cadena de fallos que llevó al traste la reentrada empezó en algún lugar del motor izquierdo. Las nanocámaras ocupaban un lugar físico en lo que respectaba a los implantes ópticos de Caleb, y cuando las miraba, en lugar de aire podía ver los iconos de sus amigos flotando en tranquilas órbitas, encerrados en círculos de distintos colores que indicaban si deseaban hablar con él, si estaban durmiendo, o si le enviaban algún sentimiento resumido en un símbolo.

Caleb estaba charlando animadamente con una compañera de promoción, una tal Carbón 5, que había modificado su fotografía para mostrarse ardiendo con llamas azules. Su cuerpo era el pistilo de una flor de fuegos de artificio, y su ropa un tatuaje de cinco dimensiones. Era el último grito en moda para iconos, más importante que la ropa que vestía el sujeto en la realidad.

Carbón estaba orgullosa de que por fin la hubieran aceptado en una de las prestigiosas corales que cantaban a la vera de los canales, aunque para ello hubiese tenido que operarse la voz e implantarse unas cuerdas vocales nuevas, con pequeños agujeritos que podían abrirse o cerrarse para controlar los agudos. Le estaba haciendo una demostración a Caleb de su virtuosismo artificial cuando algo explotó, mandando una onda sísmica a través del suelo.

En lugar de la lenta frenada característica de la reentrada, en que la nave se desharía del diferencial de velocidad con respecto a la rotación planetaria, lo que

Caleb sintió fue un brusco tirón que le comprimió las vísceras. De todo lo demás, el ejecutivo se enteró al día siguiente por los boletines de noticias.

Sus amigos cayeron con él mientras las fugas de oxígeno amontonaban carbones ardientes en el vacío. Lo vieron destrozarse las cuerdas vocales pidiendo auxilio mientras la gente que no llevaba el cinturón de seguridad rebotaba de aquí para allá como avispas borrachas. Sintieron mezclarse las etiosferas de muchos pasajeros cuando se abrazaron antes de ser absorbidos por las grietas y lanzados al espacio. Algunos de aquellos iconos habían activado para entonces la función de grabación, y las imágenes estaban siendo difundidas en tiempo real por la Ultralínea. Diez segundos de horror, tic-tac, tic-tac. «Dioses debí haber prestado atención al maldito discurso de seguridad de la azafata, y el suelo que está cada vez más cerca».

Durante los angustiosos minutos que Caleb permaneció hecho una sola cosa con los hierros que lo sepultaban, llamó mil veces a sus padres. Gritó el nombre de su madre y el de sus socios del consejo de administración, el de su mascota genetratada, e incluso el de aquella chica pizpireta que tanto lo rondaba durante sus años de estudiante.

Pero o bien sus implantes estaban quemados y no le ofrecieron ninguna imagen, o su memoria visual no se refrescaba con la suficiente rapidez. O (simplemente) nadie acudió a socorrerlo cuando más lo necesitaba. Sobre esta cuestión tuvo mucho tiempo para meditar después. Lo cierto es que no se había sentido más solo y abandonado en toda su vida. Atención, damas y caballeros, Caleb Gloss ha salido del edificio.

Los iconos, aquellos testimonios flotantes de su arnés emocional, volvieron a él como una vaharada de oxígeno mientras unos brazos lo llevaban al hospital y lo tumbaban sobre la mesa de operaciones. Caleb dio gracias al rostro de su madre por estar allí, dio gracias al hocico de su perro por lamerle la mejilla, y al icono ardiente de Carbón 5 por seguir ardiendo y entonando sus arias sintéticas.

Los necesitaba a todos, y más que ninguno al de su prometido, Saynon, al que no podía oír pero que, por su expresión, imaginó que le estaba dando ánimos y diciéndole que no se preocupara, que ya había cogido el primer EV para ir a verlo al hospital.

La intervención quirúrgica que le salvó la vida también fue un acto masivo (individualmente masivo), por más que Caleb Gloss, indefenso bajo todas aquellas estocadas de bisturí y nubes químicas, se sintiera más solo que nunca.

—¿Dónde está? ¡¿Dónde?!

La noche había caído ya, pero mientras Saynon Krens recorría con andar conmocionado los pasillos del hospital, de los jardines que decoraban la fachada no llegaba la monótona salmodia de los grillos o el gorjeo de las aves nocturnas, sino la lenta exhalación de una brisa.

Visto desde fuera, el edificio recordaba un enorme panal de abejas con los muros divididos en hexágonos. Unas celdillas hacia las que no se podía mirar, sino solo ser mirado.

El enfermero de planta le indicó a Saynon cuál era la habitación donde reposaba Caleb. Pero con esa indicación vino también una advertencia:

—Tal vez prefiera esperar un poco hasta que la operación haya acabado, antes de verlo. —Una voz acostumbrada a dar malas noticias—. Su amigo ha... bueno, ha cambiado. Ya no es el mismo de antes del accidente. Eso se lo han dicho, ¿no?

El rubor subió a las mejillas de Saynon. No era vergüenza, sino el primer aviso de cólera. Él se tenía por un hombre tranquilo, que meditaba sus decisiones antes de tomarlas, pero no estaba dispuesto a dejar pasar ni un segundo más antes de ver a la persona que más quería en el mundo, y que estaba sufriendo indeciblemente al otro lado de aquellos paneles antisépticos.

—Quiero verlo ahora —declaró, y él mismo abrió la puerta del habitáculo, algo que estaba seguro que nadie le echaría en cara.

Desear no haberlo hecho fue lo siguiente que pasó por su cabeza.

Caleb, o mejor dicho, lo que quedaba de Caleb, flotaba en un estanque de soluciones químicas y nanocirujanos. Una cuna vertical, atornillada a la pared opuesta a la entrada, de la que surgía una pequeña selva de lianas, tubos y patitas articuladas de propósito indescifrable. Varios monitores ofrecían datos en forma de lloviznas de códigos de barras. El líquido contenido tras el cristal de la cuna era mohoso, saturado de reacciones electroquímicas que despedían luz mientras torturaban la carne del paciente.

Lentamente, como si temiera desequilibrar un sutil juego de milagros quirúrgicos, Saynon se acercó hasta que vio su propio reflejo superpuesto al de la cara de su amado.

Caleb siempre había sido un hombre apuesto, cinco años mayor que él pero tan bien cuidado que podía competir con cualquier joven efebo. Era ancho de espaldas, de mandíbula contundente pero ojos suaves, muy expresivos. Saynon solía quedarse mirándolo, a veces directamente y a veces con disimulo, mientras conducía su EV deportivo por encima de los canales. Le gustaba cómo la luz del salpicadero arrojaba un destello rojizo sobre el cuello de Caleb, haciendo que el impermeable de vuelo pareciera hecho de cerezas.

Por desgracia, nada de aquella sublime presencia, de aquella demostración de que

la naturaleza podía esculpir por sí sola un cuerpo y una alma mejor que cualquier cirujano, había sobrevivido al accidente.

La mancha que era el cráneo de Gloss se mecía de un lado a otro, arrastrada por infinitesimales corrientes y por la onda expansiva de las reacciones químicas. Era poco más que hueso revestido de placas de nanos, tiras de piel cosidas por las que asomaba el cerebro que había debajo. Gran parte de su maravillosa y sensual mandíbula había desaparecido, y la lengua, un trapo sucio y quemado sin tendones a los que agarrarse, asomaba flácida de lo que quedaba del mentón.

Pero lo peor de todo era que él estaba despierto, mirando con ojillos tristes y medio desquiciados, sin párpados que los masajearan, a la sopa infecta.

Saynon tuvo que retroceder. Se había prometido a sí mismo que cuando entrara en la habitación contendría las ganas de llorar, que no se vendría abajo por horrible que fuera el cuadro. Esa fue su primera derrota.

El excusado estaba a la distancia justa para contener el vómito. Entró en él como una exhalación y se inclinó sobre la taza para soltar todo lo que llevaba dentro, fuera físico o no. La nube de caras de su etiosfera se rodeó de múltiples círculos de desaprobación. Uno de los rostros incluso se atrevió a manifestarse en primer plano para hablarle. Era el de una mujer de ceño oblicuo, cuyo fruncimiento le había dejado una cicatriz situada justo encima de las cejas.

—Tendrías que haberme consultado antes de entrar —le reprochó a Saynon—. Si él te ve antes de estar completamente sedado podría asociar tu cara a la del sufrimiento extremo. Y no querrías eso, ¿verdad? —El ceño cambió de lado—. No querrás que a partir de ahora, cada vez que te mire, vea también los bisturís y las prótesis y aquel amasijo de hierros.

Saynon se incorporó con dificultad y situó una palma temblorosa bajo el grifo. Un chorro de agua mojó sus dedos, y a continuación la nuca.

Con un dedo, desplazó la imagen de la mujer hacia un lado de la etiosfera para no tener que mirarla directamente. Tal y como tenía configurado el campo, los iconos de los parlantes siempre aparecían delante y ligeramente desplazados, para poder verlos sin que le obstruyeran la visión. Más de un novato se había dado de bruces contra una farola al aceptar una llamada mientras paseaba, o (los más idiotas) se habían incrustado en una fachada mientras conducían.

—¿Ah, sí? Pues no veo que estés aquí para decírmelo en persona —protestó Saynon—. O para comprobar siquiera cómo está tu hijo.

¿Para qué recurrir a subterfugios? Ese tipo de golpes bajos era el que más afectaba a Germild Gloss-Lavary, la madre de Caleb, por más que ella se empeñase en negarlo. No tuvo ni que mirarla a los ojos para saber que le había dolido profundamente su comentario. La manera que tuvo de responderle, tan a la defensiva, lo hizo evidente.

—Saynon. —Una sola palabra gélida—. El pronóstico de Caleb me importa más que nada en el mundo. Tengo abierta una ventana permanente con sus lecturas

biométricas. Y además...

—Y además no estás aquí, como yo, para que él pueda verte y tocarte. Sentirte cerca. —Se secó la nuca con una toalla—. ¿Alguien se ha dignado alguna vez a explicarte qué significa esa expresión, «sentirte», o esa otra de «cariño filial», Germild?

La mujer apretó los labios en una mueca. Había tenido roces en numerosas ocasiones con Saynon debido a «diferencias de carácter», que no era sino una manera elegante de tildar su desaprobación mutua. Pero jamás le había consentido que le hablara de una forma tan grosera.

—Voy a decirte una cosa, Saynon. —Cuando pronunciaba su nombre estando muy, pero que muy enfadada, conseguía que pareciera un sermón—. Aunque te suene a mera cortesía, tengo en bastante estima el cariño que mi hijo y tú os profesáis. Pero no creas que por eso te voy a consentir que me faltes al respeto, ni que me acuses de ser una mala madre. Yo cuido de los míos a mi manera, y si la presencia física es para ti un baremo tan importante, entonces es que me conoces mucho menos de lo que crees.

—Hay cosas que no se pueden comunicar mediante la red —insistió el joven, saliendo del excusado. La puerta de la habitación de Caleb permanecía entreabierta, tentándolo con una promesa de sufrimiento insoportable—. Hay cosas que los fantasmas digitales no deberían encargarse de decir jamás.

—Eso lo tengo más que claro —dijo la madre, pero esta vez la escuchó directamente, a través de sus oídos y no de la etiosfera.

Al volverse en redondo, vio la silueta envejecida de Germild andar con parsimonia hacia él a través del pasillo. Su icono desapareció del campo del joven.

Se sostuvieron un segundo la mirada, frente a frente, sin decirse nada. Y luego ella entró en la habitación.

—Mi EV se averió precisamente sobre el Pelagio, y tuve que esperar a que me recogieran —explicó, como si fuera necesario—. Creo que ese dichoso canal y mi familia tienen desde ahora una cuenta pendiente.

Procurando no mirar directamente hacia la cuna, Saynon la siguió y cerró la puerta.

—No creo que venga nadie más —murmuró, excluyendo deliberadamente a los treinta rostros que flotaban junto a su cabeza y que hacían cola en la lista de prioridad para averiguar detalles sobre el estado de Caleb. Algunos hasta tenían bonitos regalos cuyos lazos resplandecían con purpurina digital.

—Le advertí que ese estilo de vida tan despreocupado traería consecuencias. Pero como todos los hijos, tuvo que hacer oídos sordos. —La anciana miró con reproche a Saynon—. A todos mis consejos.

El joven no se dio por aludido. Pero sí que pensó en lo que le había dicho hacía un momento. «Tengo en bastante estima el cariño que mi hijo y tú os profesáis mutuamente». Sí, claro, ¿y qué más?

—Caleb llevaba... —Se corrigió al instante. No quería hablar en pasado—. Lleva, quiero decir, justo la vida que quiere. La que lo hace feliz. Su estilo de vida no tuvo la culpa de que ardiera el motor.

—Yo no estaría tan segura. Vamos, es obvio que él no ocasionó la avería, pero si no se hubiese empeñado en bajar a Tanjet para celebrar vuestro... —Saynon oyó la palabra «ridículo», la oyó de verdad, aunque ella no la pronunció—... famoso aniversario...

—¿También castigó el destino por sus malas costumbres a la gente que viajaba con Caleb? —estalló el joven—. ¿Eran todos unos descerebrados que solo pensaban en celebrar el amor y en cumplir con las viejas promesas?

Germild le mostró una sonrisa de barracuda, enseñando más las encías que los dientes. Saynon se estremeció. ¿Por qué le tenía tanto miedo a aquella mujer? ¿Sería porque Caleb, a pesar de haber rebasado los cuarenta, aún se sentía amedrentado por ella?

—Mi hijo no era ningún descerebrado, eso tenlo por seguro. Pero a veces, incluso las personas más listas se dejan engañar por asuntos que solo le importan al corazón. —Miró a la entrepierna de Saynon—. O a otros órganos que hay un poco más abajo.

—Oh, sí, qué espantosa tragedia es que el rencor nos empuje a todos a querer experimentar la pubertad tarde o temprano. Madurar, creo que lo llaman. ¿Alejarse de las faldas de mamá?

Saynon le dio la espalda y activó en primer plano su etiosfera. No quería seguir con aquella conversación, que se estaba enturbiando a cámara lenta.

Los destellos que emitían los regalos virtuales distrajeron su atención solo un segundo, lo justo como para no ver cómo la masa informe con la que tenía pensado establecer una fecha de enlace en este mismo viaje (algo duradero y definitivo, que su madre nunca habría aprobado) hacía un gesto extraño con los ojos.

Como si, a pesar de no tener párpados, le estuviese dirigiendo un guiño de complicidad.

Y en este punto de la historia es donde entro yo. En realidad prefiero no ser quien les cuente mi propia historia, porque... Bueno, mis razones tengo. Dejémoslo estar.

(Y ahora el personaje de Uri toma el relevo y deja atrás a ese inútil y sobrevalorado narrador en primera persona, ¿alguien dijo omnisciente? Anda, cállate, venga, tus diez minutos de gloria, Uri, pero en tercera):

Uri Phernon miró (*¿lo ves?, ¡tercera!, maldito cobarde*) a la mujer y sintió una mezcla de regocijo y preocupación a la que no pudo dar nombre.

La joven parecía un milagro en equilibrio, una distorsión de espejo curvo escapada de su propio laboratorio, en la que los latidos y los estiramientos sugerían profundas modificaciones. Pero los gestos, las proporciones, los tics... seguían siendo los mismos que cabría encontrar en un humano.

Estaba sentada frente a él, con solo una mesa de despacho como frontera. La indecisa curva de su columna sugería un equilibrio no apoyado en la rigidez, sino en la elasticidad y la inercia (recordaba haberla visto andar con fuertes arqueamientos, meciendo la cabeza adelante y atrás como un paloma). La cadera, reemplazada por una fisura entre los huesos de las piernas, permitía rotar al cuerpo más de tres cuartos de circunferencia en cualquier dirección.

La mujer parpadeaba frenéticamente, como si sus lacrimales ardieran por la mera exposición al aire, pero la tranquilidad de su expresión sugería que era algo normal. No sufría dolor. Ella no poseía un sentido de la vista analógico, como los humanos, sino fragmentado en paquetes. No miraba al mundo como un flujo, sino a base de fotogramas.

El investigador se había prometido una vez, años atrás, que nunca juzgaría a un cliente por su aspecto, sino por el peligro que entrañase su encargo. Y por el grosor de su cartera, por supuesto. No iba a rechazar un buen talón solo porque le desagradara el aspecto del contratante.

Y aun así, al ver a aquella *femme fatale* alienígena, aquel versículo de responsorio en el libro de las adaptaciones al espacio profundo, no pudo sino sentir un escalofrío.

¿A tanto habían llegado ya los habitantes de las colonias exteriores? ¿Tanto habían sacrificado en busca de los paraísos celestes... aunque estos colindasen con los peligrosos pársecs de caza de los urtianos?

—Entonces, caballero, ¿me ayudará a encontrarlo? —preguntó la mujer, observando a Phernon con dos de sus tres ojos, mientras el tercero navegaba sin sensación de profundidad por la habitación. En su fisonomía, mirar fijamente significaba dejar las pupilas inmóviles durante medio segundo, sin fotografiar lo que tenía ante ella, con lo cual la imagen perdía una cierta cualidad estereoscópica.

Phernon se reclinó en la silla, fingiendo que la oferta le provocaba un cierto

rechazo. Era el protocolo habitual: aunque ya hubiera decidido aceptar, no estaba de más que el cliente pensara que hacía falta un pequeño empujoncito para que el dueño de aquel despacho decidiera que merecía la pena emplear su tiempo en ayudarlo.

—No lo sé —respondió con voz afectada—. Con franqueza, hay gente más cualificada que yo para resolver su problema, señora Feuil.

La mujer se retrepó en la silla.

—Puede que sea así —dijo rápidamente, como si solo tuviera que escoger los argumentos de una lista—, pero usted es al que me han recomendado. Y muy bien, por cierto. Dicen que es el mejor en su trabajo, y que puede seguir el rastro de gente que lleva... —dudó, resistiéndose a decirlo en voz alta—... un cierto tiempo desaparecida.

—Señora Feuil —expuso Phernon, con calma, señalando la entrada del despacho—. Yo ya sé cosas, aunque usted no me las haya dicho directamente. Que haya atravesado esa puerta hace un rato me dice que soy el mejor investigador que se puede permitir. Y eso no ayuda mucho a su hermano. Necesita encontrarlo con absoluta urgencia, se lo concedo, pero habiendo agencias que funcionan a un nivel corporativo, que poseen muchísimos recursos y un número casi infinito de agentes, tal vez debería acogerse a sus planes de pago y confiar en que la cantidad supla a la eficacia. Yo podría dedicarme a buscarlo, claro, pero si como dice lleva desaparecido unos... —Consultó sus notas, fingiendo que había olvidado el dato. La mujer se adelantó:

—Siete años.

—... Siete años. Y también estaba bioadaptado a la vida en planetas no aerobios, como usted. —Cruzó los dedos en un gesto dubitativo—. Le seré franco. Trabajando en solitario tardaré mucho en encontrarlo. Puede que meses, o años. El espacio es muy grande, y mi sueldo no es pequeño.

—Sí que es grande —concedió ella, refiriéndose a la Variedad—. Pero en los últimos años he reunido pruebas que apuntan a que Blat podría estar siendo retenido contra su voluntad en... —Bajó la vista—. Bueno, en un lugar muy concreto e inaccesible, donde las agencias grandes, esas que usted me recomienda, no se atreverían a entrar.

«Aaahhh —pensó Phernon, sonriendo interiormente—; así que esta es la verdadera razón. Esta mujer no necesita recursos, sino una dedicación exclusiva y suicida. Un agente que no tema a la muerte y cuyo sacrificio no provoque quebraderos de cabeza a nadie».

—¿A qué lugar se está refiriendo, si puede entrar en detalles? —El investigador lo sabía perfectamente, pero quería oírse lo decir.

—A la Amalgama.

La mujer quiso desaparecer en el aire nada más pronunciar ese nombre. Se le notaba en cada contracción muscular, en cada balanceo de su cuello de paloma.

Pocas personas de la calle conocían la Amalgama, y de esas, aún menos se

arriesgaban a hablar de ella en voz alta sin sufrir un acceso de pánico. El lugar (que no existía, ¿quién ha dicho que sí?), se había ganado a pulso una merecida fama de terrible, de santuario de los condenados y de los que no albergaban ninguna esperanza, y que entregaban lo que quedaba de sus miserables vidas a una especie de dios oscuro a cambio de protección contra sus enemigos.

Ni siquiera los Baazu, los señores del crimen cuyos tentáculos llegaban a todos los individuos y a todas las esferas del sistema Tanjet, se atrevían a atacar directamente la Amalgama y hurgar en sus salones blindados.

Eso contaba la leyenda. Y fuera cierto o no, la señora Feuil lo creía a pie juntillas.

Comenzó a empatizar con ella. Si su hermano se había refugiado en ese santuario para escapar de los Baazu o de quién sabía qué peligro, entonces sí que hacía falta alguien tan loco como Uri Phernon para rescatarlo. Ninguna agencia que estuviera en sus cabales aceptaría tal encargo.

Los dedos de Phernon fueron a parar detrás de su cabeza.

—Entiendo. Humm. Ese último dato convierte el asunto en algo...

—Le pagaré el doble —dijo la mujer, compungida. Se notaba que él era su única esperanza, y eso lo complacía. Era lo habitual en la gente que venía a pedirle ayuda. Además, por su aspecto de exploradora adinerada de las Rutas Lejanas, podía permitirse pagar el precio—. ¡El triple! Pero, por favor, no me deje sola. Ya no... — Sus tres ojos parpadearon uno detrás de otro, en secuencia—... No sé a quién más acudir.

Phernon asintió. El triple era más de lo que esperaba, y en realidad él no se estaba comprometiendo a rescatar a su hermano, sino solo a encontrarlo, que era muy distinto. Y suficientemente peligroso si para ello tenía que infiltrarse en los laberintos de la Amalgama.

—Como quiera, pero le advierto que será extenuante.

La mujer salió despedida del asiento, como si su falda ocultara un resorte. No cabía en sí de gozo.

—¡Gracias! ¡Por el juramento de Kelos, muchas gracias! —sollozó—. ¡Póngase a trabajar de inmediato, por favor! No se arrepentirá de haber aceptado.

—Estoy seguro —murmuró Phernon, acompañándola a la puerta.

Cuando la delgada madera protegida contra rastreadores se hubo interpuesto entre su cliente y él, preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Una voz aterciopelada pareció salir del mismo aire.

—Que si fueses un poco listo, tan solo un poco, sabrías cuándo hay que esconder el culo y no dejarse llevar por la ambición. Esas extraordinarias ganas que tienes de suicidarte están tomando las decisiones por ti.

—No permito que la codicia lleve el timón de esta oficina —se defendió Phernon—. Solo le dejo... un poco de margen.

—Claro. Y si mi abuelita tuviese carburador sería una trituradora. ¿Es que ya no

te acuerdas de lo que le pasó a Amilda?

Ugh. Golpe bajo.

Uri juntó las cejas hasta que el reborde de los ojos se le curvó hacia dentro. Era un hombre de cincuenta años, a medio camino de un buen afeitado, con ese aspecto de llevar horas aporreando una máquina de escribir tratando de parir algo artístico, experimentando con no se sabe qué jerigonza y sobrio como un pescado. Su oficina estaba en un séptimo piso, sin número en la puerta y con veinte kilos inútiles de madera en forma de armario ocupando un espacio entre ventanas.

Había otra persona con él, una joven de pelo verduoso que ensayaba la venia delante de un espejo, pero Uri solo podía verla si elevaba la prioridad de su visión virtual hasta el primer plano.

Lo hizo. Quería responderle en propiedad, dejándole claro que el caso de Amilda nunca se apartaba de sus pensamientos. Era como un pesado timbre que lo despertaba cada mañana recordándole lo mal que hacía su trabajo. Y la gente que pagaba por ello.

Su verdadero despacho apareció ante él en la visión aumentada. El espejo seguía allí, pero ahora formaba parte de un tríptico que incluía una consola virtual y un musculoso gólem de papeles, que ejemplificaba cómo su sistema de archivos podía defenderse a sí mismo ante cualquier intruso. Sobre la mesa flotaba el icono de su interlocutor: una cabeza de caballo. La chica había evolucionado.

Phernon se instaló en el antepecho de la ventana. Al principio miró al caballo con ojos de huevo duro, pero luego pareció entender la indirecta. Sacó una pipa del cajón de la mesa y la rellenó.

—Ayer perdí quinientos al tabak —farfulló—. Ese bribón del piso de arriba ha depurado su forma de hacer trampas.

—No te hagas el tonto —lo regañó el caballo—. Suponiendo que puedas encontrar una manera refinada de engañar a la muerte, ¿has pensado en cómo te las vas a arreglar para entrar en la Amalgama?

—¿Quién dice que quiero entrar? —rio Phernon. Estaba haciendo algo que odiaba, y era empatizar excesivamente con la cliente. Las raras ocasiones en que esto pasaba, cuando llegaba a entender el sufrimiento de alguien hasta hacer parcialmente suya la responsabilidad, bajaba corriendo a la taberna del viejo Kram y se sentaba ante un buen vaso de algo denso y dulzón: el antídoto que necesitaba para su conciencia.

Tenía que obligarse a alcanzar el equilibrio entre profesionalidad y empatía antes de abordar el encargo, o la conciencia se acabaría convirtiendo en una trampa mortal.

Le daba pena la señora Feuill, porque le recordaba en cierta manera a Amilda. Primer error.

El segundo era creerse que, cuando había que buscar a un don nadie en un campo de juegos tan vasto como la Variedad, con miles de mundos habitados y quince especies sofocantes (o sea, billones de seres vivos de todos los matices políticos y

económicos imaginables, cada cual con su credo, doctrina y hábitos), una chispa de la vieja magia Phernon era lo único que iluminaba el camino.

Miró hacia abajo. Sintió muy cerca el abismo en el que estaba a punto de precipitarse.

—Algún plan tendrás para encontrar a Blat —imaginó el caballo.

—Tengo uno. Más o menos. Ese tipo tuvo que contactar con la Amalgama por los medios habituales, lo cual implica que pudo dejar pistas.

—¿Pistas sobre qué?

—Sobre cuál fue el lugar donde lo recogieron.

—Normalmente es la Amalgama quien contacta contigo, no tú con ellos.

—Cierto. Pero de alguna manera tienes que hacerles saber cuáles son tus intenciones para que ese canal se establezca, ¿no? —El investigador comenzó a pasear mientras hacía anillos de humo.

Sobre su muñeca flotaba el retículo de control de la etiosfera. Era una pirámide que podía girar para mostrar cualquiera de sus dieciocho botones.

Phernon la hizo rotar sobre el vértice pintado de verde. Una pestaña mostró los informes que su demonio había estado buscando en la base de datos sobre Blat mientras él se entrevistaba con su hermana.

—Qué gracia. Este tipo no era un explorador, como la señora Feuil, sino un artista. Un volatinero.

—¿Trabajaba en los circos itinerantes?

—Eso parece. Y además es programador. De cognoscitivas de mente tricameral.

—Chasqueó la lengua—. Un profesional de alto nivel.

El caballo hizo aletear sus orejas.

—¿Programador? ¿Y artista al mismo tiempo? ¿Cómo se come eso?

—Todos tenemos un *hobby*.

—Pero ¿cuál de los dos era el *hobby*?

Uri culebreó por los informes.

—Bingo. La última vez que alguien lo vio estaba rondando por el Cementerio de los Paradigmas. Empezaremos por allí.

El caballo expresó su desacuerdo.

—No sé, Uri. Este asunto es demasiado raro.

—Es en la quintaesencia de lo extremo donde buscamos la raíz de lo insólito.

—¿Quién te dijo esa memez?

Phernon sonrió con malicia.

—Tú.

El icono del caballo tembló, pero logró recuperar la compostura en un tiempo récord. Había pocos tics que pudieran asociarse a un icono equilibrado como él, pero con los años, Uri había aprendido a reconocer unos cuantos: el hecho de aparecerse ante él como un busto, y no con la figura de un animal completo, era la neblinosa antesala en la que maduraba una decisión importante.

Se parecía a la rigidez de su propio dedo meñique, que tenía más que ver con unas ganas locas de comer marisco que con cualquier otra cosa. ¿Por qué marisco, precisamente? Solo los dioses lo sabían. Puede que esa fuera a su vez una señal que traicionara más secretos.

—Engrasa tus motores, *Valruss* —dijo Phernon.

La joven del pelo verde reapareció. Era otro aspecto de la mente de su amigo. Seguía repitiendo la reverencia una y otra vez, como un autómatas, y en cada ocasión la refinaba imperceptiblemente.

—Ve arrancando tu motor, colega. Vamos a visitar ese cementerio.

La intervención quirúrgica había alcanzado la segunda fase. Saynon sabía (porque se lo había dicho alguien de la etiosfera, no porque él poseyera por norma general ese tipo de información) que era la más compleja, y la más crítica.

Una vez estabilizado lo que quedaba del cuerpo de su prometido en el tanque de nanos, había que moldear un eco de su personalidad para buscarle espacio en el nuevo cuerpo. Y las palabras clave en esta información, que Saynon no se había molestado en contrastar, eran «crítica» y «tratar de».

Demasiadas variables, demasiados interrogantes como para que se sintiera cómodo, pero no le quedaba más remedio que esperar. El nuevo cuerpo de gel estaba siendo esculpido en las fraguas de injertos mientras él miraba la pared que tenía delante. Y si el plexo de memoria no rechazaba el volcado de la mente, en pocos minutos la pesadilla habría acabado.

Su prometido saldría del tanque chorreando un líquido azul lleno de grumos (los cadáveres moleculares de los nanos) y sintiéndose como nuevo. Literalmente.

Si no lo... si fuera que... si tal vez...

El padre y la hermana de Caleb llegaron cuando Saynon regresó de su undécimo asalto táctico a la máquina de cafés. Le dirigieron sin mucho énfasis unos saludos y se atrincheraron junto a la ventana, en la sala de cuidados intensivos. Las fraguas estaban protegidas por una férrea ley de intimidad, de manera que nadie podía abrir una pestaña en la etiosfera y observar lo que ocurría dentro. Había que estar físicamente allí, y ver cómo tu vaho dibujaba mariposas en el cristal.

Saynon adivinó lo que los ojos de Germild y su prole estaban contemplando en aquel momento: una masa informe de protogel siendo activada dentro de una especie de cuna de energía, una cognoscitiva gigante tomando el control y comprobando cada célula, y la mente de Caleb, la salvaguardia de un ser querido, que se desbordaba como un río de imágenes por encima de los cortafuegos, rellenando esa cáscara vacía.

Una mano en su hombro lo sobresaltó. Al levantar la vista se topó con los ojos de Nura, la hermana pequeña de Caleb. ¿Era compasión lo que había detrás? Nah, ella no se atrevería a tanto.

—¿Estás bien? —preguntó con una voz extremadamente dulce.

—Sí... No —decidió. Tenía que pensárselo—. Me parece que no. ¿Cómo va? — Su barbilla apuntó al ventanal.

Nura gesticuló en el aire impartiendo unas órdenes a su etiosfera, invisible para Saynon.

—La fase uno ha sido un éxito, o eso dice el doctor. Lo único que se ve desde aquí es un montón de barro cambiando de forma.

—Ya. —Exhaló el aire contenido en sus pulmones lentamente, haciendo ruido—. Apuesto a que no soy el único en pensar que esto es horrible.

Nura le regaló una sonrisa tierna.

—No te preocupes, todo va a salir bien. Lo dijeron esta mañana las estrellas.

Saynon desdeñó mentalmente ese dato, pero procuró que ella no lo notase. Nura pertenecía a una secta de contemplaestrellas, y como tal buscaba sin descanso claves y vaticinios allá arriba, en las estelas cruzadas de los meteoros y en el suave parpadeo de los quásares. Era una persona acostumbrada a que el cielo le dijera lo que tenía que hacer y cómo debía tomarse los hechos trascendentes. Como la muerte de su hermano. Saynon prefería no pensar en el tipo de persona en que se convertiría si llegaba a asumir ese credo.

En su opinión, el cielo estaba para regirse a sí mismo, y las nebulosas no tenían ni la más remota idea de cómo funcionaban las cosas allá abajo, entre los mortales. Solo los pilotos, esos chiflados que pasaban más tiempo vagabundeando por la Variedad que con los pies en el suelo (embelesados con los vapores de amoníaco, las tormentas de ácido sobre glaciares de nieve de metano, las atmósferas venenosas y las junglas de eflorescencias cristalinas en planetas inhóspitos), podían concederles cierta cualidad divina.

—¿Entonces, los signos son favorables? —preguntó, siguiéndole el juego.

—Claro que sí —contestó Nura. Miró al techo como si a través de él su ojo entrenado no solo pudiera localizar una estrella, sino establecer su distancia y velocidad. Cosas para las que el cerebro humano no poseía ningún criterio—. El coletero de la Espingarda se ha alineado con el púlsar, y la Nova-B-Urón de la nebulosa del canal Kefauk está virando su color al añil. Son buenas señales.

Saynon se rascó la barbilla. Había caído en la cuenta de un dato curioso sobre aquella religión. Los contemplaestrellas afirmaban que los signos celestes eran inequívocos, pero como el cielo era tan vasto, tan terroríficamente inabarcable, uno siempre podía mirar en una dirección u otra buscando los que más le convinieran. Y encima, una vez podías alquilar una nave y salir al espacio para cambiar de perspectiva, los augurios se modificaban por el ángulo y la posición del observador, significando cosas completamente distintas dependiendo de si mirabas desde la órbita o desde la superficie. ¿Qué forma tan rara de indeterminismo determinista era esa?

—No te crees ni una palabra de lo que te estoy contando, ¿verdad? —preguntó Nura, quitándose los zapatos. Con los pies desnudos era más bajita.

Saynon estiró los labios.

—No te ofendas, es solo que... estás exigiendo que mueva un músculo que no entreno desde hace años. El de la credulidad.

—Querrás decir esperanza.

—No mezcles emociones distintas. Podrían explotar —suspiró—. Pero es verdad que deseo... que, de algún modo que ni entiendo ni quiero llegar a entender, seas tú la que tenga razón. Por Caleb.

—La tengo —afirmó rotundamente.

La expresión de Saynon cambió de nuevo, con una latitud más próxima a los recuerdos limpios de la época en que había conocido a Caleb, una en la que parecía

posible destilar del mundo la formulación misma de los milagros. Un tiempo de cerezas y lirios en flor en el que las lanzaderas, por muy mal que fueran las cosas, jamás se estrellaban.

Germild y su marido se apartaron del ventanal.

—Han acabado —dijo la madre de Caleb. Su buen humor fue la espoleta que disparó la esperanza en el corazón de Saynon, no las predicciones de Nura.

—¿Cómo está?

Germild se regodeó unos segundos en el silencio, disfrutando de la tensión que alisaba los rasgos de Saynon.

—No ha habido rechazo.

Saynon sabía que era toda una falta de respeto al protocolo dejar atrás a la familia y echar a correr a la cámara de renacimiento, pero eso fue exactamente lo que hizo. Incluso se permitió el lujo de entrar como un huracán en la estancia llena de cunas (y de atónitos familiares de otros pacientes), abalanzándose sobre la de Caleb para ser el primero en ver su nuevo rostro.

Era exactamente igual al antiguo.

La solución de nanomáquinas se estaba degradando en un moho estéril, de un color similar al óxido. Ese color estaba presente en las mejillas, la frente y el cuello de Caleb. Eran las únicas partes de su cuerpo que emergían del moho, y tenían un aspecto magnífico: una piel tersa, suave, de bebé, sin los eccemas ni las pequeñas cicatrices que era previsible encontrar en un adulto. Después surgió el cráneo, desprovisto de pelo, y los hombros, más erguidos que en su fase humana.

La mano de Caleb buscó a tientas el borde de la cuna mientras sus ojos parpadeaban (era la primera vez que aquellas pupilas captaban luz, y tenían que habituarse a discriminar entre las distintas longitudes de onda).

Saynon tomó su mano. La piel estaba fría, y aunque en un primer momento culpó de ello al líquido, en contactos posteriores se daría cuenta de que aquel era un aspecto que ya no cambiaría en Caleb: los cuerpos artificiales no irradiaban la calidez tan grata a los seres vivos, el calor que se transmitía de organismo a organismo como un mensaje secreto. La piel seguiría siendo fría durante el resto de su vida, y ya no habría un latido a cuya cadencia acoplar el sueño; solo el discreto zumbido de una bomba muy pequeña que impulsaba el alcornoque que tenía por sangre.

A Saynon no le importaba. Lo único que sabía era que él había vuelto. Y que no le dejaría solo nunca más.

—¿Ha... ha salido... bien? —balbució Caleb. Los dientes y la lengua también eran azules.

—Sí, todo estupendamente bien. Bienvenido de nuevo, mi amor.

Lo besó en los labios. Al separarse, Saynon también tenía la cara manchada de nanos. Su risa se cortó en seco cuando vio a Germild de pie, junto a la cuna.

El desplante infantil de Saynon le había causado una especie de asombro incómodo, y eso era más de lo que una dama de su clase podía tolerar.

—Tienes ochocientos mensajes de bienvenida en espera. —Hizo un esfuerzo por concentrarse en su hijo, y solo en él—. Supongo que no podrás responder a tus amistades hasta que el médico te dé permiso.

—Supones bien —murmuró Caleb. Salió tambaleándose de la cuna y dejó que lo ayudaran a secarse y a vestirse mientras aprendía a manejar de nuevo sus pies y sus brazos. Tardó en comprender que ese molesto balanceo del cuerpo hacia adelante era porque su centro de gravedad era distinto.

En fin, pensó. Que los protocolos sociales se amontonaran unos sobre otros hasta aplastarse. Ahora mismo, las únicas personas a las que quería tener cerca eran las que estaban junto a él físicamente. Y que el resto del mundo, si podía, se pusiera en la cola.

El Cementerio de los Paradigmas tenía las puertas abiertas de par en par. Un sendero empedrado llevaba hasta un lugar arbolado, un anillo de triste belleza en torno a la caseta del vigilante.

Phernon había dejado que *Valruss* se condujera a sí mismo por la ciudad, tomando atajos para esquivar a las masas humanas, con sus canciones y sus danzas y su comportamiento caprichoso tan propio del carnaval, y solo había levantado la vista de los informes para echar vistazos por la ventana y saber cuánto camino les quedaba. Eso generó en él la impresión de que la ciudad pasaba a su lado como una sucesión de fotografías mal encuadradas y torpemente iluminadas en lugar de como un río de casas y anuncios holovíricos de infección de fachadas.

—Hemos llegado —avisó el coche en cuanto atravesó las puertas. Era el propio vehículo, y no su dueño, el que había protestado en más ocasiones por su arcaico sistema de locomoción (¡ruedas!, pero... ¿en serio?), pero Uri se resistía a instalar un impulsor EV. Parte de la elegancia de *Valruss* estaba en su condena a rodar por las calles, atado al suelo por algo tan prosaico como la gravedad, y perdería muchos admiradores en el Tabernáculo de Sabuesos si lo vieran flotando de aquí para allá como un utilitario cualquiera.

Valruss tenía su propia opinión al respecto, claro.

Permítanme que regrese por unos momentos a la primera persona; esto se lo quiero contar yo. ¿Les he hablado alguna vez del cementerio, y de las cosas que hay enterradas allí? Creo que no. Mi amo Uri solo lo había visitado en una ocasión, y no fue agradable. Perseguía a un fugitivo, un kodan que había robado algo cuyo valor era tan relativo como para formar parte de una moda.

Mientras Uri lo hacía doblarse bajo una descarga de contusión, esa misma moda cambiaba y su etiosfera le comunicaba que sus esfuerzos habían sido en vano. El succulento tesoro que había extraído de aquel banco de datos sociales ya no le importaba a nadie. El kodan no lo entendió, ni entonces ni cuando mi amo le entregó a la justicia.

El Cementerio de los Paradigmas era uno de esos lugares donde podía encontrarse literalmente de todo, sin barreras físicas o morales para lo que sucedía dentro de sus muros. Por lo general estaba desierto, salvo cuando alguien venía a olvidarse de algo, de cualquier cosa, echándole encima una buena lápida de mármol para atestiguar que así había sido. Como los visitantes que ocupaban la colina cuando la rebasamos por el lado que daba al bosque de cenotafios, por ejemplo.

Se trataba de un grupo de humanos de ropas pintorescas y expresión alicaída que portaban ramilletes de flores y los iban lanzando en rápida sucesión ante un cubo de piedra. De pie sobre el cubo aguardaba una persona vestida con una librea negra. Mientras el coche de Phernon pasaba rugiendo con sus potentes escapes junto a la colina, echando a perder la concentración que merecía un momento tan solemne, el

hombre de negro abrió su túnica y descubrió los atavíos que llevaba debajo: un traje hecho de crustáceos.

Uri lo había visto otras veces, en otros lugares y con otras ceremonias igual de llamativas. Aquella gente sentenciaba al olvido un punto de vista y adoptaba otro distinto, bien fuera para un aspecto de su vida o de su trabajo o de su modo de entender la existencia, renegando para siempre del antiguo. Hacerlo en aquel lugar añadía una cualidad definitiva al acto, una rúbrica formal que implicaba que no solo ellos, sino nadie más en Tanjet, podría resucitar lo que fuera que estaban sepultando.

Uri pasó frente a lápidas que hablaban de tecnologías que habían defraudado a sus inventores, o de sistemas legales obsoletos, o de fórmulas de apertura poco convenientes para una sinfonía. Y menciono lo de la legitimidad de la medida, ya que había perseguido en ocasiones a profanadores de tumbas, arqueólogos ilegales de secretos que escarbaban en la vergüenza de otros.

Existían pocos de aquellos necrófagos de datos, ya que era una profesión muy arriesgada. Cuando alguien enterraba un paradigma, dejaba una copia del mismo en el palacio del Gran Pensionario. Sobre ese banco de datos orbitaban IA específicas que se encargaban de rastrear influencias de las tecnologías muertas. Nadie podía canibalizar un paradigma del cementerio e inventar otra cosa a partir de él, aunque fuera algo radicalmente distinto, porque las IA rastreaban hacia atrás esa idea, rebobinando el proceso mental de la creatividad, y siempre acababan dando con el culpable.

Uri se había preguntado muchas veces si existía jurisprudencia para la creatividad convergente. Eran esos casos en los que la tecnología aportaba soluciones iguales para problemas distintos. ¿Sabrían discernir las IA cuándo un invento era un plagio o una casualidad? ¿Cuándo una solución devenía de un razonamiento nuevo o de otro viejo?

Era un problema filosófico que escapaba a su limitada comprensión del mundo, y prefería que siguiera así.

Conociendo el lugar donde Blat se había citado con la Amalgama, la siguiente pregunta era obvia: ¿por qué el hermano de la señora Feuil había acudido a aquel triste lugar, aquella necrópolis de la ciencia estéril? ¿Acaso lo habían citado allí para que hiciera una apostasía de sí mismo, renegando del antiguo Blat para convertirse en la persona que estaban dispuestos a custodiar?

Frunció el ceño. No, con la Amalgama no existía el azar, no había una interpretación fortuita de las cosas. Todo lo que hacían tenía un porqué (como mínimo uno), con ramificaciones que harían suspirar de placer a un amante de las intrigas.

—Husmea en los registros del gestor del cementerio —pidió Uri, acomodándose en el largo asiento que, a modo de sofá, unía los puestos del conductor y el acompañante y los separaba de la parte de atrás de la cabina, dedicada a albergar la armería, una nevera que podía transformarse en cocina con mueble bar, y una

diminuta celda de confinamiento. El salpicadero estaba repleto hasta resultar agobiante de botones, pantallas, diodos, luces brillantes, ceniceros, espejos, armas camufladas, muñequitos de goma, rejillas para el aire acondicionado, *souvenirs* que Phernon se había traído de los mundos en los que había capturado presas, y mil cosas más. Y eso solo en el nivel real, sin contar lo que ofrecía la visión aumentada—. Vamos a comprobar si nuestros amigos son tan meticulosos como dice su reputación.

El coche tardó unos segundos en piratear la red local, introduciendo sus tentáculos sibilamente en el gestor del cementerio. *Valruss* lo llamaba «una hazaña trivial», pero su dueño apreciaba la enorme dificultad de hacer algo así sin activar las defensas de las fortalezas de datos. Acarició el vinilo como quien recompensa a un perro listo por sus piruetas.

—¿Lo quieres en visión aumentada o al viejo estilo? —preguntó el coche.

Uri sacó una lata de cerveza de la nevera y se apoltronó en el sofá.

—Hagámoslo al viejo estilo, socio.

Las pantallas se iluminaron, mostrando filas de archivos ordenados por fecha. Todos eran de vídeo, correspondientes a la vigilancia de las cámaras flotantes de seguridad en los últimos diez años (cuando el espacio de almacenamiento es infinito, comprendió Phernon, uno nunca se molesta en hacer limpieza).

La cognoscitiva del coche husmeó en las fechas en las que fue visto por última vez el hermano de Feuil. En seguida advirtió que algo no iba bien.

—Qué curioso. Tengo dos fragmentos exactamente iguales en dos momentos temporales distintos.

—Déjame ver eso. —El investigador se inclinó sobre la pantalla. *Valruss* reprodujo dos secuencias de vídeo distintas, correspondientes a una sola parcela del cementerio pero tomadas con una hora de diferencia. Una de las dos había sido sobreescrita con la información de la otra—. Un parche...

—Sí, y es un trabajo muy elegante, pero casi todas las modificaciones fueron situadas en primer plano. Olvidaron alterar la cadencia de la brisa sobre las hojas de los cipreses del fondo.

Valruss amplió una cuadrícula de la imagen, en la que se veían unos árboles agrupados en un soto. El casi inapreciable balanceo de las hojas por la brisa en las ramas superiores era el mismo en ambas secuencias.

—Una de las dos es falsa —dijo *Valruss*—. Y a juzgar por los matices, yo apostaría por la primera.

—Excelente trabajo. ¿A qué parcela corresponde esto?

Valruss puso rumbo hacia allí. Uri se rascó el bajo vientre y soltó un gruñido de satisfacción: si eras listo, podías ocultar los hechos que habían sucedido, pero no dónde sucedieron. El parche digital era un cartel luminoso que señalaba claramente en una dirección, y puede que, una vez examinado de cerca el lugar, hallaran más pistas que se les hubiesen pasado por alto a los sicarios de la Amalgama.

El vehículo se detuvo en una zona vacía de lápidas. Había un mausoleo erigido en

un altozano cuyo frontispicio rezaba:

SIVAINVI LECTAIY'Y CONBUL KRESA'IIR

... que traducido del Cumular Tres significaba algo así como «No metas las narices donde no te importa». Curioso epitafio para una idea considerada inútil.

Valruss inició una exploración sistemática del terreno sin que se lo pidiera su dueño. La puerta de ala de gaviota del conductor se alzó y Uri pisó el terreno humedecido por la lluvia. El mero contacto con el suelo ya le decía algo, lo iba metiendo poco a poco en situación.

Podía imaginar al asustado Blat pisando ese mismo barro, años atrás, sintiéndose más solo que nadie en todo Tanjet, perseguido por todos y odiado por muchos más. Sintiendo que estaba a punto de cruzar una puerta que se abriría una sola vez, y en un único sentido.

Phernon se aproximó al monumento, paseó la vista por la ominosa figura del kodan que lo coronaba y acarició el mármol. Frío, áspero, rotundo. Centinela mudo de sucesos sin nombre.

Dio varias vueltas alrededor, pisó la tierra y observó los lejanos sauces. Escuchó atentamente. Habían pasado años desde aquellos sucesos, pero puede que un eco de la desaparición de Blat aún resonara por allí. Los hechos traumáticos solían dejar una impronta en la tierra que el tiempo podía disimular, pero nunca borrar del todo. Estaban blindados contra la herrumbre del olvido, como lamentos de la propia tierra escondidos en los índices de algún viejo archivero, o en la glosa de un historiador aplicado. Eran notas que un melómano capaz de disfrutar de ese entusiasmo de la imaginación llamado «fe» aún podía percibir.

Los sauces.

Ahora eran frondosos, pero cuando el hermano de Feuil desapareció serían más jóvenes y menos esbeltos. Si habían crecido a su ritmo natural, ya habrían estado plantados allí en aquel entonces. Y eso habría proporcionado cobertura para un observador hipotético, alguien que supiera que un extraño encuentro iba a tener lugar. O a un tirador apostado para cubrir las espaldas de los sicarios de la Amalgama.

De haber estado en alguno de los dos bandos, Phernon habría elegido aquella posición para observar sin ser visto.

Caminó hacia los sauces valorando su perfil, la disposición de los troncos, el grosor de la madera. Hizo retroceder la escena hasta que vio árboles delgados y sin aquel frondoso parapeto de setos.

¿Cuál habría sido la mejor posición para un tirador, contando solo con las variables de la ondulación del terreno y la irregular estacada de troncos?

Se detuvo. Giró treinta grados a su izquierda y siguió avanzando en línea recta, situándose entre los árboles más altos. Sería inútil buscar huellas en un terreno mil veces lavado por la lluvia..., pero no en los propios árboles. Acarició los troncos,

poniéndose en el lugar de aquel espía, que de existir pudo haber dejado alguna marca en ellos. Una especie de cicatriz.

Valruss se acercó rodando lentamente y frenó ante los árboles.

—¿Ya te has dado cuenta? —preguntó, con el tono entre divertido y misterioso que empleaba cuando sus procesos cognitivos iban por delante de los del humano. Su icono preferido (el caballo rampante) dio vueltas de contento en los monitores.

Los hombros de Phernon se descolgaron.

—A ver, dímelo.

—No te enfades, el mérito es tuyo. A mí nunca se me habría ocurrido buscar aquí.

—Déjate de monsergas y suéltalo, maldito cacharro.

Valruss se lo enseñó. Y Phernon se sintió complacido y disgustado a la vez.

Ahora tenían un lugar donde seguir indagando. Y otro nombre de su pasado que resurgía de la manera más incómoda posible.

Refunfuñando, montó en el vehículo y lo programó para que buscara la ruta más corta hasta la taberna del viejo Kram, en el bulevar de los Cielos Convexos.

De *El país de las Máscaras*, extracto de la Enciclopedia Galáctica en su vigésima iteración, tomo 815, anexo 16, según la distribución corregida de Aldous Rudle:

«Tanjet, nominalmente uno de los planetas más densamente habitados y con mayor volumen de transacciones comerciales de la Espingarda Púrpura, es famoso por sus apoteósicas (y a menudo destructivas) fiestas de carnaval. Se dice que sirve de hogar para nueve de cada diez bohemios y personas de vida estrafalaria, costumbres sociales insólitas o desenfrenos artísticos poco ortodoxos.

»La influencia más o menos directa de estas sensibilidades, derivadas de la convivencia de tantos individuos extravagantes en tan reducido espacio, ha modelado el paisaje urbano para acercarlo más a un experimento social que a un proyecto correctamente planificado.

»Tanjet es un planeta donde la privacidad, entendida como privilegio individual, ha desaparecido del plano social. Sus habitantes viven sumergidos en Colectivos (también llamados etiosferas), redes humanas que los acompañan a todas partes en forma de cámaras y pantallas virtuales. Se dice que el carnaval, únicas fechas del año en las que no es una grosería apagar los Colectivos, es la principal válvula de escape de la psicología del individuo ante semejante intrusión mediática.

»En otras palabras, la única manera que tienen de no volverse locos.

»Hay individuos sin escrúpulos que se aprovechan de esta situación de vigilancia relajada para cometer sus fechorías. Cuando las cámaras se apagan, el subterfugio se convierte en ley, y los negocios de tapadillo y los ajustes de cuentas largamente postergados en sus axiomas.

»Todo el mundo sabe que Tanjet, durante estas fiestas, se convierte en uno de los lugares más peligrosos de la Espingarda, con el mayor índice de delincuencia de la Variedad. Pero al turismo poco parece importarle: las oleadas de visitantes siguen cayendo en masa desde la saltoárea, y si durante sus vacaciones se ven envueltos en algún asunto turbio, su valoración del período vacacional se incrementa en muchos enteros.

»Cuando todos se ocultan bajo una máscara, no es de extrañar que sea la máscara la que acabe tomando el control».

Caleb Gloss ya tenía un pasado antes de que yo lo conociera. Suena extraño, eso de que los seres humanos (y no solo ellos, sino también los objetos inanimados que les pertenecen, como la ropa y los lujos y el cúmulo de aditamentos tecnológicos que hacen llevadera su existencia) hayan estado ahí antes que tú, apilando días y años y tejiendo con cínica meticulosidad sus propias historias.

A mí me resulta desconcertante, al menos, pero creo que me he acostumbrado a esa noción inicua del mundo, la que implica que las cosas y los seres existen de por sí, como elementos independientes de tu juicio. Y lo que es peor, que no necesitan mucho para llamar «vida» a su propio amontonamiento de horas.

Qué pintoresco.

Puede que el problema tenga que ver con mi forma de pensar, de ejercitar los procesos neurológicos del cerebro. Yo no sabía que el tiempo podía medirse de forma estadística, asignándole un punto concreto al que llamaríamos «ahora» (por ponerle un nombre, vamos). Antes, el tiempo era para mí una condición, un todo concreto, no un río sin embarcaderos.

Esa idea lo trastornó todo. Perturbó no solo mis decisiones, sino también mi lógica privada, asignándole valores arbitrarios como «futuro», «pasado» o «poco probable que alguna vez ocurra, tío».

Fueron los hombres como Uri o Gloss los que me iniciaron en los misterios de la concepción parcial del universo, y en los quebraderos de cabeza que conlleva. Me limitaron, en cierta medida. Pero no puedo echarles la culpa por convertirme en menos de lo que era cuando nací.

No les guardo rencor, ya que dudo que su intención fuera causarme un daño ontológico. Ellos solo querían ayudar.

Además, ahora poseo herramientas para comprender mejor a los de su especie.

Antes, yo pensaba que como el tiempo transcurría lateralmente, no hacia adelante ni hacia atrás, la red de sucesos del cosmos estaba entretejida por una infinita variedad de caminos. Si yo formo parte de la vida de Caleb, igual que él forma parte de la mía, entonces es chocante pensar que pudo no haberme conocido ni tenido en cuenta para nada durante muchos años. Es ilógico. Nuestras redes ya se tocaban mucho antes de conocernos, y punto.

Ahora no puedo pensar de esa manera.

Tuve que huronear un poco en el «pasado» (otra vez esa palabreja) de Caleb Gloss para averiguar los datos pertinentes. Lo que él fue antes de ser alguien para mí, y lo que lo llevó a alterar mi red existencial como lo hizo, de esa forma tan cruel y devastadora. Tampoco le guardo rencor por ello. Caleb nació en el seno de una familia acomodada, con cierta inclinación hacia el mundo artístico. Todos los miembros de su casa cantaban, o bailaban, o tocaban algún instrumento, y participaban activamente en las fiestas.

Me cuesta creer que la inefable Germild, con ese semblante estirado y esos ojos de viuda negra, pudiera haber disfrutado alguna vez de la alegría de vivir, y haber cantado y bailado para celebrar la chispa que los humanos llevan dentro, y que tiende a extinguirse con suma rapidez si no la cuidan.

La fortuna de la familia no provenía de esos talentos, huelga decirlo, sino de una herencia de espacios en la órbita de atraque que explotaban sin apenas mover un dedo. Una mínima parte de la saltoárea era suya, gracias a los esfuerzos de algún ilustre antepasado que se alistó en los colonos, y cuyo nombre ni siquiera yo he podido averiguar. El alquiler de esos espacios de atraque aportaba pingües beneficios, que permitían a la familia dedicarse con tranquilidad a otros menesteres.

En el caso de Gloss no fue el arte, sino los negocios, lo cual irritó hasta lo indecible a su madre. Eso fue, claro, antes de descubrir que Germild llevaba años metida hasta el cuello en el mundo fiduciario de Tanjet... Pero estoy adelantando acontecimientos.

Como experto en economía planetaria, Caleb nunca fue especialmente brillante. Fundó muchas empresas, de las cuales solo unas pocas sobrevivieron al segundo año fiscal. Pero conforme se iba introduciendo más y más en el proceloso mundo industrial de Tanjet (algo que para los turistas que solo vienen con la mente puesta en la juerga y el desmadre resulta paradójico pensar que exista), Caleb iba aprendiendo. Y sus frágiles empresas comenzaron a resistir sin desmantelarse más de un bienio.

Pero cuando todo parecía ir bien, y Caleb encontró por fin al hombre de su vida, a una humilde lanzadera que pasó con nota los controles de seguridad le dio por buscarse problemas con su motor izquierdo.

Cuando estas cosas suceden, cuando se interpone un obstáculo insalvable en la carrera de la vida, el desenlace no solo te deja lisiado físicamente, sino también psicológicamente. Las heridas de ese tipo siempre dejan cicatriz, y esta no es estanca, no encierra con fuerza presurizada lo que hay detrás, sino que deja escapar los dilemas y la culpa por muchos agujeros.

Llegados a ese punto dicen que lo mejor es echar la vista atrás y tratar de cargar en tu programa una versión más antigua y limpia de ti mismo, un yo intentando reiniciarse con una transcripción inmaculada.

No sé si funcionará, yo nunca lo he probado. Pero durante aquellos primeros días tras la salida del hospital, a Caleb pareció irle bien. Más que bien. Como si su vida se hubiese reiniciado.

No habló en ningún momento del incidente, y se adaptó con soltura a la rutina que imponía el mantenimiento del nuevo cuerpo. ¿Que tenía que dedicar una hora diaria a purificar la mezcla de alcanos que servía de nutriente para sus células? Pues lo hacía. ¿Que no podía exponerse a ciertas intensidades de campos magnéticos o gravitatorios a riesgo de que sus tejidos isotópicos se degradaran? Pues se mantenía alejado de los ambientes y aparatos peligrosos.

Gloss estaba cargando con éxito una versión más feliz de sí mismo, y nadie que lo

conociera podía detectar la menor señal de inconformismo. Con vivir tenía suficiente.

Hechos como la muerte de uno mismo pueden llegar a ser tan definitivos como para obligarte a cancelar todos tus planes. Pero no siempre es así. Si logras regresar de la muerte, y tus viejos trajes de etiqueta le quedan como un guante a tu nuevo cuerpo, aún puedes permitirte dejar tu agenda como estaba.

No había nada más importante para Caleb y para su prometido en aquellos días que pasar por el uk'naan, la ceremonia de reafirmación de los lazos. No era ni mucho menos un ritual definitivo, en tanto que carecía de importancia legal (no era un matrimonio propiamente dicho, ni siquiera un enlace de bajo nivel como los que se estilaban en las favelas), pero sí que tenía valor sentimental.

En la familia de Gloss se observaban muchas tradiciones. Una de las más antiguas era el ritual de los corazones entrelazados, un acto de devoción que preparaba a los amantes para adquirir los férreos compromisos del matrimonio. Tanto Caleb como Saynon habían crecido en entornos conservadores, y tenían en cuenta lo que tales demostraciones de afecto conllevaban en el ámbito social. Podía ser que Germild se sintiera incómoda pensando en la naturaleza homosexual de su relación con Saynon (él era el primero en su linaje en llevar tan lejos una relación así), pero incluso ella se aplacaría después del uk'naan.

Ese era el verdadero poder de los rituales en el seno de las familias conservadoras: legitimizar aspectos de la vida que tenían que pasar por algún tipo de filtro para ser aceptados.

Cinco días después de su resurrección en el tanque de gel, Caleb estaba radiante. El uk'naan tendría lugar ante su etiosfera al completo, sin listas de espera ni censura para algunos miembros (aquellos que lo habían incordiado más de la cuenta durante los últimos meses). No tendría lugar allí, en su apartamento con vistas al canal Pelagio, sino en el suntuoso palacio Velkrem, la antigua residencia del Gran Pensionario, reconvertida en prestigioso paraninfo de actos públicos. Era el emplazamiento que Saynon y él habían elegido entre una lista de más de cien opciones. Huelga decir que solo los privilegiados tenían acceso a sus salones de radiancia, con las arcadas tendidas sobre pequeñas selvas de árboles nativos.

Caleb, mientras ponderaba la curva de su flequillo en el espejo del baño, pensó en la belleza del lugar, con las enredaderas fotofóbicas que se retorcían para protegerse de la luz, blindando sus flores albinas.

A sus padres les iba a encantar, sobre todo en el momento en que las flores empáticas llorasen a la vez que ellos, estimuladas por sus sentimientos, como si entendieran la emotividad del acto.

—¿Estás listo? —preguntó Saynon desde otra habitación. Por cómo llegaba el sonido, Caleb dedujo que estaba hurgando en el enorme armario de los zapatos—. ¡Se nos va a hacer tarde!

—Tranquilo, llegaremos antes que los últimos invitados. ¿Has visto mi colonia?

—¿Cuál de ellas?

—El extracto de coral negro.

Saynon apareció en el umbral. Llevaba un esmoquin azul aterciopelado, con hombreras rígidas y unas placas en el pecho trabajadas con filigrana. Unas espinilleras de cuero blando y unos gemelos perlados completaban el atuendo, más cercano a los ornamentos de un maestro de ceremonias que a los de un hombre que iba a confesar en público su idolatría hacia otro. Pero como bien sabía Caleb, uno de los portentosos poderes mágicos del joven era que daba igual lo que se pusiera encima, desde lo más sublime a lo más esperpéntico, que siempre le sentaba bien.

No como él, que tenía que luchar con el flequillo para que hiciera juego con las ondas marinas de su camisa.

—Se rompió la semana pasada, mientras tú... —iba a decir «no estabas», pero optó por—:... estabas pensando en tus votos.

Saynon le mostró dos pares de zapatos, charolados y casi idénticos, salvo por un mínimo detalle decorativo en el empeine.

—¿Cuál?

Caleb eligió. Saynon lo situó junto al bordado del pantalón, para comparar. No parecía convencido.

—A propósito del discurso de apertura, creo que improvisaré —decidió Caleb.

—¿Cómo que improvisarás? —Saynon dio un respingo—. ¡No se puede dejar en manos del azar un momento tan importante!

—No lo dejaré al azar. Es que si memorizo unas cuantas líneas me va a pasar lo de siempre. Sonará demasiado artificial, o demasiado falso, o...

Saynon se calzó los otros zapatos, los que no había elegido Caleb.

—¿O?

—Sencillamente «o».

—¿Crees que si improvisas estarás a la altura de las expectativas de tu familia?

Caleb se pegó el flequillo a la frente con una pasta invisible. Con el meñique le dio la ondulación correcta antes de que se solidificara.

—Al menos sonará sincero. Es lo único que querré cuando te declare mi amor ante todo el mundo: que sea de corazón. Si no es lo suficientemente barroco para mi madre, que se compre un libro de poemas.

Saynon le dio un golpecito en una nalga.

—Venga, que ya tiene que haber gente esperándonos. Sería descortés dejar que acabasen con los canapés.

Caleb buscó el veredicto del espejo por última vez. Su cabello parecía teñido del color del musgo mojado, pero era culpa de aquella luz. O eso esperaba.

—¿A qué viene esa pose de tragedia? —preguntó Saynon.

El ejecutivo se volvió hacia él y lo miró en silencio. Se hallaba de un talante complejo. Al escozor característico de saber que tenían una noche llena de pequeños enfrentamientos por delante, se añadía la melancolía propia del crepúsculo.

Aquella era hora de descansar y hacer balance, más que de pertrecharse con la

armadura que la singladura social requería. No es que tuviera miedo de las reuniones físicas con un montón de gente, con la mezcla de perfumes y la presencia disimulada del sudor y todo lo que la inmediatez del cuerpo humano representaba, pero...

No, era otra cosa.

Se le daba mal improvisar, su novio tenía razón. Cada vez que recurría a la inspiración para enhebrar un discurso elegante, su garganta empezaba a temblar. Las cuerdas vocales se ponían nerviosas (solo ellas, aunque el resto del cuerpo estuviera relajado) y la voz le salía entrecortada y presurosa. Caleb sentía envidia de los grandes oradores del carnaval, capaces de subirse a una tribuna en medio de la multitud y enfervorecerla con su dialéctica.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Saynon, captando un deje de preocupación en su mirada.

—Oye, yo... —Bajó la vista. Al final resultaba que ambos se habían puesto el mismo tipo de zapatos—. Quería preguntarte algo antes de marcharnos.

—Uy, uy, detecto un giro demasiado sentimental en esta conversación. ¿Te vas a poner tierno antes de tiempo?

Caleb soltó una risita y volvió a la expresión apagada.

—Cuéntame qué te pasa. —Saynon le puso un brazo sobre los hombros.

—Es una tontería, pero necesito estar seguro de una cosa.

Entonces Caleb hizo algo sorprendente por lo inapropiado. Su etiosfera estaba en modo de espera, en segundo plano pero completamente activa, igual que la de Saynon. La gente estaba allí, observándolos, pero respetaban la ilusión de privacidad que ellos necesitaban. Si se hacía un mínimo esfuerzo (cosa a la que los tanjetianos estaban más que acostumbrados) incluso se podía ignorar que aquellos ojos estaban allí.

Pero no le bastaba con eso. Con un gesto teatral, Caleb apagó completamente la red.

Las cejas de Saynon brincaron como cigarras.

—¿Estás loco? ¿A qué ha venido eso?

—Es carnaval, ¿verdad? —alegó—. Puedo hacerlo sin que nadie proteste.

—Sí, pero... —El joven estaba aturdido. Bajó al mínimo la presencia de su etiosfera, pero no llegó a desconectarla—. Este no es el momento ni el lugar. Hasta para la transgresión hay normas. Estás equivocando el contexto.

—Al cuerno con el contexto. Obsérvame bien —se apuntó con un dedo al pecho—, y sabrás lo que necesito preguntarte.

El joven observó aquel cuerpo azul, aquel molde perfecto de gel, y sonrió con ternura.

—Ya lo sé. Y la respuesta es que me da igual. Te quiero con la misma intensidad que antes. No —corrigió—: Mucho más que antes, porque ahora sé lo que se siente al perderte.

—¿Estás completamente seguro? ¿Me amas incluso siendo un... engendro?

La mano de Saynon se posó en su mejilla helada.

—Por supuesto —dijo en voz baja—. Porque sé que tú me seguirías queriendo si hubiese sido yo el que iba en aquella lanzadera.

—¿Estás seguro de eso? ¿Al cien por cien?

—Claro que sí. ¿Quieres que me suba al próximo transporte defectuoso?

Caleb no se dejó conmover por aquel arrebato de sinceridad. Si lo hacía se le iba a estropear el maquillaje, y entonces sí que tendría un problema.

—Venga, déjate de tonterías y activa tu etiosfera —dijo Saynon—, o tu madre llamará a la Guardia Ciudadana para que comprueben si te ha pasado algo.

Caleb obedeció. Estaba más tranquilo, lo cual no significaba que sus dudas se hubieran esfumado. Los besos de Saynon no eran una varita mágica con el remedio para los dramas existenciales... pero estaban muy cerca. Más de lo que el propio Saynon sospechaba.

—Está bien. —Se anudó la pajarita—. Venga, vamos a darles un tema de conversación a esas cacatúas.

La taberna de Kram, en el bulevar de los Cielos Convexos, se parecía más a un espacio aprovechado entre dos gigantes de la alimentación que a un local con solera.

Las galerías comerciales y los grandes mercados al aire libre, con un pintoresco canal de agua haciendo de enlace (una arteria delgada y sucia por la que no cabía ni una góndola), habían crecido como setas alrededor de un lugar donde antaño repostaban las naves. Los cargueros se habían ido, pero un poco antes o un poco después de ese determinante suceso apareció Kram.

El tabernero tenía aspecto de haber dejado atrás cien profesiones sin haber sacado partido de ninguna. Su cabeza se apoyaba sin necesidad de cuello sobre el pecho, un rasgo evolutivo descartado en alguna parte de la creación del *homo servilis* perfecto. Poca flexibilidad biológica unida a una rudimentaria inteligencia; lo mínimo imprescindible para regentar una taberna.

Los ojos de Kram, sin embargo, estaban llenos de sabiduría, destilada con alambique de quién sabía dónde. Parte de ella se volcaba en cada vaso que se escanciaba en la barra, y daba igual si las copas tenían nombres o excusas o si ocultaban algún fracaso en el delirio de la vida: el cliente nunca se marchaba insatisfecho.

Uri Phernon había cogido boletos de esos en muchas ocasiones, y siempre le salían premiados. Algo normal en aquel paraíso de los hombres olvidados, aquella última madriguera para fulleros que se negaban a aceptar que la vida les hubiese retirado las cartas.

Pero hoy había cambiado algo. Por primera vez en su crónica de peregrinaje a los fondos de las botellas, Uri Phernon no consideraba la taberna como un refugio. Era más bien la madriguera de un lobo que llevaba tiempo aguardando una visita. Y en cuanto puso un pie dentro del local, sin más ceremonia que la de echar un vistazo a las mesas vacías, supo por qué.

Lysmo Klaugil había iniciado su carrera de cazador a sueldo en la época en la que Uri se compró su primera Nébulas, una pistola apreciada entre los cazadores porque podían cargarla con munición antipersonal. Era una herramienta versátil, igual que el propio Klaugil. Uri tropezó por primera vez con su competidor en el continente boreal de Tanjet, durante una cacería de presos fugados de la satrapía de las Flores. Alrededor del edificio que hacía las veces de palacio del sátrapa y de fortaleza prisión (una especie de harén para adversarios políticos) se extendía una vasta llanura. Klaugil y Phernon se internaron en esa marisma de tierra llena de arcillas movedizas, y acabaron confluyendo sobre las presas cuando la segunda jornada de persecución tocaba a su fin.

Digamos que su encuentro no fue del todo agradable.

Klaugil pretendía convertirse en el mejor cazador de hombres de Tanjet, título que otros decían ostentar pero que ninguno había refrendado con el respaldo del gremio.

A diferencia de Phernon, no poseía un negocio legal de investigador bajo el que ocultar sus fechorías, ni siquiera un número de expediente en el registro de asesinatos de la ciudad. Aquí podría hacer un inciso para hablarles de los aspectos legales de las competencias en materia de gremios en Tanjet, pero me sería difícil explicar por qué alguien podía estar fuera de la ley y a la vez respaldado por esta, o cómo un oficio tan perseguido como el de cazador adquiría legitimidad si uno lo disfrazaba de investigador o de cobrador de impuestos. Cosas de los humanos.

Como dijo alguien que no acabó entre rejas (sino bajo tierra), es mejor obtener la prebenda de la ubre de un gobierno (si este es tan ingenuo que se deja engatusar) que un castigo por vivir al margen de él.

Desde entonces, la relación entre Uri y su competidor no hizo sino empeorar. Ambos se tenían como iguales, como adversarios en el camino a la consecución de sus sueños: ser los parangones imbatidos de su profesión. Cada cual fiel a un estilo, avanzaban con su propia filosofía por los senderos de la caza, y cuando tropezaban, la vieja enemistad salía a flote.

Para colmo de males, los dos estaban muy metidos en la cultura de los Rynos, los acorazados coches-monstruo de línea romántica, cognoscitiva elegante y armamento letal disimulado bajo la carrocería.

Esos coches (entre los que, modestamente, me incluyo) eran los verdaderos amos de las calles de Tanjet, al menos a nivel del suelo. Según algunos, de haber podido volar, los Rynos serían tan pesados y aterradores que las autoridades los habrían catalogado como naves, no como coches, y los habrían desmantelado en oscuros hangares.

Pero eso fue entonces, y ahora es ahora. Y cuando Uri entró en la taberna de Kram, ya sabía que lo que buscaba no iba a ser fácil de obtener.

Entró con decisión en el local. Lanzó el saludo acostumbrado al viejo Kram, que jugaba al minigolf detrás de la barra, y echó un vistazo en derredor. No había mucha gente. Unos fanales pintaban de amarillo las espaldas de los clientes, mientras que otros jugaban a confundir a las prostitutas con verdaderas damas de la alta sociedad, o a los charlatanes que soltaban un discurso lleno de tópicos con profetas de los bajos fondos. Por allá había chicas demasiado jóvenes para ejercer su profesión (¿cómo simular alegría al estar con los clientes cuando la infancia se te escapaba haciendo sangrar tu cuerpo?), violadas por compresas de algodón mientras intentaban poner cara de mayores. Para ellas, el bar tenía otro nombre más melancólico y realista que el oficial: el Jardín de la Desidia.

En una de las mesas, con una de aquellas chiquillas en transición hacia la pubertad acoplada a su escorzo, estaba Klaufil.

No había cambiado mucho. Estaba más gordo, eso sí, y aunque sus brazos seguían siendo poderosos y los bíceps marcaban volumen bajo la camisa, la panza se le desbordaba como un alud de carne por encima del pantalón.

Uri se hizo notar con un parco «hola, Lys»... que logró que su rival apartase la

vista del mugriento vaso.

—Solo queda una persona en esta ciudad que me llama por ese mote —farfulló, sin dirigirse a nadie en particular. Sus sienes de cazador mostraban unas gruesas venas trabadas en un revoltijo.

Uri ordenó una copa de lo que el otro estuviese tomando haciendo una V con los dedos. La joven prostituta se marchó en busca de nuevos horizontes.

—No es un mote. Es que te llamas así —dijo Uri con una sonrisa—. Demanda a tus viejos si no estás de acuerdo.

Klaugil trató de refugiarse de nuevo en el vaso.

—Vale, así que no eres un maldito espejismo —se quejó—. Joder, ¿por qué no te largas y dejas que acabe de emborracharme en paz? Como si no hubiese más tugurios de mala muerte en esta mierda de planeta...

—Hay muchos, no te lo discuto, pero este tiene algo que lo distingue de los otros.

—¿Ah, sí? ¿Y qué maldita cosa es esa?

—Que es el único sitio donde podré darte la tabarra.

La boca de Lysmo se torció. No, aquella no iba a ser su borrachera perfecta.

Uri miró la cadena tallada de zafiros que iba desde una aleta de la nariz de Klaugil hasta el cuello de su chaqueta. El fulgor de la pedrería hacía que el rostro de su dueño pareciera aún más macilento.

Uri sabía lo que representaba aquel adorno, y no pudo evitar que en su corazón saltara una chispa de celos.

—Felicidades, ahora eres buscador de primera clase —se asombró—. ¿Cuándo te lo dieron? ¿O es que robaste el distintivo?

—Lo robé. Pero ya habían decidido concedérmelo. No me apetecía aguantar la maldita ceremonia.

—Pero este rango... te obliga a mantener un negocio legal.

De los pulmones de Klaugil brotó un suspiro ronco.

—Sí, me obligaron a colgar un hermoso cartel en mi puerta que dice «cobrador». ¿Estás contento?

—¿De impuestos?

—De qué iba a ser. —El vaso de licor desapareció camino de su garganta. Miró a Phernon con un cansino desprecio—. ¿Vas a decirme de una vez para qué has venido, o voy a tener que echarte a patadas del local?

Uri soltó una carcajada.

—Para mí, Lys, eres como ese viejo poso amargo que uno siempre se encuentra en el fondo de una copa —dijo Phernon, apurando el vaso. Su compañero, de forma automática, lo rellenó de nuevo—. Cada vez que meto la nariz en un asunto importante, ¡zas!, te encuentro a ti detrás.

—Claro —fanfarroneó el gordo, apuntando con el pulgar a la cadena que le colgaba de la nariz—. ¿Ves esto? Yo soy cada maldito asunto importante que sucede en este estercolero.

—Es más complicado. El asunto al que me refiero data de hace siete años. En aquel entonces no tenías la cadenita.

—Últimamente no recuerdo ni lo que hice la semana pasada —gruñó—, y tú me hablas de hace más de un lustro. —Afiló los ojos—. Además, aunque supiera de qué hablas, Uri, ¿por qué cojones iba a ayudarte?

—Por simple camaradería —tanteó Phernon, y sin dejar que su rival se echara a reír, continuó—: En aquella época aceptaste un encargo. O bien tenías que proteger a una persona, o dio la casualidad de que perseguías a alguien relacionado con los asuntos de la Amalgama y fuiste testigo de un reclutamiento. —Encogió los hombros—. No lo sé. Lo único que tengo claro es que aquello ocurrió en el Cementerio de los Paradigmas, y que la impronta energética de tus motores dejó huella en la savia de unos cipreses. Sé que odias a muerte a los Baazu desde lo que hicieron en la favela de Clastos, cuando mataron a tanta gente... y me pregunto si aquella noche no saldaste más cuentas de las que pretendías.

Klaugil torció el gesto. Sí, el problema de la radiación procedente de los motores de los Rynos les había dado problemas en el pasado. Los blindajes de aquella época no eran muy eficientes y las partículas pesadas escapaban sin control.

Algunos conductores habían muerto por envenenamiento radiactivo antes de comprender lo que pasaba. Finalmente se solucionó con un doble revestimiento de cerámica de fisionador de nave estelar, caro de obtener y aún más de instalar. Pero en la época a la que se refería Uri, ningún Ryno había pasado todavía por ese proceso.

—Cada vehículo tiene una huella energética única —le recordó Uri—. Y el tuyo estuvo allí aquella noche, haciendo estragos en el protoplasma eucariótico de los cipreses. Mi pregunta es por qué, Lys. Qué coño hacías en aquel lugar, y qué fue lo que viste.

—Maldito colector —gruñó su colega, refiriéndose al núcleo de los motores Ryno—. Sabía que nos acabaría dando problemas. ¿Quién fue el listillo al que se le ocurrió la idea de instalar generadores de fisión bajo el capó de los coches?

—Uno que pensaba conducir para siempre, por una carretera eterna, sin detenerse ni para vaciar la tripa.

Klaugil desplazó un milímetro la servilleta de la mesa.

—¿La Amalgama, has dicho?

—Sí.

—Ese es un terreno en el que no suelo meterme, Uri. Y tú tampoco deberías.

—Por regla general me mantengo apartado de esa gente, pero he aceptado un encargo que me tiene intrigado. Solo quiero que me cuentes si asististe a un reclutamiento, o si viste algo inusual aquella noche. Cualquier detalle que puedas recordar será de gran ayuda.

—Aclárame una cosa. Suponiendo que recuerde algo de todo aquello, ¿qué gano yo a cambio?

Uri sonrió. Desde el instante en que decidió buscar a Klaugil tuvo claro que no

daría nada gratis. No podría sobornarlo con dinero, y tampoco con información. Pero si había una verdad irrefutable sobre los cazadores, fuera cual fuese su historial, era que todos tenían un precio.

Algunos eran más altos que otros, más comunes o más exóticos, pero siempre había un precio.

—Dímelo tú, y estoy dispuesto a conseguírtelo. Cualquier cosa —dijo cuidadosamente.

Con dudosa gracia, Klaugil se puso en pie y señaló la puerta.

—¿Todavía montas esa ruina de Ryno averiado llamada *Valruss*, o lo has cambiado por una carreta más moderna?

—*Valruss* está en buena forma, y su colector todavía puede echarse muchos miles de kilómetros a cuestas. No tiene fugas, que yo sepa. —Pensó en lo ofendido que se sentiría su coche si lo oyese hablar en esos términos, y miró de reojo a su icono de la etiosfera.

—Yo le he hecho una profunda remodelación a *Mamut* —se pavoneó Klaugil—. Gasté la fortuna que me pagaron por matar a Íbram Hextor en perfeccionar su blindaje, instalarle un colector nuevo y modernizar todo el armamento. Ahora sí que es una verdadera máquina de triturar —rio.

Uri se estaba levantando también de la silla, pero el comentario de Klaugil lo detuvo en seco.

Había oído la noticia de que uno de los intocables Baazu, el buscadísimo criminal Íbram Hextor, había sido asesinado por un cazador. Era el primero de su casta en caer bajo las redes de un asesino profesional. Pero o no había leído bien el nombre de Klaugil en los boletines o su mente lo había descartado con rapidez, como si la hazaña no mereciera más bombo y platillo del que ya le estaban dando.

—¿Fuiste tú?

Klaugil miró a Phernon desde un pedestal de kilómetros de altura.

—Tienes delante al asesino de Hextor, el Carnicero de Tanjet. Me costó más de cuatro años seguirle la pista a ese cabrón hasta tenerlo al alcance de mis pistolas, pero cuando lo tuve ahí, ahí mismo... —Apuntó con una arma ficticia una hacia un cuerpo que estaría arrodillado a menos de un metro—. Ni siquiera sospechas el placer tan absoluto que implica eso. Tener a tu presa indefensa, reducida a un guiñapo inútil, tratando de sobornarte con fortunas con las que podrías comprar cien mundos, mientras tu dedo se arquea sobre el gatillo y sabes que no quedan sino unos segundos para que el calibre cincuenta convierta a esa masa de gimoteos en un montoncito de carne quemada...

—Yo también he atrapado a muchos criminales de importancia.

—Pero ninguno como el Baazu. Tú no eres el hombre que cogió al esquivo Íbram Hextor —recalcó—. Fui yo. —Se clavó el dedo en el esternón con un ruido sordo—. Por eso me dieron esta mierda de cadena.

—*Mamut* se habrá convertido en una bestia horrible, ¿no?

—Lo comprobarás tú mismo mañana por la noche. —Una mueca de suficiencia.

—¿Qué pasa mañana por la noche?

—Uri, tienes que revisar esos filtros de información. ¿No te has enterado? Montaremos un coliseo en el barrio viejo. *Valruss* está invitado también, si quiere venir.

Uri permaneció en silencio, ponderando la noticia. Estaba claro lo que el desalmado de *Klaugil* quería a cambio de su información.

No era dinero, ni soplos sobre traficantes o transacciones ilegales.

Lo que quería era a *Valruss*.

—Un coliseo —repitió con un silbido—. ¿Quién lo organiza, el gremio o alguna banda independiente?

—El gremio.

—O sea, que su resultado será legal. Quien pierda el duelo tendrá que someterse a las normas o salir corriendo del planeta.

El gordo lanzó una risa macabra. Se puso una gabardina sucia y se despidió de Uri con un golpecito en el ala de su sombrero.

—Totalmente legal —asintió—. Si quieres la información que buscas, te la daré si tu trasto vence al mío en el duelo. Si no...

No hizo falta decirlo. Uri conocía muy bien las implicaciones de un duelo entre *Rynos*, manejados con soltura por sus psicóticos conductores. El ganador tenía derecho a pedirle lo que quisiera al perdedor, siempre que estuviera en manos de este dárselo. Cualquier cosa, desde que trabajase gratis para él hasta la celebración del próximo coliseo, a que le cediera en propiedad los restos que aún quedasen de su *Ryno*. Era un poco como las suicidas carreras de *galeks* del planeta *Hipsys*^[1], pero con coches en lugar de exoesqueletos de combate.

El único problema era que si el rival a batir era el recién remodelado *Mamut* de *Klaugil*, entonces *Valruss* llevaba todas las de perder.

El EV de Caleb se acopló con soltura a su anclaje vertical, conformando lo que sería a partir de entonces una pared del apartamento abierta a la cabina del vehículo. Las risas de sus ocupantes se expandieron por el salón bañadas en un potente olor a perfume.

Caleb salió en primer lugar del coche y ayudó a su prometido (ahora, además, lo era de verdad, no solo de nombre) haciendo que se apoyara en su cuerpo. Ambos habían bebido más o menos las mismas cantidades de combinados y de algo llamado «hormigas que saltan del abanico» cuyo sabor era imposible de clasificar. En algún momento de la fiesta alguien les había suministrado una pastilla contra los efectos de semejante cóctel, pero o bien no había funcionado, o la cantidad ingerida era demasiado alta.

—No sabía... —comentó Saynon, olvidando sobre qué se había estado riendo los últimos minutos—... que tu nuevo cuerpo pudiera emborracharse.

—Es increíble, ¿verdad? —Caleb se tapó la boca con el puño para ahogar un eructo—. Oye, ¿qué es eso?

Señaló la manga de su compañero. Llevaba el campo de iconos de su etiosfera (que no era invisible para Caleb) enrollado en el antebrazo como la cola de un traje.

—Es mi cohorte de admiradores, que ha venido a ver cómo pasamos nuestra primera noche de pareja. —Ese chiste también le hizo mucha gracia. Se desplomó muerto de risa en el sofá mientras su novio se tambaleaba rumbo a la cocina. El abanico de iconos, al soltarlo, se abrió como la cola de un pavo real.

—¿Quieres un estabilizador? —preguntó Caleb. Su mano se asomó por la puerta enseñándole una pastilla.

La risa de Saynon cesó de golpe.

—Sí, por favor —dijo muy serio. Y empezó a silbar una canción que había olvidado de niño.

Caleb sonrió al escuchar la melodía. Alguien la había estado cantando en el salón de baile. Era la típica tonadilla recurrente que uno no se puede quitar de la cabeza, y cuyo final enlaza con el mismo grupo de notas del principio. Un horror.

La pastilla no era efervescente. Caleb lo recordó cuando ya la había depositado en el fondo de un vaso con agua. Se la tendió a Saynon y se quedó allí, mirándolo mientras se la tragaba.

Saynon, Saynon... Qué suerte había tenido al encontrarlo. Como hombre agraciado y de posibles, Caleb había tenido muchas aventuras en su vida, la mayoría con aspirantes a ejecutivos bastante más jóvenes que él. Pero ninguno había logrado aportar una dimensión más profunda a su relación que un poco de candidez y la pasión arrolladora de la juventud. Hasta que llegó Saynon.

Era un atolondrado, cierto, pero en su mirada bullía una combinación de paz y de compromiso con ciertas normas heredadas de sus mayores que lo hacía distinto de

aquellos efebos de dentadura radiante y pectorales blindados.

Saynon era el quinto hijo de un administrador de la saltoárea. Fue así como sus familias acabaron coincidiendo. Caleb asistió a una fiesta con su acompañante de aquel entonces colgado del brazo. Sí, se acordaba de él, un chico de Orgullo Nuchra llamado Calldor; rubio, impetuoso y sin un gramo de materia gris detrás de la frente. Durante toda aquella noche se había estado preguntando qué motivos tenía para prolongar esa relación, y cómo decírselo a Calldor sin hacerle mucho daño.

Aburrimiento. Todo era aburrido en él. Su charla era vacua y redundante, sus conocimientos sobre cualquier cosa que no fueran los temas de moda, poco menos que inexistentes. Hasta su figura perfecta se había vuelto vulgar de tanto mirarla. Caleb necesitaba un cambio, y estaba pidiéndolo a gritos cuando apareció Saynon.

Curiosamente, el primer contacto entre ambos tuvo un trasfondo negativo. Caleb había conseguido zafarse de la compañía de unos inversores que pretendían engullirlo con su charla, y regresaba a la mesa en busca de Calldor. Lo encontró discutiendo con otra persona.

Saynon no le pareció atractivo en aquel primer encuentro. Ni siquiera se fijó en él más allá del hecho de que estaba molestando a su pareja. Ambos parecían muy metidos en la discusión, parapetados tras sus argumentos y sin ganas de ceder ante las diatribas del contrario. Típico de los jóvenes, pensó Caleb.

Interpuso entre ambos las copas que había traído de la barra, interrumpiendo su contacto visual.

—Vamos, vamos, es una fiesta de la amistad —sermoneó—. No hace falta ponerse tan serio, a menos que la afrenta haya sido grave.

—¿Que si ha sido grave? —protestó Calldor. En cuanto tuvo a su lado a Caleb, recobró la compostura, estirando el cuello y sintiéndose más seguro de sí mismo. Su contrincante estaba perdido. Si él no era capaz de ofrecer buenos argumentos para defender su postura, Caleb sí que podría—. ¡Este niño está insultando mi inteligencia!

«No es que haya mucho que insultar», pensó Caleb. No tardó en descubrir qué había ocasionado la disputa: uno de los pensadores de moda había afirmado ante su etiosfera que la individualidad per se no existía en el universo, ya que todos los conjuntos pensantes podían ser divididos en partes más pequeñas y útiles, lo que destruía la noción del yo. Eso había desatado una tormenta de sofismas de tercera categoría en los canales de datos. Un duelo axiológico-agresivo repleto de preguntas simples llenas de trampas.

—Tú puedes entenderme, cariño —espetó Calldor, airado—. El filósofo Arkopf tiene razón: la multiplicidad está compuesta por unidades, y la materia, por definición, es infinitamente divisible. Desde el momento en que alguna de esas unidades tiene conciencia de sí misma, como los nanocirujanos que tú probablemente llevas en la sangre, el individuo que los alberga ya no existe, porque deja de ser uno y único.

El joven que aguantaba estoicamente su verborrea se humedeció los labios con un sorbo de licor y contraatacó:

—Arkopf ha tomado una decisión consecuente con su estilo de vida, la de renunciar a su propia individualidad. Pero eso no es extensivo a los que partimos de una perspectiva distinta. Para mí, la conciencia es una suma.

—¿Una suma?

—Sí. De experiencias, de recuerdos, de sentimientos, de razonamientos... —enumeró—. Yo soy yo, Saynon, y me percibo a mí mismo como individuo, en tanto que me forman los hechos que me han ocurrido en la vida y las decisiones que he tomado como persona.

—¿Y eso qué tiene que ver con la multiplicidad?

—Tiene que ver en tanto que ese sumatorio incluye las partes más pequeñas en que puedo dividirme sin llegar a desaparecer. Si existen partes de mi organismo capaces de pensar por sí solas, de tomar decisiones ajenas a mi voluntad, y gracias a esas decisiones sigo existiendo, entonces esas otras voluntades están incluidas en mi definición. —No estaba seguro de que su oponente lo estuviera siguiendo—. Yo no las conozco, ni tengo poder sobre ellas, pero sin su connivencia estaría muerto. Así que mi individualidad está formada no solo por lo que soy, sino por todo aquello que incluyo pero no conozco.

—¡Qué disparate! —Calldor buscó ayuda en su novio, que seguía sentado a su derecha, disfrutando del duelo.

Caleb se fijó en que la mano de Calldor estaba ejecutando ciertos movimientos discretos bajo la mesa, de modo que su rival no pudiera verlos. Sus ojos se desplazaban de vez en cuando hacia un lado, como si leyera algo en su etiosfera a gran velocidad.

Caleb entendió que el chico estaba consultando las ayudas en línea de la etiosfera para recabar argumentos. Puede que tuviera abiertas un par de ventanas, una a la red personal de Arkopf (que contenía sus reflexiones y las evidencias que las apoyaban) y otra a un colectivo público de filósofos. Ese contacto era bidireccional, en tanto que él también estaba siendo observado por todas las personas de Tanjet que discutían sobre el mismo asunto.

El tal Saynon, sin embargo, se limitaba a disfrutar del contenido de su copa. Caleb empezó a sentirse intrigado por él. Su saber estar, calmado y paciente, eran característicos de una persona mucho mayor.

—Arkopf ha solucionado ese dilema de una forma muy sencilla —alegó Calldor, convencido de que con eso pondría a su adversario contra la pared—: Si tú, como ente contenedor de otras entidades más pequeñas, dependes de las decisiones de estas para actuar, significa que no posees libre albedrío. Solo tienes una ilusión de libertad, no libertad real. Aunque quieras zamparte un buen filete de baltorg, si tu estómago rechaza la carne y se pone enfermo, no te está dando opción real a comértelo. Por lo tanto, no eres libre, sino esclavo de los deseos de esas partes más pequeñas de ti. En

consecuencia —pareció ofrecerle algo con las manos, posiblemente sus conclusiones —, no existes como individuo, sino como la suma de los deseos de otros.

Saynon hizo un ademán despreciativo con la copa, rechazando los razonamientos que Calldor le brindaba.

—Hay algo que no entiendes —razonó—, y es que mi estómago podrá o no ser capaz de procesar ciertos alimentos, pero no tiene potestad para elegirlos, cocinarlos, ingerirlos, o lo que sea. No soy yo quien depende de él, sino él quien depende de mí para que le suministre alimento. Es decir, es una herramienta subordinada a otras con mayor nivel de complejidad, como el cerebro.

—¿Y eso qué demuestra?

—Pues que las decisiones que es capaz de tomar son muy limitadas. Fundamentales, sí, pero subyugadas a la actividad de otras entidades más complejas, de un orden superior. Y si escalamos poquito a poco por esa misma cadena, saltando de un orden de complejidad a otro cada vez mayor, nos detenemos donde no podemos seguir subiendo, es decir, en mí. En la totalidad que es Saynon, y que es la que toma las decisiones. Yo puedo elegir no comer y morir de hambre, cosa que mi estómago podrá discutir, pero nunca obligarme a cambiar de opinión. Por lo tanto —celebró el final de su razonamiento con otro trago—, mi voluntad es la que gobierna a todas las inferiores que me conforman. Mi yo existe, y es la suma razonada y dotada de libre albedrío de la interacción entre mis partes. Mi nombre es una definición fractal.

Calldor giró el torso con un movimiento mecánico hacia Caleb, como si con ello le dijera: «¿Acaso no estás oyendo lo mismo que yo? ¿No piensas hacer nada para defenderme?».

Su novio se limitó a reír por lo bajo.

—¿Te vas a quedar así? —protestó Calldor, con la desesperante seriedad que adoptan los sabios cuando quieren defender el valor académico de sus ideas—. ¿Por qué no le dices a este presuntuoso lo equivocado que está?

—Es que... no creo que se equivoque —opinó Caleb, para asombro de ambos. Saynon lo miró con una curiosidad sincera, frente al desprecio y la sensación de haber sido traicionado que destilaba el rostro de Calldor—. Estoy de acuerdo con que la identidad existe por encima de todo, da igual en cuantos pedacitos puedan trocearte, siempre que el raciocinio la gobierne. E incluso cuando no. —Señaló la banqueta de diseño en la que estaba sentado—. Si miramos este objeto muy de cerca, solo veremos átomos. Pero hay un orden superior que gobierna la disposición de esos átomos, y es que forman una silla. Está claro que solo es una silla, y tiene una masa y un volumen propios, luego es una cosa única y definida. Estoy de acuerdo con que el peldaño superior al que podemos llegar en una escalera de definiciones —miró a Saynon— es el que determina el nombre final que le ponemos a las cosas.

Eso fue todo. Calldor no le perdonó que contribuyese a su humillación pública, y aunque en un principio Caleb intentó arreglarlo, esforzándose para que las cosas volviesen a su cauce, descubrió que lo que le convenía era que el río siguiera

revuelto.

No tardó en tener una conversación con Calldor, la fundamental. También fue la última. Se separaron prometiendo volver a verse, pero si alguno hizo el menor esfuerzo en este sentido, el otro nunca lo supo. No hubo fases de euforia ni depresión detrás de la ruptura. Caleb lo aceptó como una consecuencia inevitable de su mala elección, de haberse dejado llevar por unos sentimientos que lo habían derrotado en otras ocasiones. La culpa por haberse arriesgado a beber agua venenosa de la fuente de la juventud.

No sintió pena, pero tampoco alegría. Se dejó llevar lánguidamente por el paso de los días y los problemas de su trabajo, y una mañana, al despertar, descubrió que no le molestaba la frialdad al otro lado de la cama. Es más, le gustaba estirar el brazo y hallar media sábana sin arrugar, esperando a otra persona.

Esta vez tardaría en volver a elegir, se prometió. Necesitaba estar solo para comprender los misterios de la vida en pareja.

Y entonces reapareció Saynon.

Como cualquier joven inquieto y con inclinación hacia el lado artístico de la vida, estaba pasando por diferentes fases. Necesidad de estudiar al principio, de trabajar después, de hacer algo útil con su vida al final. Algo por lo que fuera recordado por sus semejantes. En una sociedad en constante expansión como la de Tanjet, cada día nacían dos o tres clases nuevas de arte. El que estaba de moda en aquellas fechas se llamaba «ubicuismo», y consistía en arreglar tu etiosfera para que pareciera que estabas en muchos sitios a la vez, haciendo cosas interesantes en cada uno de ellos.

Saynon pasó grabaciones de distintos momentos de su vida, colocándolos como fondos de escritorio en torno a su figura. Todo aquel que lo mirase desde la etiosfera podía ver a un único Saynon (un ser tallado con esa extraña nobleza de rasgos de las estatuas antiguas), pero situado en distintos ambientes e interactuando con diferentes personas. Ganando y perdiendo, riendo y llorando, deteniéndose y corriendo, todo a la vez.

Uno de aquellos fondos fue la discusión con Calldor en la fiesta.

El aviso llegó a la etiosfera de Caleb como un mensaje automático. Había herramientas que avisaban cuando un desconocido usaba tu cara sin permiso, o cuando te añadía a su red de contactos. Solo por curiosidad, Caleb se conectó a la de Saynon para preguntarle por qué lo había hecho. Y ese fue el principio de todo. De la intimidad, de los besos, de la confianza. De la calidez recuperada en el lado frío de la cama.

Quizá estaría bien retomar su vida amorosa con un filósofo, llegó a pensar entonces. ¿No era eso tener auténtica sangre fría?

Ahora, al ver cómo Saynon se tragaba la pastilla en el vaso de agua, frotándose los ojos como si necesitara algún motivo para no quedarse el resto de la noche en aquel sofá, Caleb sentía que todos aquellos años habían valido la pena.

Si había una persona por la que valía la pena enfrentarse a su madre, la tenía

delante. Aunque no fuese perfecta, ni extremadamente hermosa, ni tuviese una frente egregia ni unos pectorales de hierro. Saynon, sin dejar de ser hermoso, era probablemente el pretendiente de rostro más vulgar que había tenido. Y el secreto que lo mantenía a su lado residía en que esos detalles no le importaban lo más mínimo.

—Es la hora —anunció.

Saynon se incorporó, luchando contra un acceso de vértigo.

—¿En serio?

—Totalmente.

—¿Y no apagarás tu etiosfera, como antes?

Caleb lanzó una mirada maliciosa al icono de su madre, que flotaba en modo de espera.

Saynon se levantó del sofá. Miró a su prometido durante largo rato, sin hacer ningún movimiento. La resaca había desaparecido de golpe, aunque no sabía si era por lo solemne del momento o por la química de la pastilla. La etiosfera palpitaba, creando una aureola a su alrededor con destellos de gente que iba y venía, de unos ojos que se abrían y otros que se cerraban.

Caleb sentía lo mismo. El uk'naan convertía la noche «después» en la primera, no importaba lo que hubiera sucedido antes. Y todo lo que sucediera durante las siguientes horas sería recordado como el verdadero comienzo del resto de sus vidas.

Dado que todo el mundo los estaba mirando, aquel acto iba a ser ejecutado con absoluta precisión. Los movimientos serían lentos, elegantes, llenos de plástica. Casi una danza en una sinfonía de silencios, de besos y abrazos que comenzaron con una caricia. Caleb y su novio se abrazaron con extrema dulzura, como si fueran a descubrir sus cuerpos por primera vez...

... Y Saynon advirtió que algo no iba bien.

Caleb se dio cuenta al ver su expresión. Su novio lo había abrazado y estaba recorriendo la línea de su columna con el pulgar, camisa arriba, cuando su dedo tropezó con algo. Un bulto que no debería estar allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caleb.

Saynon lo miró preocupado.

—¿Qué le pasa a tu espalda?

—Nada, que yo sepa. —Caleb se separó unos centímetros de su novio, sin llegar a romper el contacto. Arqueó un brazo hacia atrás y se tocó la base de la espalda. Saynon había empezado por allí, subiendo poco a poco, palpando sensualmente, hasta...

Lo encontró. Su rostro se llenó de preocupación. Los ojos de la etiosfera estaban muy cerca, atentos a cada suceso. Era evidente que algo inusual ocurría, pero aún no imaginaban qué.

—Espera —murmuró Caleb. Sin dejar de palparse lo que fuera que tenía en la espalda, se encerró en el lavabo.

—Pero ¿qué ocurre? —se exasperó su novio. Algunos iconos ya se atrevían a

solicitar un canal directo, violando la privacidad. Uno de ellos era el de Germild. Saynon los ignoró—. ¡Por el Panteón, háblame! ¿Estás bien?

Su tono de voz iba más allá de la preocupación. Era miedo lo que había allí, escarbando en los temores de los días pasados, en las imágenes surgidas del quirófano de reconstrucción y la sala de espera.

La voz de Caleb tardó en cruzar aquella puerta. Y cuando lo hizo, el vello de Saynon se erizó como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica.

Lo que profirió Caleb fue un grito de espanto.

(Extraído de *Míralo por dentro*, de Narik Spurgeon).

«Nos sigue sorprendiendo que no sucediera antes. Hubo un tiempo en que los coches eran coches y las naves, naves, y todo el mundo parecía feliz con estas categorías. Pero llegó el día inevitable en que a algún iluminado le dio por pensar: “Rayos, ¿qué pasaría si desmonto ese colector de fisión de carguero estelar, lo reduzco al mínimo en tamaño y peso y lo instalo bajo el capó de mi coche? Y si puedo hacer eso con un colector, ¿por qué no con el blindaje para reentradas en atmósfera? ¿Y con los escudos y el armamento naval?”.

»Claro que, por muy romántica que sea la idea de acercar ambos conceptos, el de nave espacial y el de vehículo para ciudad, lo cierto es que las viejas categorías siguen mandando, y lo que es válido para unos no siempre lo es para otros. Pero unos pocos pasos sí que se dieron en esta dirección, a pesar de los inconvenientes.

»Vale, el blindaje era muy pesado y los cañones de mesones consumían demasiada energía como para ser disparados desde tu coche. Pero una versión simplificada de esa tecnología sí era susceptible de instalarse. La cognoscitiva, por ejemplo. Podías coger las placas de personalidad cristalizada de la computadora y meterlas en un nuevo cuerpo, aunque luego había que enseñarles a pensar diametralmente, como hacen los respiradores de oxígeno.

»Las primeras cognoscitivas pensaban en matrices compuestas, lo que hacía verdaderamente difícil comunicarse con ellas, pero ese problema también acabó solucionándose, y todo el mundo (todo el que se lo pudo permitir) tuvo su coche inteligente y blindado esperándolo como un perrito en el garaje, deseoso de llevarlo al trabajo sin que nada ni nadie en la carretera pudiera amenazarlo.

»Los vehículos ya no se limitaban a consumir combustible y llevarte de un lado a otro del continente. Ahora, además, te echaban de menos, y podían llegar a ponerse muy celosos si descuidabas su amistad».

Llamar «barrio viejo» a aquel sector de Ferazza era como distinguir arbitrariamente un hormiguero de otro, solo por el placer de adjudicarle un nombre.

Uri Phernon llegó cuando el sitio elegido para montar el coliseo estaba atestado de gente. La elección del lugar, desde luego, no era caprichosa. Tenía que reunir una serie de características, como estar desierto, poseer calles lo suficientemente amplias como para que los Rynos corrieran con soltura, y ser tan laberíntico y peligroso como para que no se redujera a una simple carrera en línea recta.

En los laberintos, los conductores podían adoptar estrategias de combate y usar su astucia, además del armamento pesado.

La fábrica abandonada que ocupaba varias manzanas del distrito ochenta reunía todos los requisitos. En tiempos había servido como fundición de metales y procesadora de radiación, pero las sucesivas crisis que había sufrido la economía de Tanjet habían provocado su clausura. El gremio la tomaba por asalto un par de veces al año para montar sus fiestas de destrucción, echando por la fuerza a los metabolatas que constituían sus únicos inquilinos. Ya ni hacía falta ordenarles que se fueran: en cuanto oían llegar los primeros coches escupiendo fuego infernal por sus tubos de escape, salían disparados como si un león les estuviese mordiendo el culo.

La nave principal constituía el espacio de reunión y puesta a punto de vehículos. El «taller». En la gran explanada cubierta había por todas partes chispazos de soldadura, nubes de humo, arcos eléctricos, piezas desechadas tiradas por el suelo, mil y una envolturas de chokolatinas y cajetillas de tabaco, cables desnudos, drones flotadores, herramientas que esperaban junto a pies que surgían de debajo de los chasis, y montones de cosas más.

Uri pasó por la caseta de inscripción (donde saludó a una vieja amiga con la que había tenido una aventura miles de años atrás, y que ahora era la flamante esposa del presidente), decoró con su rúbrica el formulario y los papeles que eximían al gremio de cualquier responsabilidad, y fue a aparcar a *Valruss* en su box.

Fue entonces cuando localizó a Lysmo Klaufil.

El cazarrecompensas llevaba puesto su sempiterno sombrero. Estaba sonriéndole a una joven azafata con el poco carisma que podía reunir mientras le entregaba la tarjeta de estatus de su coche. Todos los pilotos debían pasar una revisión y certificar que el equipamiento de sus vehículos estaba en regla, de lo contrario no podían correr. Cuando la joven se guardó la tarjeta y pasó a soportar los piropos del siguiente conductor, Lysmo vio por casualidad a Uri. A su espalda se abría un abanico de chapas gigantes entrelazadas con una matriz de circuitos que ocupaba toda la pared, y que no dejaba ver los coches que estaban aparcados detrás.

Uri se preguntó qué sería aquel mastodonte cibernético.

—La información que buscas debe de interesarte muchísimo —lo saludó Lysmo, con una sonrisa que recordaba el cuerno blanco de la luna.

Uri alzó la puerta de gaviota de su coche y salió por el lado del acompañante. Del lado del conductor estaba aparcada una moto de seis plazas cuyos técnicos arrojaban verdaderas cascadas de chispas. El cazador inhaló una prolongada bocanada de aire que olía a emboscadas y muerte.

—¿Estás de broma? He venido a ver cómo tu precioso *Mamut* queda convertido en chatarra a media carrera.

—No apuestes por ello... O pensándolo mejor, sí, apuesta, por favor. —Lysmo miró con codicia el chasis de *Valruss*. Solo un par de milímetros de blanco asomaban bajo cada una de sus pupilas. Loto negro—. ¡Apuesta todo lo que tengas! Me estarás haciendo un favor.

—Acabo de hacerlo. —Le mostró la cartilla que le habían sellado en la caseta. Uno de los papeles firmados era la cesión absoluta de derechos sobre su Ryno al conductor que lograra vencerlo en la fase de duelos.

—Estupendo —aplaudió Lysmo—. Oye, ¿has visto por ahí a Chir?

—Sí, me encontré con ella al entrar. No parece la misma.

—Se ha operado de tantas cosas y tantas veces que habría costado lo mismo trasplantarla a un cuerpo de gel —rio Klaugil—. Se nota que su marido tiene dinero.

—Nuestro dinero —precisó Uri—. Pero si los impuestos que nos cobra el gremio sirven para traer al mundo unas tetas tan bonitas como esas, seguiré pagando lo que haga falta.

Klaugil se asomó con descaro al interior de *Valruss*.

—Nunca cambiarás, viejo verde. ¡Eh, *Valruss*, semental! ¿Cómo va eso, chico? —Recogió unos cuantos desperdicios de una esquina del salpicadero y los echó fuera—. Tu amo sigue dándose la vidorra bohemia en tu panza, ¿eh?

Las luces del salpicadero titilaron, y de los altavoces surgió un ruido desagradable. Era la forma del coche de dejarle claro cuán repulsivo le parecía su aliento o el contacto de sus dedos en la tapicería.

Lysmo rio, contento.

—Así me gusta, un verraco con carácter. Cuando seas mío te voy a cruzar con un tanque T2, a ver qué engendro sale de ahí...

—Te aconsejo que no alardees de lo que no tienes, Lys —le advirtió su competidor—. La carrera aún no ha tenido lugar.

—Esa bravata es tan vieja que ya tiene canas. —En la boca de Lysmo hubo un destello de muelas enfundadas en oro—. Espero sinceramente que tengas un buen seguro de vida, Uri, porque lo vas a necesitar antes de completar la primera vuelta.

Entonces ocurrió algo aterrador. La pared de planchas que había detrás de Klaugil se contrajo, cerrándose sobre sí misma como un abanico que encajase sus varillas una sobre la otra. Los circuitos se replegaron, enrollándose en complejas madejas que quedaron ocultas bajo los escudos; unas monstruosas ruedas aparecieron por debajo del blindaje y el vehículo de Lysmo cobró forma.

Era mucho peor de lo que Phernon había imaginado.

Uri había conocido a *Mamut* en su primera manifestación, cuando era un biplaza de morro contundente y negro, más alto que *Valruss* y con un montante de turbinas en la parte posterior que podía girar sobre sí mismo, como si en lugar de pertenecer al cuerpo principal fuera arrastrado en un remolque articulado.

El *Mamut* actual no se parecía en nada a eso.

Ya no era un coche, sino un transporte pesado, y no solo era el doble de grande que *Valruss*, sino que parecía llevar suficiente armamento como para arrasarse media ciudad. Necesitaba un equipo de veinte personas para ser operado con plena efectividad, pero como las normas de la carrera prohibían que en cada vehículo fueran más de dos tripulantes, Klaufil los había sustituido por robots. Máquinas que también habría pagado de su bolsillo.

Desde luego, se lamentó Phernon, la recompensa que le pagaron por acabar con el Baazu debió de ser realmente espectacular.

Mamut era una mole de nueve ruedas, cada una del tamaño de un hombre, con un cuerpo segmentado que podía volverse rígido o culebrear como una serpiente a la hora de tomar curvas. El morro recordaba vagamente la quijada de un dinosaurio, sosteniendo la carlinga por fuera y a un lado, con el conductor encerrado en una campana de cristal carbonado de varios centímetros de grosor.

Lysmo trepó por una escalerilla y se encerró en esa burbuja para activar los sistemas. Los potentes tubos de escape del vehículo tronaron.

—Si te lo vas a hacer de miedo encima —sonrió Klaufil—, avísame antes para poner el aire acondicionado.

Los ojos de Uri se convirtieron en ranuras mientras recorrían el perfil de aquella cosa. Sí, su aspecto era ciertamente impresionante, pero si uno sabía dónde buscarlos, también tenía algunos fallos. La maniobrabilidad, por ejemplo. El mecánico había querido dotarlo no solo de fuerza arrolladora, sino también de una cierta agilidad a la hora de moverse, pero por buenos que fuesen la suspensión y los compensadores de inercia, un dinosaurio así tenía todas las de perder frente a vehículos más rápidos y ligeros.

Si lograba llevarlo hasta la zona más laberíntica de la fábrica, en los pisos superiores, cabía la posibilidad de que el poderoso *Mamut* se quedara atascado el tiempo suficiente como para que *Valruss* lo golpease allí donde más dolía, en las intersecciones de sus segmentos acorazados.

—Da miedo verlo, a que sí —dijo una voz femenina. Uri encontró a Chir a su lado, sonriéndole con esos labios que tenían más de diseño computerizado que de elegancia natural.

—Hola, perdona, no fui a saludarte porque...

—Ya, cualquiera le quita la vista de encima a su coche en un momento así. ¿Has revisado a fondo a *Valruss*? Aún no te tengo en la lista del taller. —Le mostró el táctil, donde Uri pudo leer algunos nombres:

- 12a *Lamdor*; Runak Daham
- 12b *Bestiagrís*; Verem Stilork
- 8 *Carnicero*; Rihann Vassilu
- 9 *Mamut*; Lysmo Klaugil
- 1 *Tajo Diagonal*; Marta Blerem
- 2 *Ovekkrakk*; Loss Khyma
- 11 *Valruss*; Uri Phernon
- 10 *Korp Pohc*; Ckaj Notrub

—¡El once! Salgo en buena posición, ¿no? —exclamó Uri.

Chir rio con una musicalidad que también parecía programada. Ahora era una visión sublime, casi de manual, pero Uri echó en falta algo de su antigua amiga en ella. Una imperfección que delatase que seguía siendo humana. Un destello azabache en aquella melena hilada con rayos de sol, por ejemplo.

—Muy cerca de Klaugil, si es lo que te interesa. —La mujer se guardó la lista para que Uri no siguiera husmeando—. En fin, caballero, encantada de verlo de nuevo. Espero que tengas suerte y ocupes un lugar en el podio, en lugar de una camilla.

—Lo procuraré, descuida. —Posó las manos sobre el capó de su coche, como disponiéndose a jurar algo—. Id preparando el taller de desguace para *Mamut*, no vaya a ser que luego no os quepa algo tan grande.

—Nunca cambiarás. Siempre tan seguro de ti mismo. —«Tanto que acabas por engañarte y meter la pata», decía el resto de la frase, que no llegó a pronunciar.

—Nunca cambiaré, eso es verdad. Es una decisión que no todos toman, por lo visto.

Chir hizo como que no había captado el reproche, y se fue a hablar con otros pilotos meneando su trasero perfecto.

Phernon encajó un pitillo en un ángulo de su boca. Desde donde él estaba podía divisar la mole del edificio colindante a la fábrica, lo que los corredores llamaban «el gigante Veller». Era una torre de viviendas con aspecto de escultura humanoide, igual de abandonada que la fábrica pero con un diseño realmente artístico: estaba formada por planchas de metal que giraban, como las aspas de un molino, deshaciendo y rehaciendo una figura humanoide al capricho del viento. Ahora lo ves, ahora no. El antojo de un loco millonario que se había quedado en nada.

«Y que fue imposible enterrar en el Cementerio de los Paradigmas de lo grande que era», pensó, dando otra calada.

Rezó porque la confianza en sí mismo, que tanta gracia le hacía a Chir, no fuera otra de esas cosas dignas de ser enterradas aquella noche.

SEGUNDO ACTO

PRISIONEROS DEL DIOS DE GEL

«Uno nunca sabe si la belleza de una persona enmascara sus vicios más descarados... o sus más abstractas virtudes».

Saynon

«La incertidumbre hace más daño que la ignorancia, en tanto que alimenta la indecisión, la negación del todo. Este pragmatismo ético siempre acaba convertido en una doctrina del egoísmo por sus defensores, que lo único que quieren es defenderse a sí mismos».

Mattus Brandt, La etimología de las palabras que no existen

Los coches se colocaron en sus marcas. Los pilotos se enfundaron las armaduras. Muchos llevaban cotas deflectoras reforzadas con plástico rígido o chalecos antibalas, por si la munición pesada de los contrincantes atravesaba el blindaje de la cabina.

Uri también se protegió el pecho con un chaleco, aunque debido a la altura a la que estaban emplazadas las ametralladoras del único que le preocupaba (*Mamut*), las ráfagas quedarían a la altura de las cabezas de sus rivales, no de sus corazones.

Lamentó no haberse traído también un casco.

Los cinturones de seguridad trazaban una X sobre su pecho, como en un caza de combate. Los diagramas de estado brillaban en su visión aumentada, mostrándole el porcentaje de integridad de la coraza y el diagrama de daños de su vehículo, aún totalmente en verde. El pedal acelerador palpitaba bajo su bota, como si quisiera ser aplastado sin piedad. La palanca de cambios del motor (otro detalle retro de *Valruss*, del que Uri estaba especialmente orgulloso) transmitía sutilmente las vibraciones del colector de fisión, masajeándole la mano.

Todo estaba a punto; había algo en el aire, una sensación que prometía grandes cosas para esa noche. Una emoción contenida que Uri sentía bullir en cada fibra de su ser.

Al otro lado de la nave industrial se veían las rampas de subida a los otros pisos, unos accesos que los coches se disputarían para ser los primeros en ponerse a salvo en el dédalo de pasillos. Los coliseos empezaban siempre igual: tras caer la bandera de salida, los motores rugían hasta hacer temblar los tabiques, los coches se lanzaban arrasando cualquier persona o cosa que se les pusiera por delante hacia aquellas rampas, y había un Primer Encontronazo (así, con mayúsculas) en aquel cuello de botella que destrozaba entre un diez y un quince por ciento de los vehículos.

Era algo digno de verse. Los que sobrevivían escalaban pisos hasta plantarse en las zonas que permitían dominar un acceso o una ala entera del edificio, esperando que los incautos que venían huyendo de otros perseguidores se pusieran a tiro.

La estrategia que mejores resultados daba era «hacer la pica», es decir, dominar el piso más alto de la fábrica (desde donde se veía la cabeza del gigante Veller mirándote a ras de suelo) e ir bajando pisos lentamente mientras atacabas desde arriba a tus rivales.

—Me prometiste que nos mantendríamos alejados de esto —dijo el icono del caballo, flotando sobre el salpicadero.

—Tienes razón, lo dije. —Aquello no pretendía ser una disculpa, pero había un deje de culpabilidad detrás. Uri le había prometido a su corcel que lo mantendría lo más alejado posible de aquellos desmanes destructivos, pero el guante que le había arrojado Lysmo no era fácil de ignorar—. Compréndelo. No solo está en juego la información que ese arrogante tiene sobre la Amalgama, sino también nuestra reputación.

—¿Habría mermado nuestra reputación dentro del gremio si no te hubieses presentado al coliseo?

—Puedes estar seguro de que el viejo Lys se ha pasado los últimos días fanfarroneando sobre su victoria de hoy, contándoles a todos cómo va a pasarnos por encima con su tren de nueve ruedas.

—Mayor razón para no venir.

—Al contrario. —Frunció los labios—. Vamos a demostrarle a él y a sus admiradores que no somos una presa tan fácil como parecemos.

El caballo hizo el gesto de mirar arriba y a la derecha, y una imagen apareció en ese lugar. Mostraba a otro de los competidores, un coche de dimensiones similares a las de *Valruss* pero con el aspecto de un catamarán de dos cascos unidos por una cabina. Era el flamante *Carnicero*, el coche del cazador Rihann Vassilu.

—Pues entonces será mejor que no pierdas de vista a ese —le aconsejó *Valruss*—. Su piloto no nos quitó ojo de encima en lo que duraron las revisiones. Tenía esa cara que ponéis los humanos cuando... cómo explicarlo... Cuando os apetece mucho tener algo que no es vuestro.

—A eso se le llama codicia, amigo mío. —Uri apartó la montaña de envoltorios arrugados de chocolatinas que cegaban una esquina del parabrisas y encajó allí su pistola—. El bueno de Vassilu siempre ha tenido celos de ti.

—No me extraña, viendo su carraca.

El semáforo virtual que apareció en la visión ampliada de cada conductor brilló en tres colores antes del dorado de la puesta en marcha.

Aunque todos los participantes tenían las contramedidas activadas, la frecuencia de comunicación nunca estaba del todo callada. Los altavoces de *Valruss* crujían constantemente en loeko, la jerga que unificaba sus dialectos.

Los espectadores corrieron a ponerse a salvo detrás de las barricadas, desde las cuales podía verse la fila de Rynos en perspectiva, con los morros de las bestias encabritándose y lanzando vaharadas de humo. Un último color estalló en la retina de Uri y el rugido de los motores se volvió insoportable.

Chir se subió a una tarima con un revoloteo de tejidos caros, adoptó un aire de impertérrita dignidad y dejó caer un pañuelo.

Entonces se desató el infierno.

Uri estuvo a punto de hacer lo que los demás y clavar la bota en el acelerador, confiando en que la potencia de *Valruss* y su agilidad lo llevarían a alcanzar antes que nadie aquella rampa, pero se contuvo. No quería jugarse el triunfo a una sola carta.

Sus pupilas se dilataron una fracción de milímetro mientras veía salir a los coches y apelonarse en el centro de la explanada, buscando la seguridad de la masa. Oyó tabletear las primeras ametralladoras y vio los destellos de las primeras explosiones.

Tiró hacia atrás de la palanca de cambios, activando dos de sus múltiples botones, y los compresores de aire gemelos del capó giraron como torbellinos. *Valruss* usaba una mezcla de energía nuclear y combustibles altamente reactivos para moverse, lo

que provocaba pequeños cataclismos en sus entrañas que habrían asustado a un ingeniero de propulsión.

Las ruedas, aceleradas violentamente por esa mezcla, patinaron sobre el asfalto a medida que ganaban tracción, calentándose en medio segundo de cero a cien grados, y el coche salió catapultado hacia adelante.

Uri supo que había hecho bien al no quedarse un instante más en la posición de salida cuando dos torrentes de balas trazadoras barrieron la zona. No hacía falta que girase el cuello para saber quién lo estaba bombardeando: el camión de Lysmo también se había quedado rezagado, y sus artilleros estaban tratando de partirlo en dos con una lluvia de disparos.

Uri felicitó internamente a su rival por su astucia, pues ni siquiera él sabía lo que iba a hacer hasta que su cuerpo ya lo estaba haciendo. Pisó el freno, dio varias vueltas sobre su eje con el fin de levantar el suficiente polvo como para crear una nube, y salió disparado hacia el dique de coches destrozados que había quedado frente a la rampa.

El coliseo estaba siendo grabado no solo por las cámaras que había instalado el gremio, sino también por las etiosferas de cada participante y cada espectador que se desgañitaba de placer en las gradas. Se suponía que la carrera era ilegal, pero al día siguiente estaría en todas las redes públicas de Tanjet, convenientemente analizada y comentada por los expertos. ¿Quedaría reflejado en el informe final el momento en que uno de los coches salió volando, tras encajar un misil en el costado, y fue a aterrizar en medio de las gradas provocando la muerte de docenas de invitados? ¿O la maniobra de *Valruss* al usar los cadáveres de los otros vehículos para parapetarse y llegar hasta la rampa, mientras el leviatán de *Mamut* embestía directamente contra la barricada y arrojaba los coches por los aires?

No eran cuestiones que preocuparan por el momento a Phernon. Él solo tenía ojos para aquella rampa y para los vehículos que pudieran estar apostados ya en el segundo piso.

—Registro impactos en el tren de ruedas trasero —informó *Valruss* con su habitual parsimonia—. No es grave, pero la defensa de los neumáticos ha bajado en un cuarenta por ciento.

—Trataré de no ponerme de nuevo a tiro —prometió Uri. Cambió de marcha y activó el impulsor de popa. El coche dio un salto al salir de la rampa que lo llevó prácticamente a rozar el techo del segundo piso, pero le permitió pasar por encima del fuego cruzado de los enemigos.

Mamut apareció detrás; ignoró la lluvia de disparos y se abrió paso entre los tiradores como un elefante entre gacelas, aplastando por completo a uno de ellos con su tren de ruedas. Uri casi pudo oír el alarido de muerte del conductor a través de la radio. Luego dio un volantazo y *Mamut* se esfumó de su retrovisor, internándose en el laberinto de pasillos.

La calma que reinaba en ellos era solo ilusoria. Con el rabillo del ojo veía los

fulgores de tiroteos lejanos. De vez en cuando los puntos veloces de otros coches aparecían en su radar para perderse en la nube de escoria. Ni siquiera el detector de movimientos era fiable en aquel entorno, porque las contramedidas electrónicas se apilaban hasta empantanarlo todo con estática.

Uri empleó el tipo de visión que mejor le funcionaría: la infrarroja. El mundo se volvió azul y rojo; estelas de calor se mezclaban y rizaban para formar caminos, y delataban la presencia de fantasmas que esperaban ocultos tras las esquinas.

Esquivó a propósito las encrucijadas que podrían convertirse en trampas mortales y buscó una forma de acceder al siguiente nivel.

—Esto no me gusta —dijo el caballo—. Aquí no podemos... ¡cuidado!

El objeto apareció en el radar solo una fracción de segundo antes de que Uri viera al otro coche.

Esa fracción de segundo habría bastado para que *Valruss* hubiese reaccionado por sí mismo, pero una de las reglas inquebrantables del coliseo era que las cognitivas solo podían servir de apoyo, nunca conducir por sí solas. El sistema nervioso de Phernon, por el contrario, era tan lento como el del resto de los humanos, y no pudo esquivar la embestida del catamarán de Rihann Vassilu.

—¡*Carnicero!* —gritó, notando el brutal estampido y viendo cómo se deformaba hacia dentro la puerta del acompañante. El rostro pintado de verde de Vassilu le regalaba su mejor sonrisa desde el interior de la carlinga, mientras las proas de su vehículo apuñalaban despiadadamente a *Valruss* en mi carrocería.

—No será la única marca que le quede a tu trasto cuando acabe contigo —murmuró Uri, a pesar de que su rival no podía oírlo.

Valruss llevaba instalados dos montantes de armas: el primero eran los cañones gemelos delanteros, que al ser fijos era obvio que no podía orientar hacia un enemigo que lo atacaba de costado. El segundo, sin embargo, consistía en un proyector de partículas montado sobre un brazo giratorio, que se elevaba como un periscopio del centro del maletero.

Uri activó verbalmente esa arma mientras mantenía aferrado el volante. El periscopio se alzó y su haz dibujó una cicatriz en el chasis del atacante. La aguja de luz quemó el metal y calcinó circuitos hasta una profundidad de varios centímetros, hasta que al pasar por el parabrisas de Vassilu lo derritió sobre el conductor.

Este profirió un grito de dolor al lloverle encima gotas de cristal fundido, y dio un volantazo que despegó a *Carnicero* de *Valruss*.

El vehículo pivot patinó. Perdió el control y se convulsionó como poseído por una inicua voluntad propia. Uri no perdió el tiempo: aceleró al máximo mientras giraba hacia su enemigo, forzando el ángulo en que se tocaban los dos coches, hasta que fue él quien tuvo a Vassilu frente al parachoques.

Uri no se molestó en usar los cañones. En lugar de eso, empujó a *Carnicero* lateralmente hasta que sus ruedas tocaron el borde de la rampa. El catamarán dio una vuelta de campana y cayó al piso inferior, justo sobre una refriega de disparos

cruzados y misiles que volaban sin dueño en todas direcciones.

Phernon dejó escapar una risa demente.

—Espero que la muesca de mi coche sea lo único que quede reconocible de tu Ryno, imbécil —gruñó, dando marcha atrás.

Entonces ocurrió.

El mundo se le vino encima en forma de pared, y a través de ella, surgiendo de la nada como un coloso enfurecido, apareció *Mamut*.

«¿De dónde ha salido eso?!», se preguntó el abotargado cerebro de Phernon. Pero no tuvo tiempo de más.

El mastodonte no solo venía cargado de energía cinética, sino también de cañones que vomitaban fuego y baterías de misiles en ignición. Los fragmentos de pared cayeron sobre el capó mientras el rosario de explosiones sacudía la piel de *Valruss*. Algo golpeó el vehículo, y una flor de fuego abrió sus pétalos al otro lado de la ventanilla.

Justo al borde de la visión de Phernon, el diagrama de daños de su coche se tiñó de un color intenso. Vio averías por todas partes. Un objeto pequeño y acelerado a velocidades supersónicas atravesó la puerta del conductor y rozó su pierna, provocándole un dolor incendiario.

Un líquido denso se acumuló a sus pies, aunque no supo si la sangre era suya o de *Valruss*. La humareda plateada que bañaba la puerta llevaba consigo un acre olor a ozono.

Mamut se colocó detrás de *Valruss*, subiendo con él hasta el tercer piso mientras destrozaba las paredes y los techos de pasillos demasiado estrechos. *Valruss* hacía lo único que podía: huir despavorido con el monstruo pisándole los talones, hasta que la suerte se le acabara y una pared pusiera fin a la carrera.

Los torrentes de disparos dibujaban hermosos canales en el aire, pero Uri sospechó que esa no era toda la potencia que *Mamut* era capaz de desplegar. Lysmo estaba jugando con él.

—Maldito cabrón —escupió—. ¡*Valruss*, ¿qué tenemos?!

La voz del coche llegó distorsionada. El altavoz interno había resultado dañado.

—Casi nada. Los montantes de armas no funcionan y apenas nos queda blindaje. Nos han reventado tres ruedas, aunque podemos seguir corriendo con las demás siempre y cuando no me pidas florituras.

—Una floritura es justo lo que podría salvarnos la vida ahora...

«¿Por qué no acaba con nosotros sin más?», era la pregunta que le martilleaba las sienes. No, claro, eso habría sido demasiado fácil. Klaugil quería hacerlo de manera hermosa. Los estaba empujando hacia la azotea, pero no para «hacer la pica», sino para darse el gusto de ver cuándo se le acabaría la pista a la liebre.

Mamut tocó el parachoques trasero de *Valruss*; el coche se estremeció con un chirrido metálico y patinó mientras una rueda era arrancada del eje y daba giros frenéticos en vacío. El alerón trasero de *Valruss* besó una pared y tendió una cortina

de chispas muy rojas entre ambos vehículos. La potente luz de los faros de su enemigo iluminaba el camino que Uri tenía delante con una claridad irreal, eliminando los elementos superfluos y dejando solo el pasillo. Todos los demás detalles del paisaje perdieron su color.

Y al fondo de ese largo pasillo, un rostro gigantesco los observaba.

Uri abrió mucho los ojos al reconocer al gigante Veller, su pétrea expresión producto de las aspas de molino que movía el viento. Habían subido pisos hasta situarse a su altura, y ahora parecía estar al alcance de la mano, pese a que más de veinte metros de caída libre seguían separando un edificio del otro.

Uri decidió intentarlo. Era jugarse el todo por el todo, pero no le quedaba otra opción.

—Prepara la mezcla de propulsión —ordenó. Los últimos metros de pasillo iban pasando a su lado como un torbellino entre grisáceo y marrón. Los neumáticos que le quedaban golpeaban con una secuencia siempre igual (salto, golpe, golpe, salto) las uniones de las placas del suelo, siguiendo un ritmo parecido al de su enloquecido corazón.

—No lo vamos a conseguir —sollozó *Valruss*, pero Uri presionó al máximo el acelerador.

En solo tres segundos llegó el momento decisivo: o girar bruscamente y tomar la curva, o atravesar la delgada barandilla que los separaba del vacío y arrojar a la nada.

Valruss atravesó la baranda con un golpe que Uri sintió como un puñetazo en las costillas. Cerró los ojos. No quería ver cómo el coche salía volando por un lado de la fábrica, varios pisos sobre la calle, escupiendo llamas azules por sus escapes y con el morro apuntado a la cabeza del Veller.

Como había sospechado, el encolerizado *Mamut* también lo siguió en la maniobra.

La parábola que describió *Valruss* lo llevó a incrustarse entre las aspas, justo en el cuello del gigante. El camión de *Lysmo* no tuvo tanta suerte: la masa de su gigantesco corpachón destrozó no solo las aspas, sino también el muro que podía haberle servido como plataforma.

Lo único que evitó que Uri saliese despedido a través del cristal delantero fue el cinturón que trazaba aquella poderosa X sobre su pecho. Pero sí vio cómo *Mamut* rebotaba contra la fachada del edificio, haciéndola añicos y precipitándose después sobre los atónitos espectadores que llenaban la calle.

La gente corrió despavorida en todas direcciones, apartándose del lugar donde segundos después impactó el camión.

Cayó boca abajo, pulverizando la cabina y las chimeneas que surgían de sus diferentes segmentos. Las personas gritaban y corrían como hormigas asustadas de un lado para otro, y así fue como las percibió Uri antes de desmayarse: puntos oscuros que se deslizaban hacia la periferia de su visión, dejando estelas de gris sobre púrpura

hasta que...

Por más que repasaran el informe médico, Saynon y Caleb no daban crédito a sus ojos.

Lo que el maldito cirujano les estaba diciendo (el mismo que había dirigido con mano firme la migración psíquica de Caleb), era que algo inesperado estaba sucediendo con su bioware. Algo que jamás había ocurrido con anterioridad en aquella clínica, ni en ninguna otra que él conociera.

El cuerpo del ejecutivo estaba abandonando la configuración para la que había sido preparado (es decir, un clon del huésped en su plena madurez) para adoptar otra forma distinta. El gel azul estaba mutando.

Mil preguntas acudieron a la mente de Saynon. Como su prometido llevaba más de diez minutos sumido en un profundo mutismo, mirando sin pestañear aquellas páginas, fue él quien decidió expresarlas en voz alta.

—¡Tiene que haber una explicación lógica para esto! —protestó—. ¡No me diga que en toda su carrera no ha visto nada igual!

La cara del cirujano era un poema. Estaba debatiéndose entre varias excusas, y todas sonaban peligrosamente cercanas al «en efecto, querido cliente, pese a nuestra soberbia y la fortuna que les estamos cobrando, no tenemos ni idea de qué está provocando estos cambios».

—Ejem, se trata de una situación completamente nueva —carraspeó el cirujano—, pero no hay motivo de alarma. Lo bueno de los cuerpos de gel, y aquí me va a perdonar que sea franco, es que no son cuerpos. Son máquinas —precisó con brutal sinceridad. Saynon se la perdonó porque la situación lo requería—. Eso implica que podemos controlar hasta la más pequeña de sus piezas. Tarde o temprano nos daremos cuenta de qué ha provocado la mutación de las células y qué... camino están tomando.

—En otras palabras: en qué se está convirtiendo mi hijo —dijo con voz glacial la cuarta persona que había en la consulta, la madre de Caleb.

El médico escondió su rubor tras unas toses. Él no necesitaba tener delante una copia del informe porque se sabía cada detalle de memoria. El cuerpo de Caleb Gloss seguía siendo humano, bípedo y bien proporcionado, pero desde que los cambios habían comenzado la noche anterior, con la aparición de aquella estrambótica línea de espolones en la espalda (que recordaba a la protección sagital de algunos saurios), el gel no había permanecido inerte. Mutaba constantemente, aunque ahora lo hacía a un nivel interior que no permitía apreciar los cambios.

Pero mientras hablaban, en ese mismo momento, Caleb seguía cambiando.

Y nadie sabía por qué. O lo más importante: a qué.

—Le hemos inyectado unos nanos que harán dos trabajos —explicó el doctor—. Primero cartografiarán el esquema genético de su organismo para mandarnos todos los datos posibles, con el fin de que podamos estudiar más a fondo lo que ocurre. Y

segundo, ralentizarán el proceso manteniendo estables las células clave, las que controlan la configuración de enormes áreas citológicas. Es como un sistema de torres de control repartido por todo su organismo. Si gobiernas las torres, gobiernas también sus aledaños.

—Pero para controlar esas... torres —intervino Caleb, por primera vez desde que se había sentado en aquella silla—, tienen que saber qué mecanismos son los que fuerzan los cambios, ¿no? ¿Por qué no lo aplican, entonces, a toda la estructura?

—Eso es precisamente en lo que está trabajando el equipo que le ha asignado el hospital, señor Gloss. No sabemos qué mecanismo está dando la orden a sus células para que muten; si es una señal de radio, una variación química, o incluso un haz de radiación. Pero en cuanto lo descubramos aplicaremos la vacuna al resto de su cuerpo. Por ahora, lo que hemos comprobado que funciona mejor como amortiguador para los cambios es la baja gravedad.

Caleb alzó la vista de los papeles.

—¿Quiere decir... —se asombró— que el culpable de estos cambios podría ser un... un agente externo a mi cuerpo? ¿Un virus?

El ejecutivo se estremeció al entender lo que eso implicaba. Hasta aquel momento había dado por supuesto que su cambio de aspecto se debía a un error de calibración interno. Que sus células de gel estaban mal programadas, o algo así.

No se le había pasado ni remotamente por la cabeza que alguien, o algo, pudiera estar influyendo en su cuerpo desde fuera. Provocando el cambio mediante algún tipo de señal o influjo parasitario.

—Esa señal... si es que existe, ¿se puede rastrear?

Las manos del médico se elevaron, impotentes.

—Es la pregunta de más alta prioridad de la lista —confesó.

—¿Y no han contemplado una sustitución completa? —propuso Saynon.

El médico arrugó la frente.

—¿Se refiere a ubicar su mente en otro cuerpo? —Negó con energía con la cabeza—. Imposible. No es una opción.

—¿Por qué? Pagaremos un cuerpo nuevo y en perfecto estado. El dinero no es problema.

—No es cuestión de dinero —dijo el médico—. El hecho de que no vendamos inmortalidad a nuestros clientes, sustituyendo los cuerpos viejos por otros nuevos con frecuencia, se debe a que el proceso de clonación de la mente solo puede llevarse a cabo una vez. Hemos intentado duplicarlas en más de una ocasión, e incluso hacer varias copias al mismo tiempo en cuerpos distintos, pero la copia siempre se degrada. No sabemos por qué, pero los clones subsiguientes se vuelven estúpidos, van perdiendo... fuelle intelectual a marchas forzadas, hasta quedar reducidos a meros entes vegetativos. Ese es el límite de nuestra tecnología.

—Ofrecen una segunda oportunidad, pero solo una —comprendió Saynon. Las implicaciones metafísicas amenazaban con tenerlo toda la noche despierto pensando

en las paradojas.

Germild se levantó.

—Manténganos informados, doctor —dijo, dando por concluida la reunión—. Recuerde que pienso doblar la prima si su equipo encuentra una solución lo antes posible. Antes de que la mutación vaya a peor.

La mano del médico encontró la suya.

—Haré lo que pueda. Les doy mi palabra. Además, este podría ser un caso clave en mi carrera.

El cirujano abandonó la consulta con un aire de alivio más que evidente. Así no tendría que seguir contestando preguntas incómodas.

Una vez salieron del edificio, Caleb se cubrió el torso con una gabardina ancha. A pesar de todo, si uno se fijaba podía ver que unos bultos anormales se perfilaban en su espalda. Y eso no era todo: además de las horrendas crestas sagitales, su cara mostraba signos de que los párpados se estaban afilando, adoptando un pliegue epicántico. Y unos puntitos hexagonales, a modo de peculiares escamas, comenzaban a descolgarse de las mejillas.

—La segunda opinión me da menos confianza que la primera —dijo—. ¿Y ahora qué?

—Baja gravedad —recordó Saynon—. Dijo que era el mejor amortiguador para este proceso. Podríamos subir a la saltoárea hasta que el hospital nos llame.

—Sí, id para allá —convino Germild—. Es la opción más sensata, hijo.

Caleb levantó la vista hacia ella, apático, pero no se dijeron nada. Se limitaron a transmitirse los sobreentendidos.

Germild era demasiado práctica y orgullosa como para desearle en voz alta que se cuidara, y aún más para decirle que lo amaba en presencia de Saynon. Y Caleb estaba demasiado acostumbrado como para que eso lo afectara.

—Gracias, madre.

La mujer se dio la vuelta y caminó con aire altivo hacia el EV donde esperaba Nura. Saynon pasó un brazo por encima de los hombros de Caleb para consolarlo.

—Procura relajarte. Encontrarán una solución —le prometió—. Esos batas blancas son los mejores en su trabajo.

Su novio lo miró con sorna.

—A mí me parece que quien está haciéndome esto es mucho más listo que ellos.

—Tiene que ser un fallo. No puede tratarse de algo premeditado. Tú no tienes enemigos tan poderosos como para acceder a una tecnología semejante. —Saynon apretó los labios—. Además, yo creo que una tecnología así no existe.

—¿Estás seguro? ¿Del todo?

El joven no respondió, pero alzó la vista para mirar al horizonte, por encima de la valla de seguridad del hospital.

La titánica torre del ascensor estelar parecía una cuerda de seda que enhebrara el cielo con la tierra, hermanándolos en una misma cosa. El extremo inferior era

invisible, maquillado por la calina del atardecer, pero los larguísimos kilómetros de tallo que empezaban en la estratosfera brillaban incandescentes al tamizar la luz del ocaso.

Seguridad. Hermosa palabra. Él ya no estaría seguro de nada nunca más, y menos aún de los médicos y sus fórmulas magistrales. El perfil de la ciudad, que se superponía a la base del tallo y era más visible que esta en la calina, le pareció más lleno de ojos que nunca. Miradas obscenas que por alguna razón no perdían de vista a su prometido.

Aunque el médico no se había atrevido a asegurarlo, Saynon estaba convencido de que al menos un par de esos misteriosos ojos ocultos pertenecían a alguien que quería hacerle mucho daño a Caleb.

Uri Phernon no estaba acostumbrado a depender del transporte público, y menos cuando el vehículo que lo llevaba no ofrecía la menor garantía de protección contra ataques de terceros.

El aerotaxi saltaba de radiofaro en radiofaro a medida que sobrevolaba los distritos de la ciudad, acercándose a la única zona de Ferazza donde el gobierno había permitido construir rascacielos: el distrito financiero. Las torres, de entre cien y doscientos pisos de altura, asomaban sus agujas por encima de la densa capa de nubes, dejándose bañar por una pátina dorada.

Uri meditó sobre los recientes acontecimientos acodado en la ventana del taxi. *Valruss* seguía en el taller, pero el cordón umbilical entre ellos se mantenía gracias a la etiosfera. El duelo con *Mamut* lo había dejado más dañado de lo que él mismo previó antes de cometer la estupidez (sí, por qué no admitirlo) de inscribirse en el coliseo.

Por fortuna, la prima por ser el único conductor cuyo Ryno había sobrevivido al evento fue considerable. Eso le permitiría no solo reparar a su amigo, sino añadirle unas cuantas mejoras con las que llevaba fantaseando desde hacía años.

Pero eso no era lo que realmente hacía que hubiese valido la pena.

Lysmo Klaugil, fallecido tras el portentoso salto de su camión (que quedaría grabado como uno de los finales más apoteósicos en la historia de los coliseos) era un hombre complejo. Y lleno de secretos, como correspondía a todo cazador legendario.

Cuando Uri reclamó su recompensa, la cesión en propiedad de los bienes que Lysmo tuviera consignados en el gremio, se llevó una sorpresa. Junto al nombre de *Mamut* había otro, un tal «anexo 16» que compartía con el Ryno el mismo número de consigna.

Cuando solicitó una aclaración, el secretario le dijo que la mente cristalizada de *Mamut* poseía una salvaguardia en otro cuerpo, por si el principal resultaba destruido en el coliseo. Era lógico, pues, que hubieran obligado a Klaugil a revelar la existencia de ese segundo cuerpo y ponerlo como garantía, pues si alguien lograba vencerlo tendría derecho a poseer todas las copias de *Mamut* existentes. Gajes del oficio.

A Uri le faltó tiempo para preguntar dónde se hallaba esa segunda manifestación de *Mamut*. Le facilitaron una dirección del distrito bursátil, correspondiente a una plataforma de aterrizaje situada en uno de los rascacielos. Entre eso y coger el primer taxi disponible solo medió una llamada al taller para asegurarse de que todo iba bien.

Valruss evolucionaba correctamente, pero el secuenciador que transformaba sus pensamientos matriciales en algo que los humanos pudieran entender se había roto.

Cuando le preguntó cómo se encontraba, su respuesta fue algo parecido a esto:

SISTEMA	LÍNEA
PROGRESO	ESTATUS
DAÑOS	19%38%4%
INDENTAR	56&1003992
URI PHERNON	IDCONFIR

ENLACE	MATRIZ p
BLOQUE 1	«HolaSamigo»
45%99%3	«EstoySmejor»
INDENTAR	81&2410468
BLOQUE 2	IDCONFIR

Lo cual quería decir, más o menos, que no se preocupara por él, que estaba en buenas manos.

El soplo del amanecer y el ángulo en que estaba apoyado en el cristal le recordaron lo cansado que estaba. Uri apenas había dormido desde el día anterior, pero no quería dejar este asunto para luego.

Si Klaugil poseía archivos secretos con información sobre la Amalgama, era lógico pensar que estuvieran en lugar seguro. ¿Y cuál mejor que uno donde también guardara la copia mental de su mejor amigo?

El taxi se pegó a la espiga de un rascacielos, y extendió la pasarela para que su ocupante bajara. Uri pagó y puso el pie sobre la plataforma que surgía como un disco plano del piso doscientos. El aire era muy frío, pero estaba amortiguado por una cúpula de energía.

Lo que había allí hizo que soltara un silbido de admiración.

Los yates de lujo de clase Ballesta eran más un capricho de ricos que unas naves que abundaran en los cielos de Tanjet. El que Uri tenía delante se notaba que acababa de salir de los astilleros, por el pulido del casco (aún no castigado por los micrometeoritos ni las tormentas de radiación) y la ausencia de suciedad en los engranajes del tren de aterrizaje. Eso delataba que era una nave completamente nueva, y que no había conocido más terreno difícil que el suelo del hangar.

Lo de Ballesta encajaba bien en aquel tipo de yates, pues las alas convergentes, vistas desde arriba, recordaban aquel tipo de arma antigua. Uri se aproximó a la nave y la rampa de embarque se desplegó. El gremio había sintonizado sus sensores con el ADN de Phernon, borrando el patrón de su antiguo dueño, de modo que el vehículo lo reconoció como un amigo.

Uri, sin embargo, no cruzó la puerta de entrada a la nave. Había algo raro en todo aquello que le daba muy mala espina.

Si el segundo cuerpo de *Mamut* era una nave, ¿por qué no dejarle órdenes de partir si su amo era asesinado, para poner a salvo los bancos de datos? ¿Por qué esperar pacientemente a que otro dueño viniera a reclamarlo y se aprovechara de su tecnología?

Los cazadores podían comportarse como personas civilizadas cuando se reunían para entregar informes o buscar nuevas presas, pero eso no implicaba que no se odiasen entre sí, o que no se considerasen peligrosos competidores a los que había que quitar de en medio. Además, Uri habría apostado a que el sentimiento que

Klaugil albergaría hacia aquel que lo venciera en el coliseo no tendría nada que ver con el honor, sino con una devastadora sed de venganza.

Y él tenía una sospecha sobre en qué dirección iría enfocada esa venganza.

El método favorito de asesinato de Klaugil nunca fueron los rifles de plasma ni la poderosa embestida de su Ryno. Ni siquiera los explosivos neurológicos o los puñales de hoja ultradensa que estaban tan de moda en la profesión.

Klaugil prefería los venenos, en cuya elaboración era un consumado maestro. Se decía (uno de esos rumores que nadie había logrado confirmar) que aprendió del mismísimo Vaudham Rhag, el Orfebre de la Muerte, un proscrito que había abandonado la Senda Simétrica de su pueblo para experimentar con nuevas formas de corrupción de los tejidos vivos.

Uri no sabía si dar crédito a tales habladurías, pero que Lysmo había sido un envenenador muy competente era un hecho fuera de toda duda.

Así pues, antes de penetrar en los dominios de su rival, tomó precauciones. Sacó de la mochila un inoculador y se aplicó cuatro dosis, dos en cada brazo. Eso debería cubrir el más amplio espectro de venenos que podían ser inhalados o absorbidos por la piel. Por si acaso, sacó también una tarjeta dividida en diez secciones. Cada una de ellas era una placa bacteriana que reaccionaba a un tipo distinto de tóxico. Dependiendo de cuál cambiara de color, Uri sabría a qué atenerse.

«Que no veas una cosa no significa que no esté ahí», pensó.

Puso un pie en la rampa. Luego el otro. Por ahora todo iba bien. No parecía haber conmutadores que activaran explosivos.

Entró en la nave. Al instante, la mitad de las placas de la tarjeta se pusieron rojas.

Uri sonrió. «Ese viejo zorro de Klaugil».

Cuando se es inmune a ciertas toxinas y tienes muchos, muchísimos enemigos, lo mejor es mantener tus espacios vitales constantemente envenenados, por si algún visitante inesperado se cuele sin avisar en tu casa o en tu nave. No era mala estrategia, aunque implicaba tener siempre a mano un antídoto por si querías que un invitado deseado no sucumbiera.

Lo primero que hizo Uri al entrar en la nave fue buscar ese antídoto. El yate resultaba impresionante visto por dentro, pero no parecía demasiado sofisticado en su sistema de gobierno. No era una nave-l, como las circunnavegadoras solares, por lo que carecía de una cognoscitiva avanzada que pudiera escanear el cerebro del piloto y añadirlo como disco duro externo.

Uri no sintió el cosquilleo de zarcillos cuánticos que indicaba que la mente de la nave estaba formateándose... así que dejó atrás la *suite* de lujo (que ocupaba el centro del yate) y subió hasta la cabina. Estaba emplazada sobre el empenaje de cola, encima de los impulsores, y se abrió en un amplio ventanal al frente.

Uri ocupó el asiento del navegante y tecleó unas órdenes. La cognoscitiva estaba bloqueada, como era lógico, por lo que recurrió a su fiel corcel.

—*Valruss*, necesito que piratees este sistema, a ver si me consigues acceso total.

El coche mandó uno de sus pensamientos matriciales por radio:

SISTEMA	LÍNEA2
PROGRESO	ESTATUS
MODO-T	21%99%0%
INDENTAR	«Entendido»
RUTINA&&	DESMONTA

Le llevó un tiempo conseguirlo, pero al final el tablero de mandos se iluminó y la nave anuló las contraseñas.

—Este es mi chico...

Uri ordenó a la cognoscitiva del yate que revelase el lugar donde su dueño guardaba los antídotos. Todas las placas de bacterias habían muerto, y él mismo comenzaba a sentir un cosquilleo en la piel y un dolor punzante en los pulmones que no le gustaba nada. Si no se daba prisa, acabaría tan tieso como el propio Klaugil.

Durante unos interminables minutos las dos inteligencias lucharon enconadamente, una para subyugar a la otra. Las pantallas parlotearon de un extremo al otro de la escala tonal a medida que progresaba la lucha. La mente de la nave era más moderna, pero carecía de experiencia. En ese sentido, la de *Valruss* estaba mucho mejor equipada.

Finalmente, una de ellas perdió.

De la consola de mando surgió un compartimento secreto, un cajón con tubos de cristal mantenidos a temperatura bajo cero. Con una mano temblorosa, Phernon cogió aquellos tubos y se inculó una dosis de cada uno.

Al rato, el dolor en los pulmones, que había empezado a transmitirse a otros órganos, empezó a menguar.

—Ordenador —dijo aliviado—, quiero acceso pleno a los bancos de datos. En especial a los clasificados bajo el epígrafe «Amalgama».

—Procediendo —respondió una agradable voz de mujer.

Sobre la consola empezaron a superponerse cortinas y cortinas de informes, cada uno más completo que el anterior. Mientras los iba leyendo, la expresión de Uri cambiaba. Una sonrisa de incredulidad se abrió paso a través de su cara.

Lo que tenía delante era algo más que el resultado de unas pesquisas sobre un tema del que la mayor parte de la gente no poseía la más mínima información. Era el trabajo de toda una vida de dedicación, orientada al estudio obsesivo de ese lugar en el universo donde los Baazu no se atrevían a entrar.

«Lo supiste, durante todo este tiempo —se asombró—. Y no dijiste nada, cabronazo».

Sus dedos se encontraron detrás de su cabeza, y Uri se dispuso a indagar poco a poco en uno de los secretos mejor guardados del planeta.

Había dos maneras de subir a la saltoárea. La primera y más cara, empleando una nave. Cualquier usuario de un vehículo con capacidad de vuelo extraplanetario podía despegar de Tanjet y posarse en el extremo del ascensor espacial, un gigantesco contrapeso lleno de bahías de atraque y edificios corporativos, muelles, faros, refinerías, andamios, grúas y hangares. Desde allí, y tras estibar alguna carga que desease transportar a cualquier otro mundo de la Variedad, solo tenía que incorporarse a las rutas de salto y el vasto paisaje del universo sería suyo.

La otra manera, la más económica, era usar uno de los trenes de alta velocidad que reptaban por el tallo.

Caleb y su novio eligieron esta última vía de acceso. La paranoia había hecho mella en ambos durante las últimas horas. Aquella frase crucial y aparentemente despreocupada del cirujano no solo había supuesto un punto y final para la conversación, sino también la puerta abierta a todo un mundo de preocupación, de mirar por encima del hombro con desconfianza. De observar cada rostro que se materializaba en la etiosfera, buscando alguna señal oculta que pudiera darles una pista.

«Alguien puede estar provocándole a Caleb estos cambios desde fuera».

La idea en sí misma resultaba aterradora, no solo por el hecho de que la tecnología capaz de alterar los cuerpos de gel existiera, sino porque estaba en manos de individuos que deseaban causarle un gran mal a Caleb, transformándolo en un monstruo.

¿Algún antiguo rival, un enemigo corporativo al que había agraviado ante la comunidad de empresarios? ¿Se trataba de una venganza encubierta, o ese alguien era tan cruel como para hacerlo solo por diversión, sin tener ningún contacto real con la vida de Gloss?

Caleb estaba dándole vueltas a la identidad de su enemigo, a las afrentas pasadas que pudieran justificar tan exagerado ajuste de cuentas, cuando sintió el efecto de la desaceleración. Para recorrer los diez mil kilómetros del tallo en un tiempo competitivo (y por competitivo los administradores entendían «comercialmente rentable»), los trenes aceleraban hasta superar la velocidad del sonido, luego se dejaban llevar por su propia inercia tallo arriba y frenaban con ayuda de retrocohetes.

Estos acababan de ponerse en marcha cuando el disco de la estación apareció mordiendo un pedazo de cielo.

—Estamos llegando —dijo, aunque no hacía falta—. Por favor, coge las maletas.

Saynon ya tenía preparado el equipaje, una maleta que los seguía flotando como un dócil perro allá donde fueran. Pero tenía que devolver a su interior el botiquín con los productos que llevaban por si el cuerpo de gel sufría otra recaída.

Saynon acabó de hacer el inventario de ampollas y dispensadores, los guardó cuidadosamente en la maleta y acompañó a Caleb hasta la puerta de desembarco. El

tren se detuvo con una sacudida, anclado al andén como si a la estación le hubiese crecido de repente un colmillo. Cuatro pasarelas se acoplaron a las esclusas.

La lenta riada de pasajeros y equipajes comenzó a desbordarse en dirección a las cámaras internas del tallo. Hubo algunos mareos provocados por problemas en el oído medio, sobre todo en ancianos. Pero era normal: a los turistas no habituados a tener un marco rotatorio de referencia les entraban náuseas en cuanto veían que el horizonte de aquella maldita estación tenía la curvatura al revés, convexa en lugar de cóncava.

—Cielo, lo has vuelto a ordenar y clasificar todo —advirtió Caleb—. Por tercera vez. Estadísticamente, si lo haces el número suficiente de veces, al final alcanzarás el estado de máxima entropía.

—Es que no quiero olvidarme nada —se excusó Saynon—. Cada inyección tiene que estar cargada y a punto por si... ya sabes... se da una emergencia.

Caleb y él entraron con sus tarjetas VIP a la zona ejecutiva de la estación. El zumbido de los aeroflotadores y la incesante algarabía de los pasajeros quedaron amortiguados tras la puerta, y un mayordomo les dio la bienvenida. Era como pasar de un mundo a otro, de una realidad bulliciosa y agobiante a otra de paz y relajación.

—¿Está preparada mi cabina? —preguntó Caleb.

El mayordomo asintió, solícito.

—Sí, señor. Tal y como usted especificó. Hemos suprimido la rejilla de gravitación y acolchado las paredes para que no puedan hacerse daño. Lo que no sé, y le ruego que disculpe mi atrevimiento, es para qué necesitan un entorno de ingravidez dentro de esta estación.

—Prescripción facultativa —dijo Saynon de mala gana, y dejó atrás al hombre para ser el primero en llegar a la *suite*.

Las familias que poseían espacios en la órbita de atraque habían heredado también inmuebles, vestigios de otro tiempo en que el tallo era más usado para transportar mercancías a la órbita que como taller de reparación de naves y aduana. Hacía años que la familia de Caleb no visitaba aquella *suite*, y en cierto modo les sorprendió encontrarla limpia y preparada para alojarlos durante un par de semanas.

—A pesar de haber suprimido la gravedad artificial —advirtió el mayordomo—, les prevengo que aún notarán un cierto tirón centrífugo. Es debido a la fuerza de marea. Podríamos contrarrestarla con un suave empuje en dirección contraria, pero...

—No se preocupe, así está perfecto —dijo Caleb, y despidió al hombre prometiendo que lo llamaría si algo iba mal. Y sí, para comer accederían al restaurante del piso inferior, como cualquier otro huésped.

Saynon se impulsó en gravedad cero hasta el armario y, cabeza abajo, empezó a meter toda la ropa en los cajones. Tenía ganas de meterse en el baño y darse una ducha y un buen afeitado. No había necesidad de sentirse así, como él ahora: embotado, confuso e innecesariamente barbudo.

—Sabes que no tienes por qué quedarte si no quieres —le recordó Caleb.

—Estás bromeando, ¿no?

—Depende. —El ejecutivo comprobó los correajes de la «cama». Iba a resultar incómodo tener que dormir en posición vertical tantas noches—. Es imposible saber cuánto tiempo tendré que quedarme aquí arriba, pero esto no lo tenemos que sufrir los dos. Tú puedes dormir en el ala contigua de la estación, en una cama normal.

La mirada de Saynon lo dijo todo. «Sí, claro, ¿y qué más? ¿Quedamos en el restaurante por la mañana, para desayunar?».

—Esperaremos juntos a que los médicos nos digan algo —dijo el joven, obstinado—. Y si veo que la ingravidez comienza a afectarme el sistema motor... pues aquí al lado hay un gimnasio lleno de aparatos.

—Yo también tendré que pasar varias horas al día en él —suspiró Caleb—. No quiero ser víctima de una miastenia progresiva. Espera, ¿qué es eso? —Señaló un parche cutáneo que su novio acababa de sacar del botiquín. No formaba parte del mismo lote que las ampollas y los dosificadores.

—¿Esto? Oh, no es nada. Me lo dio tu hermana, por si sufríamos ataques existencialistas estando aquí arriba, tan aislados.

—¿«Ataques existencialistas»?

Saynon le tiró el parche como si fuera un disco. El pequeño rectángulo de papel flotó hasta que Caleb lo atrapó con la mano. No llevaba ningún distintivo ni letras impresas.

—Es un parche de religión —explicó—. Según tu hermana, lleva codificada una experiencia metafísica en forma de receptores neuronales. De un solo uso. Es algo así como una revelación divina destilada. No te hace ver el dogma, pero tu cerebro lo infiere de la experiencia resultante.

Caleb frunció el ceño.

—¿Por qué te lo ha dado?

Saynon dobló pulcramente unas camisas y las metió en el armario, sujetándolas con unas perchas de pinza para que no salieran volando.

—Ya sabes lo importante que es la religión para ella. Dice que, en caso de necesidad, te puedes agarrar a una demo de epifanía como a un bote salvavidas.

Caleb soltó un bufido y dejó el parche en un cajón. No era esperanza metafísica lo que necesitaba en esos momentos, sino soluciones tangibles. La llamada del médico que estudiaba su caso, no la de los dioses.

No llevaba ni media hora metido en aquella habitación y ya sentía la presión del trabajo a medio hacer. «Empezamos bien», gruñó para sí. Colocó delante los iconos de su empresa y examinó los informes. Una gran naverrefinería acababa de llegar a la órbita de Tanjet, y había alquilado tres de los grandes espacios de atraque de la familia para ella sola.

Caleb asintió, satisfecho. Este era el tipo de clientes que demandaba su empresa: los propietarios de los transportes que hacían la ruta de los mundos interiores. Y había que demostrárselo para que ellos supieran que su dinero estaba en buenas

manos.

—Saynon, hazme un favor. —Con un ademán enérgico le «lanzó» los iconos hasta su etiosfera, que cargó inmediatamente los datos—. Ve a recibir al sobrecargo de ese tanker. Si hay suerte y se quedan mucho tiempo, tendremos solucionado el alquiler de la saltoárea hasta la próxima temporada.

—¿Quieres que vaya yo? —Eso lo cogió con la guardia baja.

—Si vas a ser mi marido, tendrás que asumir ciertas responsabilidades en la empresa —sonrió Caleb—. ¿O es que piensas casarte solo por mi dinero?

Saynon le lanzó una de las perchas con intención de darle en la cabeza. Luego se perfumó y dejó la habitación.

Estaba contento de que Caleb confiara en él. Dentro de poco puede que incluso lo nombrara presidente de alguna de sus empresas menores. Sería un auténtico salto cualitativo, y no solo en el contexto de su relación privada.

Se agarró al marco de la puerta y saltó a la zona de gravedad. Recorrió los pasillos hasta llegar a un pequeño puerto de lanzaderas, y tomó una para ir donde estaba atracado el tanker.

Incluso desde la distancia, la enorme naverrefinería quitaba el aliento. No solo por su tamaño, sino porque, como no estaba previsto que en sus largos períodos de servicio bajase a ningún planeta, cualquier concesión a un perfil aerodinámico había sido eliminada de su diseño. Se movía con la laxitud armónica de los transportes espaciales, pero hasta eso resultaba nuevo en aquel gigante.

El tanker tenía una apariencia fea, industrial, con aquellos octógonos de los que brotaban torres de procesamiento conectadas mediante tuberías; los impulsores montados en el casco que parecían colmenas de titanio a medio desmontar; o los gigantescos motores R, situados justo en el centro de la estructura, con sus agujeros negros portátiles encerrados en singularidades.

Saynon contempló todas aquellas máquinas tratando de percibir la fuerza que las impulsaba. Aunque intelectualmente no la comprendía, podía percibirla; saber que había campos de ciencia pura ahí fuera que movían el comercio entre mundos, al lado de los cuales él no era sino una insignificante mota de polvo.

Experimentaba la misma sensación cada vez que veía una nave transestelar. Y era lógico. Aquella tecnología no estaba hecha para que la comprendieran los aerobios, ni siquiera había sido diseñada por ellos. Y en cierto modo se alegró de que fuera así.

Su minúscula lanzadera atracó en el muelle del tanker. Saynon vio que una mujer joven, enfundada en un uniforme de vuelo que le quedaba holgado por todas partes, lo esperaba en la pista.

—Si han adoptado ya el uso horario de la estación —sonrió Saynon—, le deseo buenas noches. No sé qué hora será a bordo.

—Para nosotros aún es mediodía —dijo la mujer, devolviéndole la sonrisa y estrechando su mano con firmeza. No parecía tener más de diecisiete años—. Pero no se preocupe, nos adaptaremos en breve. Me llamo Lina Kolbrand, soy la sobrecargo

del *Iridium*.

—Saynon Krens. Es un placer. Vengo de parte del dueño de la saltoárea, el señor Gloss, para darles personalmente la bienvenida y asegurarles que cualquier problema que tengan a la hora de recibir suministros o desestibar la carga será solucionado por nuestra empresa.

—El capitán Gredom Laxx les da las gracias —correspondió ella—. ¿Desea ver el manifiesto de carga, señor Krens?

—No hace falta, la aduana ya se encargará del papeleo. Mi única intención es que se sientan cómodos y confíen en nuestros servicios.

Comenzaron un paseo de rutina por las cubiertas. Caleb ya le había advertido que en naves como aquella apenas vería tripulación orgánica. Casi todo eran androides.

—Está sorprendentemente desierta para el tamaño que tiene —comentó Saynon.

La guapa muchacha, que parecía demasiado joven para detentar un cargo con tanta responsabilidad, esbozó una sonrisa con unos labios que no habían conocido pintura ni productos de belleza en mucho tiempo. Saynon, acostumbrado a una dinámica social donde la apariencia lo era todo, lo notó en seguida.

Además, la muchacha, como buena extranjera, no usaba etiosfera, lo cual le provocó un cierto malestar.

—Sí, a los recién llegados ese detalle les llama mucho la atención —dijo Lina—. En realidad, la tripulación del *Iridium* la forman solo treinta aerobios, lo cual no es mucho dada la cantidad de metros cuadrados habitables de que dispone.

—¿Cuántos kilómetros de pasillos tienen?

—Ochocientos. Aunque no todos se mantienen presurizados, solo los que están siendo usados en este momento. Así ahorramos energía y aire.

La sobrecarga abrió una puerta y un golpe repentino de viento les alborotó el cabello. Era a causa de la distinta presión a la que se mantenía aquel nuevo espacio, el interior de una de las gigantescas torres de procesamiento.

Saynon contempló con asombro el acantilado de metal cubierto por un denso tapiz de tuberías y dejó escapar un silbido.

—Menudo volumen de aire están usando aquí...

—Por desgracia, este es uno de los motivos por el que nos hemos desviado para atracar en Tanjet —se lamentó Lina—. Hemos tenido que presurizar la torre Opton porque detectamos un desgaste en el andamiaje, y las glasobacterias que lo reparan son aerobias, igual que la tripulación. Si trabajaran sin oxígeno no habríamos desperdiciado toda nuestra reserva de aire.

—Es impresionante —murmuró Saynon, siguiendo a la joven a otro pasillo. En un momento determinado interrumpió la charla meramente industrial de ella con una pregunta personal. Estaba tan aburrido de escuchar aquella retahíla de trivialidades como seguramente la sobrecarga lo estaría de repetirla—. ¿Lleva mucho tiempo trabajando en estos tankers, Lina?

La joven pareció confundida, pero respondió de una manera tan personal como él

la había abordado.

—No, solo un año. El contrato se me acaba dentro de cuarenta meses, pero espero haber dimitido antes.

—Debo reconocer que me sorprende encontrar a alguien tan joven como usted moviéndose con tanta soltura en esta selva de tubos.

—Es un buen trabajo, y bastante bien remunerado. —Hizo un mohín—. Algún día seré la capitana de mi propia nave, y necesitaré de toda la experiencia que logre acumular aquí para enfrentarme a ello. Viajar por el espacio es muy peligroso si piensas ir sola.

—Usted es la primera espacial que conozco. O al menos, la primera que veo en su entorno natural —sonrió—. Y debo decir, aunque no estoy cualificado para juzgarla, que se la ve realmente competente. Y realmente feliz, también.

—Bueno —Lina se sonrojó—, la vida en el espacio es muy complicada. Es vocacional, en realidad. Tienes que nacer con el gen de la aventura si quieres seguir viva más de unos cuantos meses. Debes aprender a lidiar no solo con los peligros intrínsecos del vacío, sino con máquinas que fueron «diseñadas para durar» hace cien años, pero que no se han actualizado desde entonces, compañeros de la tripulación que hacen lo posible por esconder su inteligencia, y mil detalles más que dan color a la vida en el espacio. —Suspiró—. Hay veces en que creo que los ingenieros diseñan estas naves para volvernos locos.

Saynon exteriorizó un falso repelús que a ella le hizo gracia.

—No sé si lograría acostumbrarme a esto —aseguró—. Yo soy de los que prefieren tener los pies bien anclados en un solo mundo. Y mientras más pequeño y predecible sea ese mundo, mejor.

—Ahí tiene la diferencia fundamental entre usted y yo. —Lina abrió otra puerta que los llevó de regreso al hangar—. A mí el universo se me queda pequeño.

Saynon se despidió de ella tras hacerle firmar algunos papeles, y regresó al tallo en la lanzadera. De fondo le pusieron una banda sonora suave, un compás binario carnavalero pero tranquilo. El fraseo a la altura de la octava nota delataba su origen en las escuelas de danza del sur de Tanjet.

Se maravilló de lo increíble que resultaba conocer a gente tan joven y con tantas ganas de ver lo nunca visto. Gente tan diferente de él, que prefería la estabilidad familiar y la seguridad económica a cualquier asomo de aventura.

«De alguna extraña manera, no somos tan distintos», recapacitó, y era cierto. Puede que él fuera un espécimen sedentario al que le asustaban los titánicos abismos del espacio, pero eso no significaba que no fuera capaz de darlo todo por aquello en lo que creía. Y Caleb era el mejor ejemplo de ese ímpetu.

«A mí es el amor lo que se me queda pequeño —se dijo—. Soy un navegante de los sentimientos, no de los agujeros negros. Y mis cartas de navegación son muy fiables».

Uri Phernon estaba realmente asombrado por lo que estaba descubriendo en los bancos de datos de Klaugil.

Se encontraba aún en la carlinga de la nave ballesta, cuyo nombre había averiguado hacía pocos minutos (*Caravana de dolor*), tras lo cual había dado orden a la cognoscitiva de cambiarlo por otro más afín a sus gustos (*Carnosaur*). En general, todo dentro de la nave estaba muy limpio, pero el borde de la consola de pilotaje estaba cubierto por una película de poros, como si la demencia de su anterior dueño hubiese atacado el metal, empañándolo con algo que jamás se podría limpiar.

Por el monitor pasaba página tras página de datos, abriéndole las puertas a un mundo que incluso él, con todos sus años de experiencia en el terreno de los cazarrecompensas, encontraba nuevo y fascinante. Y terrorífico.

Klaugil tenía almacenado un auténtico legado de secretismo y paranoia, un mundo oculto que había destapado tras años y años de perseguir a los Baazu. Uri entendió que la obsesión de su excompetidor por dar caza a aquellas bestias iba más allá de una simple meta profesional. Era algo enfermizo, una cruzada divina asumida por un solo hombre.

Klaugil se había pasado décadas, literalmente, recopilando información sobre los señores del crimen: sus organizaciones, sus tapaderas, los disfraces que usaban más frecuentemente, las tácticas de terror que empleaban con sus víctimas, ya fueran individuos aislados o gobiernos... todo estaba condensado en aquellos archivos.

Pero lo mejor era que, para poder estudiarlos a ellos, Lysmo también había tenido que recabar muchos datos sobre la competencia, es decir, la Amalgama.

Fue en aquellas páginas donde Uri descubrió, por ejemplo, que al contrario de lo que pensaba mucha gente, la Amalgama sí tenía una sede física en algún lugar de Tanjet. No en el espacio, donde la situaban las creencias populares, ni en otros planetas del sistema, sino allá abajo, en la tierra pantanosa que rodeaba las enormes urbes de neón. Lysmo había dado con ella, con la mismísima sede secreta de la Amalgama, mientras perseguía a un señor del crimen llamado Bhuta Naar.

El tal Naar resultó ser el verdadero nombre del temido Hextor, el Carnicero de Tanjet, una identidad falsa creada para la prensa y para que su sola mención llenara de terror al vulgo. Típico de los Baazu. Lysmo había descubierto el engaño, y había seguido los pasos de su presa hasta sus últimas operaciones en Ferazza. El carnaval era la tapadera perfecta, la mascarada ideal para cualquier operación fraudulenta de los mafiosos. Pero esta vez al tal Naar le iba a salir el tiro por la culata.

Lysmo averiguó que su empresa se había estado gastando cientos de millones de losanges^[2] al mes durante los últimos cinco años, invirtiéndolos en tecnología de suplantación de cuerpos. Esta era una frontera científica desconocida para Phernon, pero por las notas de su rival pudo entender más o menos de qué iba: Bhuta Naar fue

un señor del crimen obsesionado con la idea de la muerte. Se había pasado cientos de años temiéndola (algunos Baazu vivían mucho, muchísimo tiempo, gracias a las técnicas genéticas más invasivas que se pueda imaginar, que llegaban incluso a mutar sus cuerpos para darles forma de monstruos), y preparándose para afrontar cualquier escenario donde la vieja amiga del sayo negro pudiera venir a buscarlo.

Naar se había gastado fortunas enteras tratando de encontrar vías de escape para esos escenarios. Pero al final siempre quedaba un resquicio, un minúsculo fallo en las ecuaciones que dejaba un paso abierto al final definitivo y cruel.

Pero el Baazu era listo, y sabía que la tecnología médica común (esa a la que cualquiera con dinero podía acceder en los quirófanos de Tanjet) podía servir a sus propósitos... si la usaba de manera creativa.

La vida de un Baazu, contrariamente a lo que la gente creía, distaba mucho de ser un paraíso de dinero y bienestar. Eso Uri lo tenía más que claro. Ser un señor del crimen en el sistema Tanjet exigía unas increíbles medidas de seguridad, para protegerlos tanto de la policía como de las jugarretas de sus propios hermanos.

Nadie llegaba tan arriba sin haber apuñalado por la espalda a un montón de gente, sin haber traicionado a mucha más o haber vendido a sus mejores amigos para escalar peldaños. No había límites para la iniquidad y la perfidia de un Baazu, en cualquier rama del pensamiento que a uno pudiera ocurrírsele, y eso se aplicaba también a sus relaciones con su propia organización.

Esa filosofía, por supuesto, acababa generando enemigos. Y los más peligrosos y despiadados que tenían los Baazu eran sus hermanos, los otros Baazu.

Naar tenía puesto su ojo demoníaco (literalmente, pues las drogas de longevidad extrema habían mutilado su cuerpo, deformándolo hasta hacerlo parecer un demonio de esos de los libros para niños) en los tanques de gel, y en la ciencia de copiado de mentes. La última fortuna que se gastó fue para intentar mejorar esa técnica, de modo que el nuevo cuerpo le sirviera como «último recurso» si algún competidor atentaba contra su vida.

Pero no lo consiguió. La tecnología de resucitación provenía del críptico y prohibido mundo de los urtianos (fue una de las últimas dádivas obtenidas de esa civilización de máquinas antes de entrar en guerra abierta con ella), y estaba muy por encima de lo que cualquier científico aerobio, incluso con grandes cantidades de dinero respaldándole, podía conseguir.

Bhuta Naar sabía que un ataque combinado de otros Baazu contra su persona era inminente (en este punto los archivos de Lysmo se volvían muy vagos, y no era de extrañar, pues haber profundizado más en el laberinto de información de los mafiosos le habría costado la vida al propio Klaugil). Y tenía miedo. Cuando un Baazu atentaba contra otro no lo hacía de manera sutil y «civilizada», sino de la forma más sangrienta y bestial posible. Se habían conocido casos en los que un señor del crimen había volado un barrio entero de favelas, hectáreas y hectáreas de casas de mala muerte con miles de ciudadanos en su interior, para matar a un solo hombre.

Contra un ataque de semejante magnitud, la tecnología de cuerpos de gel no servía, pues la transferencia de mentes llevaba su tiempo. Se necesitaban unos quirófanos, unos tanques de gel, cunas de regeneración... y quién sabe cuántas horas de reposo para el paciente. Horas de las que Naar sabía que no iba a disponer.

Pero entonces, uno de sus laboratorios clandestinos encontró una solución.

Los ojos de Uri se aguzaron al leer esta parte: los médicos de Naar llegaron a la conclusión de que no podían acelerar ni mejorar el proceso ya establecido, pero eso no significaba que no pudieran «canibalizar» uno que ya estuviera en marcha.

Es decir, que si el cuerpo de su amo era destruido completamente en un atentado, tal vez podrían lanzar una copia de su mente a los vastos espacios digitales de la Ultralínea, para desde allí volcarla en el cuerpo de gel de un paciente que estuviese en mitad de esa operación en alguno de los hospitales de Tanjet.

Como si fuera una víctima desprevenida a punto de ser infectada por un paquete de *software* bacteriano.

Era una idea descabelladamente creativa, pero podía funcionar. El paquete con la copia del cerebro de Bhuta Naar podía llevar adjunto un programa de virus para abrirse paso por la cabeza de su nuevo anfitrión e ir borrando su mente poco a poco, suplantándola por la del mafioso. Neurona a neurona. Recuerdo a recuerdo.

Eso también provocaría cambios sutiles en su cuerpo de gel (sería una especie de reflejo genético impulsado por el nuevo paquete de datos), y lo mutaría para que se pareciera al que tenía antiguamente Naar. El método de infectar al anfitrión sería muy sencillo, ya que cualquier persona de Tanjet tenía siempre encendida su etiosfera, incluso aunque estuviera al borde de la muerte. Y las etiosferas eran muy fáciles de piratear para un programador experto.

Grotesco. Y peligroso al extremo. Pero podía funcionar.

La noche en que Lysmo Klaugil tendió por fin su mítica emboscada al Baazu, este había ido al Cementerio de los Paradigmas a por un trozo de tecnología enterrada. La misma que le permitiría hacer realidad su sueño de la transferencia mental instantánea.

Uri chasqueó los dedos al ir encajando todas las piezas. ¡Claro! Por eso él había encontrado los residuos de radiación del coche de Klaugil en el cementerio: el cazador sabía que Bhuta Naar iría allí aquella noche para supervisar en persona la operación de saqueo del cementerio, y lo estaba esperando.

Lo que no encajaba, al menos de momento, era qué rayos tenía que ver el caso del joven Blat, el hermano de la señora Feuil que había pedido asilo a la Amalgama, en todo aquello.

A menos que...

Los ojos de Uri se abrieron desmesuradamente, mientras ataba cabos.

¡Claro, joder!, se gritó a sí mismo mientras accedía a su propia base de datos, la de su etiosfera. Descargó los datos que la hermana de Blat le había dado sobre él, y... ¡premio! Allí estaba, claro como la luz del día: Blat tenía una doble profesión. Ya

había discutido sobre esto con *Valruss* cuando aceptaron el caso. Era un artista, pero también un programador de cognoscitivas de mente tricameral.

Es decir, de IA.

Buscó a toda prisa en los archivos de *Klaugil* hasta que halló la relación. Sí, los documentos también hablaban de *Blat*. Y de qué manera.

Decían que el hermano de *Feuil* era la persona que más sabía en toda *Tanjet* sobre la disciplina que al señor del crimen le interesaba, la de la transferencia de datos de un cerebro a otro. Por eso *Naar* había ido tras él. Y *Blat*, movido por el terror a convertirse en la marioneta de un mafioso, había intentado salir de aquel atolladero.

Primero contactó con la policía (esos inútiles que lo ignoraron cortésmente), después con el gremio de cazadores (¡así fue como *Klaugil* supo dónde encontrar a *Naar* aquella noche!), y finalmente con la *Amalgama* (los únicos que le ofrecieron una garantía a cambio de que les vendiera su alma).

La noche del saqueo del cementerio sucedieron muchas cosas, y todas ellas horribles.

Bhuta Naar llegó con sus hombres a la tumba que buscaba, donde algún científico frustrado había enterrado para siempre los principios de una nueva tecnología. *Blat* iba con ellos; el mafioso lo tenía preso, y no lo soltaría hasta que supervisase todo el proceso de transferencia de memoria... lo cual, el informático lo sabía muy bien, podía llevarle décadas.

Klaugil ya estaba allí, apostado como un francotirador, cuando el grupo de *Naar* obtuvo lo que necesitaba y se disponía a irse con viento fresco.

Entonces apareció la *Amalgama*.

Y se desató el infierno.

Los sicarios de uno y otro bando, cada cual más mortíferamente armado, se enzarzaron en un tiroteo. Pero no fueron los cañones de la *Amalgama* los que mataron a *Bhuta Naar* (al fin y al cabo, ellos solo estaban allí para raptar al pobre *Blat*, no para saldar viejas cuentas con el mafioso), sino los del *Ryno* de *Lysmo Klaugil*.

Blat cayó en las redes de la *Amalgama*, y *Klaugil* hizo realidad su sueño de eliminar a un *Baazu*. Pero esa eliminación no fue completa. Los dispositivos de prueba que habían sido desarrollados por el laboratorio clandestino, aunque no eran perfectos, ya estaban funcionando. E hicieron bien su trabajo, aunque de manera defectuosa.

La última anotación de *Klaugil* a sus memorias poseía tintes sobrenaturales. Uri la leyó:

«... No tuve la certeza de que aquel saco de inmundicia llamado Bhuta Naar seguía vivo hasta que seguí a sus hombres hasta el laboratorio. Allí, entre los océanos de sangre y las constelaciones de miembros amputados que dejaron tras de sí los cañones de Mamut, tuve acceso a los bancos de datos secretos del Baazu. Entonces aprendí que la voluntad de sobreponerse a la muerte de este demonio iba

más allá de la cordura, de todo lo que humanamente hablando era posible conseguir.

»Naar había logrado escapar en el último segundo, volcándose a sí mismo en la Ultralínea en busca de nuevos pastos. Escapando por los pelos al destino que desde hace muchos años, desde lo de la favela de Clastos, yo le tenía reservado.

»Mierda.

»Lo primero que hice, nada más volar aquel laboratorio clandestino, fue ir visitando hospital por hospital, buscando el posible anfitrión que albergase ahora la mente de Naar. Pero ninguno de los que se sometieron en aquella época al procedimiento de resucitación estaban infectados. Parecía, en última instancia, que el plan del Carnicero había fracasado, pero... ¿cómo estar seguro? ¿Cómo saber que su mente no se había quedado simplemente flotando en la nube digital, durmiendo, esperando el momento preciso y a la presa idónea... para caer sobre ella como una serpiente?

»Durante siete largos años estuve vigilando cada operación de cambio de cuerpo que se hacía en este planeta. Nunca detecté nada inusual. Tal vez el proceso estuviese incompleto cuando maté a Naar. Tal vez necesitara un anfitrión con unas características genéticas muy concretas, difíciles de encontrar, para que la infección tuviera mayor probabilidad de éxito. Esperar es algo que al paquete de datos que está flotando por ahí, en alguna parte, no le importa. Para él no pasa el tiempo: podría esperar una eternidad en silencio, agazapado en la oscuridad, hasta que se dieran las condiciones adecuadas.

»Mis últimas investigaciones me llevan a pensar que ese trágico escenario ya se ha dado. Que la mente del Baazu se ha liberado de su prisión y ocupa en estos momentos el cuerpo de algún ricachón incauto. Siete años... que para el virus no son nada, pero que para mí han sido toda una vida.

»No me siento con fuerzas para enfrentarme a esto yo solo. Necesito ayuda. Quizá de ese memo de Uri Phernon. Se está haciendo viejo, como yo, pero aún es bueno en su trabajo, y podría echarme una mano para dar caza a ese paquete de datos furtivo. Pero ¿cómo convencerlo?

»Retándolo a un coliseo, tal vez. Para que cuando pierda se convierta en mi esclavo y pueda obligarlo a hacer lo que ningún cheque puede comprar. El grado de implicación que requiere este trabajo está por encima de implicaciones económicas.

»Ese cabrón de Bhuta Naar no se me va a escapar. Aunque tenga que pactar con mi más encarnizado rival para conseguirlo».

La mención de su nombre hizo que Uri se retrepara en el sillón, pensativo.

Así que ese era el auténtico plan de la víbora de Klaugil. No lo retó al coliseo para quedarse con Valruss, todo había sido una estratagema. Lo que en realidad ansiaba era tenerlo esclavizado con un contrato de servidumbre para que lo ayudase a hostigar a la nueva encarnación de Naar.

Como bien decía aquel epígrafe de puño y letra de Klaugil, el dinero no era

argumento suficiente para impulsar a alguien a un grado de entrega como el que él requería. Hacía falta fanatismo. Y un peligroso desprecio por la muerte.

El problema era que la jugada le había salido mal. Lysmo estaba demasiado seguro de que su monstruo vencería a *Valruss* en el coliseo, y las ansias de triunfar lo llevaron demasiado lejos. Ahora solo quedaba Uri, con el legado de su compatriota en las manos, para completar aquella misión suicida.

Un legado de sangre.

Soltó un silbido lento, lleno de angustia.

Ahora se le abrían varias posibilidades, pero no estaba seguro de cuál escoger. El futuro era oscuro y siniestro, pero ya se le iban abriendo dos caminos bien definidos:

El primero, mandarlo todo al carajo y olvidarse de Klaugil, de los señores del crimen, de Bhuta Naar y de la madre que los parió. Aprovechar que ahora era dueño de esta nave, *Caravana de...*, no, perdón, *Carnosaur*, para darse unos cuantos viajesitos por esos mundos de la Variedad que siempre quiso visitar, y adelantar la fecha de su jubilación.

Era la opción más apetecible. Huir hacia paraísos celestes donde el rumor de los negocios era un murmullo constante, donde las fortunas personales se hacían y se evaporaban día sí y día también, y donde la caída en desgracia no fuera una consecuencia inherente a desatender un intrincado protocolo.

Pero estaba la otra, en la que se veía a sí mismo aceptando de mala gana el encarguito de Klaugil, prosiguiendo con la cacería donde él la dejó. Una opción que tenía todos los números de acabar en desastre, pero que al mismo tiempo...

—Maldito seas, Lys —rechinó entre dientes, sabiendo cuál iba a elegir.

Para un cazarrecompensas, la cacería era algo más que un trabajo. Con el paso de los años, los del gremio iban aprendiendo (y reforzando interiormente, para sí mismos y para los demás) que el honor estaba intrínsecamente ligado a los compromisos que aceptaban. Y las deudas de honor se pagaban siempre. No importaba lo peligroso que fuera un encargo, para ellos era algo más que beneficios. Era una cuestión de principios.

Dar la espalda a la valiosa información que ahora poseía sería la opción más cobarde, indigna de un cazador como él. Uri Phernon tenía miedo de las mafias organizadas de Tanjet, de su poder y sus tentáculos sibilinos (solo un loco o un idiota no lo tendría), pero aún temía más otra cosa, y era a traicionarse a sí mismo y al código de honor que había respetado desde que se dedicaba a este negocio.

Gruñendo por lo bajo, puso en marcha los motores de la nave y despegó, rumbo al taller donde convalecía *Valruss*. Seguro que le gustaría saber que ahora tenía una hermanita.

En alguna parte, ahí fuera, había un ricachón con un primoroso cuerpo de gel con problemas de «intromisión metafísica». Y él iba a encontrarlo, antes de que la mente de Naar piratease la del anfitrión y volviera a la vida, presto a tomar de nuevo las riendas de su imperio...

Unos leones de hierro negro se herrumbraban en torno a una tumba sin nombre. El féretro, cubierto por una capa de hierba endurecida por una helada temprana, no tenía un nombre grabado, solo dos iniciales: B. N.

Parecía un paisaje de invierno, pero solo era un holograma. Eso sí, llenaba toda la *suite*, por lo que cuando Saynon entró, de regreso de su visita a la nave refinera, se dio de bruces con otro mundo. Un paisaje inesperado.

—Pero ¿qué...? —se sobresaltó.

Una voz rasposa, como la de un fumador con las cuerdas vocales destrozadas tras décadas de excusas, siseó:

—Brillantes reticulados de lógica... desplegándose en el incoloro vacío... Nada... no hay nada ahí fuera... solo el vacío...

Saynon se asustó. La voz procedía de una figura encorvada, enterrada bajo una manta, que ocupaba una esquina de la habitación. Los hologramas resbalaban sobre ella como un barrido de hormonas en la piel de un camaleón. Ocultándola, disimulándola bajo falsos paneles de oscuridad. De no haber roto el silencio, habría tardado en descubrirla.

—¿Caleb...? —llamó el joven. La figura tenía la manta echada sobre la cabeza, de modo que no podía ver absolutamente nada de su rostro. Solo una ausencia, un agujero de negro sobre negro—. ¿Eres tú, cariño?

Un gruñido le sirvió de risa a la figura encapuchada.

—¿Yo..., quién soy yo...? —Tosió. Parecía un tísico en la fase terminal de la enfermedad—. Esa es la pregunta del millón, ¿no crees?

Saynon sintió que le temblaban las piernas. Entonces se dio cuenta de que las tenía pegadas al suelo. Caleb (o quien fuera aquel individuo) había vuelto a activar la gravedad artificial.

—Empalmes de nervios y microbiótica... Somos *collages* de culturas en perpetua colisión y de tecnologías aberrantes... operando en estados adrenalínicos permanentes... derivando de hornos de juventud y pasión. —Entonces profirió un grito que asustó a Saynon—: ¡¡Quemamos la vida en la antorcha de la insensatez!! ¡Yo! ¡Yo soy el que se declara culpable! Soy... un jodido imán para una cultura tecnodelictiva...

Saynon no entendía nada de lo que le estaba diciendo. Eran puros desvaríos, o al menos lo parecían.

Dio un par de pasos inseguros hacia la figura encapuchada. Esta levantó una mano para que se detuviera, y al verla...

¡Por los dioses! Aquella mano...

No era la de un humano, sino la de algún tipo de monstruo de cuento de hadas, con los dedos fusionados en dos espolones táctiles, con un trozo de hueso oponible sobresaliendo de la carne que hacía las veces de pulgar. Y tenía escamas. Escamas de

pez o de lagarto que formaban una malla de hexágonos.

Un ojo dorado fulguró en algún lugar debajo de la capucha, vigilando a Saynon.

—Sé quién está enterrado ahí —dijo la figura, señalando la lápida. El holograma titiló y desapareció, no sin antes haberle transmitido a Saynon toda la sensación de frío invernal que sugerían sus imágenes. Un contacto gélido que se le filtró por los poros.

—Caleb, ¿eres tú? —El joven intentó tragar saliva, pero tenía la garganta llena de agujas. Era miedo, miedo sólido y afilado—. ¿Qué te ha pasado? ¿Tu cuerpo ha... ha seguido...?

—¿Mutando, quieres decir? —La figura examinó su propia mano, aquella extremidad alienígena, y se encogió, como si le diese miedo. Era como contemplar la externalización de un deseo de odio—. Sí, podría definirse así. ¿Has visto esa lápida sin epitafio? Soy yo. La construyeron para mí. Y estoy en dos lugares a la vez, enterrado y flotando, guiándome a mí mismo mediante una telemetría desquiciada... haciéndome bailar como una marioneta de hilos amputados...

Saynon estaba paralizado de miedo, pero su mente seguía trabajando.

Sí, algo en aquella voz cascada seguía sonando, aunque muy remotamente, a su prometido. Tenía que haberle pasado algo, algo muy malo, mientras él estuvo fuera. Una recaída que acelerase su degradación celular, quizá. Alguien le había dado un empujón brutal en la dirección del cambio, de la mutación.

«Alguien. Pero ¿quién?».

El joven no sabía si salir corriendo para pedir auxilio (pero ¿quién lo iba a ayudar? ¿Los médicos de la estación? ¡Si ni siquiera sabrían catalogar lo que estarían viendo!), o quedarse para inyectarle a Caleb... a... algo... un calmante, una medicina, lo que fuera...

Un milagro embotellado en una jeringuilla que fuera capaz de hacer retroceder el tiempo hasta aquel día en que se subió a la maldita lanzadera.

Una lágrima rodó por su mejilla. En ese momento la figura se puso en pie, y la manta resbaló hasta el suelo.

Saynon quiso gritar, lo quiso de verdad. Pero el chillido murió (de miedo) a medio camino de su garganta.

El ser que tenía delante era bípedo, pero de ningún modo humano. Los rasgos de su cara eran los de un demonio, un ser espantoso y atávico, y en ello no influía que estuviesen envueltos en una inquieta luz de láser (el hologramador de la *suite* parecía haberse vuelto loco de repente). Las claves para reconocer su cara habían quedado reducidas a un código contaminado.

El ser estaba desnudo, por lo que Saynon pudo constatar que no solo su cabeza semejava la de una gárgola, una pesadilla de piedra ligada a catedrales antiguas y fantasmagóricas, sino que el resto respetaba el mismo patrón.

La cosa extendió un brazo en dirección al joven, que retrocedió hasta convertirse en un relieve de la pared. La mano demoníaca tembló con una mezcla de furia y

tristeza, vibrando muy cerca de la cara de Saynon. Quería acariciarla, y a la vez parecía como si su contacto fuera anatema.

—La necesidad cruda, la hambrienta pulsión del miedo... —susurró aquella cosa. Había un eco muy lejano de Caleb en sus ojos, acompañado por algo que Saynon no conseguía leer. Algo jamás visto en ellos—. La necesidad de matar... me consume. Debo... alejarme de ti... o te mataré... ¡Rómpelo! —gritó, y su voz se pareció como nunca a un aullido animal—. ¡Rómpelo desde dentro! ¡Desde aquí puedo verlo! ¡Bucea en el umbilical!

Los dedos de Caleb no llegaron a rozarlo, cosa que Saynon agradeció más que nada en el mundo. Si hubiese sentido su tacto aunque solo fuera una milésima de segundo, se habría desmayado.

Cerró con fuerza los ojos, limitándose a esperar lo peor.

Cuando consiguió abrirlos de nuevo, la gárgola ya no estaba allí.

La puerta del habitáculo estaba abierta, y los hologramas escapaban como sueños psicotrópicos. Enloquecidos como estaban, parecían olas que cabalgaran la longitud de onda de mil anfetaminas.

Saynon asomó la cabeza al pasillo, pero no vio nada. Estaba desierto.

Caleb se había marchado.

No sirvió de nada alertar a las autoridades del tallo. Ante la desgañada descripción de Saynon de lo que había ocurrido, el servicio de seguridad puso todas las alarmas en rojo (tal vez no lo habrían hecho por cualquiera, pero Caleb era un cliente VIP) y peinó las cubiertas habitables de arriba abajo, buscando cualquier rastro del desaparecido.

Fue inútil. Caleb, o aquello en lo que se hubiese convertido, se había evaporado como un sueño.

Entonces, a Saynon se le ocurrió solicitar los vídeos de vigilancia del exterior. No de las zonas habitables del tallo, sino de aquellas expuestas al vacío del espacio. No por nada la nueva piel de Caleb era como una especie de traje espacial, que no se descomprimía ni necesitaba atmósfera. Y el alcornoque de sus venas no entraría en ebullición como la sangre. La función de la respiración había sido programada en su pecho, pero solo eso: programada. Los cirujanos lo hacían para ayudar a que la mente tuviera una noción de su nuevo cuerpo como algo vivo y no se volviera loca a las tres semanas.

Los policías acogieron la singular petición con un alzamiento de cejas, como quien suplica cualquier estupidez porque la desesperación lo ha llevado más allá de la cordura. Pero obedecieron. Lo último que querían era que la familia de Gloss les pusiera una demanda millonaria.

Las grabaciones no podían ser más aburridas: planos generales de la curva del planeta, con la titánica longitud del tallo refulgiendo bajo los colores de la aurora... y

muchos trenes que subían y bajaban, que subían y bajaban con una cadencia monótona, hasta que...

—¡Ahí está! —La exclamación de Saynon fue prácticamente un latido. Levantarse de un salto de la butaca y clavar su dedo en la pantalla fue todo uno.

Los policías no daban crédito a sus ojos. En efecto, allá por el minuto doscientos ochenta de la grabación, segundo dieciséis, algo imposible se coló en la imagen: un cuerpo azul, de ofidio, se movió a gran velocidad trepando por la parte exterior del casco, acercándose al muelle de anclaje de los trenes.

El ser alienígena esperó con paciencia, como si estar expuesto al vacío no le ocasionara la menor molestia, hasta que el tren vertical atracó. Entonces se lanzó sobre él, se aferró con uñas y dientes a su chasis, y soportó como pudo los infernales *g* de aceleración cuando los anclajes soltaron el tren y este cayó como una bala hacia la atmósfera planetaria.

Saynon exhaló un gemido lento, agónico, de pura impotencia.

Los policías tenían los ojos tan abiertos, mirando aquello, que estaban a punto de salirseles de las órbitas.

Nadie dijo nada. No hacía falta. Ahora lo único que se podía hacer era dar parte a las autoridades planetarias y esperar que a alguien se le encendiese una bombillita en su afeitada cabeza de funcionario público y decidiera qué hacer para solucionar aquel embrollo.

A Saynon le esperaba la peor parte, que era avisar a Germild y al resto de la familia... y tratar de no sonar rematadamente chiflado cuando les contara lo ocurrido.

No sería capaz, y menos teniendo la pétrea cara de Germild delante. De eso estaba jodidamente seguro.

La nave de Uri se incorporó a la pista aérea en medio de un denso tráfico. Mientras acantilados de edificios gigantes pasaban a su lado como soldados alineados para la inspección, el cazador repasó los datos de la Ultralínea.

En Ferazza había dos niveles de canales de información diferentes. Uno, el legal, estaba dominado por las grandes corporaciones y ofrecía noticias tamizadas por los filtros que a ellos les interesaban. Pero existía otro, más subterráneo, gobernado por *hackers* que no tenían otra forma de luchar contra el sistema más que sacando a la luz cualquier bit de información posible. «Desenterradores», se hacían llamar, y aunque la mayor parte de las veces lo que supuestamente destapaban no eran sino noticias intrascendentes, había otras en que por pura casualidad captaban una joya.

Eso era lo que Uri buscaba: joyas en un mar de escoria.

Mientras la propia aeropista establecía contacto con *Carnosaur* y le decía por dónde moverse, para no entorpecer el paso de EV de menor tonelaje, Uri puso a la cognoscitiva a revisar la información a velocidad de vértigo.

A pesar de todo se sintió sorprendido cuando vio aquella noticia.

Eran imágenes captadas por las cámaras del ascensor espacial y robadas por los buscadores automáticos de basura de los desenterradores para airearlo aquel mismo día. En ellas se veía lo que parecía una toma exterior del tallo, con los trenes verticales anclando en los muelles y descargando pasajeros. Vamos, una estampa de lo más común.

Lo que no tenía nada de común era lo que vino después.

Cualquier espectador habría confundido a aquel ser azul con un alienígena (¿otra arma biológica de los urtianos?), o con un cibroide salido del tiesto huyendo para evitar a la policía antidroide. Pero Uri había visto las fotos que Klaugil había tomado de Bhuta Naar, y lo reconoció al momento. Solo que el señor del crimen original no era de color celeste.

«Ya está, ha sucedido —se dijo con asombro—. La mente de Naar se ha descargado de la nube, pirateando el cuerpo de algún idiota. Pobre desgraciado».

Lo último que mostraban las imágenes era al demonio cayendo hacia la atmósfera agarrado al tren. El vídeo duraba en total ochenta segundos.

Ya era una pista.

Uri podía perder tiempo subiendo al tallo e investigando lo que había pasado. Buscando a las personas implicadas. Haciendo preguntas. Husmeando como un sabueso. Pero eso sería añadir más espacio entre su presa y él. Aunque descubriera la identidad de la víctima (a la que había pertenecido ese cuerpo de gel antes de la transformación), no le serviría de nada, porque Bhuta Naar habría aplastado al anfitrión con su propia personalidad y sus propios recuerdos. Ahora estaría yendo a sus antiguos refugios, para recabar toda la ayuda posible de sus aliados y hacerse fuerte de nuevo.

O puede que no.

Klaugil había dejado escrito que cuando mató a Naar, el proceso de transferencia estaba todavía incompleto. Facilitar a la Amalgama que le arrebatase a su programador estrella de las manos (Blat) había sido un golpe aún más duro que el de liquidar al propio mafioso.

Eso podía implicar varias cosas. La más obvia, que la infección de la mente del anfitrión no fuese tan completa o efectiva como cabría esperar. Si era así, significaba que aún podía quedar bastante del cerebro original allí dentro, luchando encarnizadamente por conservar su posición de liderazgo. Dentro de la cabeza de aquel tipo tenía que estar librándose una buena refriega.

Entonces sí que quedaría una conexión entre la vida pasada del individuo y su situación actual. Podría ser incluso que estuviese buscando refugio no en el submundo de Bhuta Naar, sino en lo que hasta ese momento había considerado su hogar.

¿Habría vuelto el demonio a su antigua casa, la del yo que era antes de la transformación?

Era una posibilidad. Remota, basada en demasiados supuestos..., pero posibilidad al fin y al cabo. La mente era un campo de batalla muy complejo, y nunca había que subestimar lo que podía pasar allí dentro.

Piratear la fortaleza de datos de la policía (un truco que aprendían rápido los cazadores, y que era básico para superar el examen de ingreso en el gremio) le llevó pocos minutos. Una vez dentro, preguntó a la IA si alguien había puesto una denuncia por asesinato... o no, mejor por «desaparición o rapto», en el tallo. El servidor le devolvió un nombre:

Saynon Krens, un chico de clase alta de Ferazza, emparentado con las familias ricas de la saltoárea. Orientación homosexual, enlazado recientemente a través del uk'naan con un empresario famoso.

«Estupendo —sonrió—. Un niño pijo al que le acaban de raptar al novio. Eso lo hará más fácil».

Lo primero sería encontrar al pijo. Luego, hacerle un par de preguntas sobre cómo había comenzado todo, si su «amigo» (antiguamente un efebo, ahora un dios de gel que tenía prisioneras sus vidas) había dicho frases inconexas, con datos que él jamás habría podido conocer. Pero no debía olvidar que los sicarios de los demás Baazu también podrían haber visto esas imágenes, y si era así ya deberían estar buscando al tal Saynon.

Si era así, se iba a montar una buena.

Aquello era un trabajo para *Valruss*.

La noche había caído sobre Ferazza. Y lo hizo en toda su apoteosis.

El carnaval estaba en su cenit: la gente había tomado las calles como si de una invasión de bárbaros se tratara, solo que estos bárbaros no portaban espadas sino disfraces y máscaras, y no marchaban destruyéndolo todo a su paso, sino cantando y bailando hasta mucho más allá de lo que sus cuerpos (el nivel metabólico de las drogas que llevaban encima lo atestiguaba) podían tolerar.

Saynon y Nura estaban en el recibidor del viejo teatro de las Apostasías, la sede de la orden religiosa donde ella militaba. Habían ido allí tras visitar comisarías, sedes de emporios de noticias, bares de mala muerte y cualquier sitio donde pudieran formular una simple pregunta («¡Eh!, ¿alguien sabe algo de una gárgola que en otro tiempo se llamó Caleb?»), y obtener una respuesta.

Hasta el momento no había habido suerte, pero ninguno quería tirar la toalla. No tan pronto. La última parada en una larga lista de direcciones era la sede espiritual de Nura, donde iba a consultar con los ancianos. No es que tuvieran poderes místicos ni nada parecido (al menos Saynon pensaba que no, aunque la opinión de su cuñada fuera distinta), pero como toda religión bien organizada, con una masa de fieles de más de seis millones desperdigada por el planeta, tenían acceso a una extensa red de informadores.

Puede que algún fiel, en alguna parte, hubiese visto u oído algo.

Saynon estaba apoyado con aire de agotamiento en la puerta principal. Mientras esperaba a que Nura hiciera sus gestiones, se distraía contemplando la ciudad. Y la explosión de colorido en que, más allá del estremecimiento de neón de la propia Ferazza, los fuegos artificiales habían convertido el cielo.

Miles, tal vez millones de personas tomando las calles en una orgía sensorial de desinhibición.

Cómo deseaba poder estar entre ellos. Cómo había suplicado a poderes en los que no creía que todo se arreglase con un simple chasqueo de dedos.

Pero la realidad no funcionaba como los cuentos de hadas. Las hadas madrinas no existían..., o si existían, bueno, pues tenían problemas demasiado acuciantes como para andar socorriendo a la gente del vulgo.

A lo largo del canal Pelagio se derramaba en cámara lenta un río eterno de danzantes. A Saynon le recordaron las proteínas que se enlazaban siguiendo especialidades celulares: formaban parte de un todo, y a la vez cada uno era distinto, cada individuo tenía su propio disfraz.

El estruendoso rugido de las carrozas se desplomaba sobre ellos como un oleaje, los subsonidos palpitando tras cada hueso parietal. Colores hechos de cinética y movimientos dulcificados por poesía sólida, ideogramas aerodinámicos y mazazos paranoicos de dextroanfetaminas, payasos que exhibían la húmeda carcoma de sus dientes ante niños con trasplantes cultivados en los ojos, pastillas que chillaban en las

cabezas y ritmos que agonizaban en los pies. Todo eso, y muchísimo más, era el carnaval de Tanjet.

Y ellos habían formado parte de él, se lamentó Saynon. En otro tiempo, cuando sus vidas aún no se habían venido abajo por causas que ni siquiera entendían.

Una carroza volante apareció por encima del teatro, arrojando una sombra que no tenía soles detrás, sino colmenas de fuegos de artificio. Representaba un paisaje prehistórico, la imagen idealizada de un período geológico lejano y primordial. Altos volcanes eructaban nubes de confeti, mientras que oscuras cuevas se abrían como graníticos bostezos de la tierra, ocultando quién sabía qué secretos en sus gargantas.

Saynon consultó por enésima vez su reloj. Llevaba... ¿cuánto, treinta horas sin dormir, con actividad a todo tren? Bendita propanolamina, sin ella haría tiempo que sería un cadáver bostezante en el suelo.

Aun así, con el umbral de tolerancia a los estimulantes demasiado cerca, sintió cómo la noche bajaba como sacos mojados detrás de sus ojos.

Miró hacia el interior del teatro. ¿Por qué Nura tardaba tanto? Vale que la petición que iba a hacerle al sínodo de su Orden no era habitual..., pero una cosa era esa, y otra que la tuvieran redactando un maldito testamento.

Fue a preguntarle (otra vez) al (cansado) portero si podía ir dentro a echar un (redundante) vistazo, a ver si alguien se dignaba a decirle algo sobre Nura... cuando los vio.

Cuatro figuras, recortándose como manchas mates ante un proscenio de colores primarios. Ninguna llevaba disfraz. Eran altas y musculosas, e iban ataviadas con prendas que parecían cosidas con hologramas muertos, como fantasmas a medio exorcizar.

Y las cuatro tenían un aspecto tan, pero tan poco tranquilizador, que Saynon sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Las cuatro figuras caminaban tranquilas pero con decisión hacia la entrada del teatro. Y parecían llevar cosas escondidas debajo de sus gabanes. Ninguna hacía el menor esfuerzo por ocultarse a la vista. No lo necesitaban.

—¡Eh, cuñado! —gritó una voz alegre, asustándolo.

Saynon se volvió en redondo para ver a Nura bajando como una niña pequeña los escalones, de tres en tres. Sin duda traía buenas noticias.

—¿Sabes qué? —empezó, eufórica—. ¡Me acaban de decir q...!

Saynon le tapó la boca y la apartó de la amplia arcada de la puerta, escondiéndola de la vista de las cuatro figuras. Su gesto fue tan brusco que Nura se quedó mirándolo, ofendida.

—Pero ¿qué haces? —protestó—. ¿Qué modales te crees...?

—¡Chist! —ordenó el dedo de Saynon. Se volvió hacia el portero—: ¡Usted, escúcheme! ¿Tienen alguna salida que dé a la parte de atrás del edificio?

El hombre le dedicó una mirada aburrida.

—¿Salida trasera? Claro que tenemos una —objetó—, pero me temo que solo está

permitido su uso a...

El hombre estuvo muerto antes de pronunciar la siguiente sílaba.

Los cerebros de Saynon y Nura tardaron unos segundos en procesar lo que había pasado, tal fue su velocidad y contundencia:

El cráneo del recepcionista implosionó, reventando hacia dentro y a un lado, como si lo hubiese machacado un martillo invisible. Saynon agarró a Nura (lentos, movimientos demasiado lentos, ¡cómo se notaba que ninguno de los dos tenía entrenamiento militar!), y se lanzaron detrás de la mesa del portero, como si realmente les fuera a brindar cierta cobertura.

Saynon vio que una de las figuras portaba en las manos una especie de bastón. No, no era eso, era como un rifle, un cañón delgado como papel con un kilómetro de filamento de holmio enrollado a todo lo largo del mismo.

Tragó saliva. Ya había visto una arma como esa antes, en un holovid que pusieron una vez en una fiesta de colgados paramilitares. Era un lanzasolvibratos, una forma plasmática del sonido. Sus poderosos campos de fuerza tomaban un paquete de longitudes de onda del medio ambiente (y en medio de un carnaval no es que ese tipo de munición fuera a escasear) y lo comprimían hasta conferirle propiedades de semisólido. Luego lo modelaban para que pareciese una punta de lanza, y lo escupían a varias veces la velocidad del sonido.

El resultado era como si al blanco lo hubiese atropellado un camión, o una bala sónica invisible, lo que era lo mismo. Y no dejaba rastros incómodos.

—¡Dioses! —gritó Nura, hecha un manojo de nervios—. ¿Qué ocurre?

Saynon la ignoró. Gateó hasta el borde del mostrador y examinó con pánico la sala. Techos altos y abovedados. Lámparas de araña simuladas de plástico fotovoltaico. Dos salidas, una en lo alto de la solemne escalera de mármol; otra, una puerta en un lateral. Las dos a mil kilómetros de distancia.

Podrían echarse a correr a la de ¡tres!, pero lo único que conseguirían sería ofrecerles a los asesinos unos blancos más claros.

¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿Era un ataque con trasfondo religioso contra la sede de la secta de Nura, o iban directamente a por ellos?

No había tiempo para hacerse preguntas. Los cuatro asesinos estaban a punto de cruzar el portón principal del edificio. Y cuando eso sucediera, tanto si Saynon y Nura eran sus objetivos como si se trataban de meras víctimas colaterales, el drama terminaría de forma sangrienta.

Abrazó a Nura. Fue lo único que se le ocurrió. Esperar a la muerte de la manera más digna posible, tratando de hacer una última buena acción. Consolar a alguien querido, contándole mentiras como:

—Chist, tranquila, todo se solucionará. La policía llegará de un momento a otro...

—¿Seguro...? —sollozó ella, temblando.

El joven no contestó.

En ese momento, el recibidor entero del edificio comenzó a volar por los aires,

destrozado a disparos.

Encontrar a alguien que se recorre media ciudad haciendo preguntas incómodas es algo sencillo. Uri había localizado el rastro de Saynon hacía dos horas, pero antes de abordarlo había preferido recuperar a *Valruss* del taller.

Ahora, apoltronado en el familiar asiento-sofá frente al volante, con las docenas de paneles analógicos que constelaban el salpicadero lanzando destellos, el cazador se sentía más seguro que nunca.

Los mecánicos habían dejado como nuevo al coche. Dada la cantidad de dinero que Uri había invertido en el taller (la totalidad del premio en metálico del coliseo), lo habían tratado con verdadero mimo. Incluso el holograma de cabeza de caballo relucía con colores más intensos y una sensación de tridimensionalidad más sólida.

Valruss se sentía igualmente orgulloso de volver a rodar por las calles, y no solo por eso, sino porque ahora era un coche legendario. Era la máquina que había derrotado en combate singular al gigante *Mamut*, el coloso invencible. Los demás Rynos de la ciudad ya murmuraban su gesta en la banda de los cincuenta megahercios.

La reunión con su amo fue la guinda del pastel, lo que colmó de felicidad un día por lo demás perfecto. Juntos se lanzaron a devorar millas por esas calles atestadas de máscaras, abriéndose paso entre las gigantescas carrozas y las masas humanas con entidad propia. Y todo por llegar cuanto antes al encuentro con un joven niño rico que tenía las horas contadas.

Los sabuesos digitales que soltaron en la Ultralínea habían seguido el rastro de denuncias de Saynon y Nura en todos los medios de comunicación. Pero si tan fácil les había resultado a ellos, para los sicarios de los Baazu sería un trabajo de pura rutina.

Eso significaba que el incauto muchacho corría serio peligro. Seguramente ya habrían enviado a algún comando de élite para quitarlo de en medio, o, lo más probable, para capturarlo e interrogarlo. Si era cierto que Bhuta Naar había resucitado, cualquier información por pequeña que fuera sobre su paradero o sus circunstancias valdría oro.

Llegó al sector de la ciudad donde estaba Saynon cuando los asesinos ya lo habían cercado. Se maldijo por haber tardado tanto, pero si atravesar la ciudad en el apogeo de la fiesta con un EV ya era una empresa difícil, hacerlo por el suelo entraba en la categoría de gesta. Es cierto que podría haber elegido a *Carnosaur* para este trabajo... pero no. Los negocios sangrientos eran cosa de *Valruss*. Dejarlo de lado tan descaradamente habría herido el amor propio del coche.

El tal Saynon había entrado en un edificio vetusto y barroco en las afueras de la ciudad. Una especie de desvencijado teatro que en la guía callejera aparecía bajo el epígrafe «templos, tabernáculos y centros de oración».

Buen lugar para venir a morir.

Una gran avenida se estiraba como un alambre en línea recta enlazando a lo largo de más de un kilómetro la plaza del teatro con el centro de la ciudad. Como cualquier arteria de la urbe, estaba en esos momentos abarrotada de gente, danzarines ebrios en su mayoría. Pero todos se apartaron del camino cuando los embellecedores que protegían como frontispicios las ruedas delanteras se abrieron, dejando a la vista dos ametralladoras pesadas.

Eran bocachas negras de alto calibre que usaban munición sólida. Nada de láseres ni descargas de plasma ni gilipolleces energéticas. A los cazadores se la ponía dura acribillar cosas a la antigua usanza, haciendo enormes agujeros que dejaran cuanto más polvillo en suspensión mejor. Y si la munición consistía en proyectiles de uranio empobrecido del tamaño de botellas de leche que dejaran la zona impregnada de radiactividad durante los próximos cincuenta años, aun mejor.

—Detecto cuatro objetivos, armados, entrando sin subterfugios en el edificio — anunció *Valruss*, mostrándolos como hormigas aplastadas en la pantalla de radar.

Una sonrisa demente se descosió en el rostro de Uri.

—Pues vendámosles el genuino espíritu del carnaval —dijo, y apretó el botón de disparo.

El chorro de llamas que brotó de los cañones de *Valruss* alcanzó el metro de longitud.

No solo los destellos fueron impresionantes, sino que el estruendo de las ametralladoras de alta velocidad logró imponerse al elevadísimo volumen de la música y empujó hacia atrás como una onda física a los viandantes.

Además de la luz y el sonido, las armas provocaron un efecto colateral insólito: de unas ranuras situadas a la altura del guardabarros manaron dos torrentes de casquillos, expulsados a una velocidad y una temperatura que los convertía en una amenaza.

Esos torrentes gemelos recorrieron toda la longitud de la calle al tiempo que *Valruss* aceleraba hacia la entrada del teatro. La gente que estaba en las aceras (preguntándose con pavor qué extraña criatura sería aquella, ese monstruo motorizado fugado de una pesadilla) se arrojaba al suelo y se cubría la cabeza al tiempo que los casquillos ametrallaban las dos líneas de edificios, triturando escaparates, farolas y adornos de carnaval.

Desde su posición aventajada en el centro del vehículo, Uri Phernon veía dos líneas convergentes de luz blanca, los rastros de las balas trazadoras, que se cruzaban muy lejos, allá donde la puerta del teatro estaba siendo reducida a astillas.

Dos de los asesinos reventaron (literalmente) en trozos de carne triturada durante los primeros ocho segundos de la descarga. El tercero fue apisonado por el tren de ruedas de *Valruss* cuando alcanzó la plaza, derrapó y entró de costado en el recibidor del edificio. El cuarto asesino saltó detrás de la escalera de mármol, reducida a un amasijo de escombros, y adoptó posición de francotirador.

—¡Vamos, entrad! —gritó Uri al tiempo que las puertas de gaviota se alzaban, despejando el paso hacia el confortable (y quizá seguro) interior del vehículo.

Las caras de Saynon y Nura eran sendos poemas. Los jóvenes estaban paralizados, mirando con ojos asustados el infierno en que se había convertido en pocos segundos aquel recibidor. De las bellas esculturas que lo decoraban apenas quedaba algo aparte de montañitas de escombros, la solemne escalera había sido amputada desde la base y el tapiz que decoraba la pared del fondo (y que resumía en bonitos dibujos la historia milagrosa del Fundador) era un colador ardiente.

La cabeza de la estatua central, el inconsútil rostro del líder de la secta, estalló en una nube de piedrecillas cuando una de las balas le impactó en plena frente.

—¿A qué coño esperáis, una invitación por escrito?! —se encolerizó Uri, mientras disparaba su pistola contra el parapeto tras el que se ocultaba el asesino—. ¡Entrad ya, joder!

Un intercambio de miradas entre Saynon y Nura bastó para quebrar su repentina parálisis. Sin pensar bien en lo que hacían, se lanzaron de cabeza al interior del Ryno.

La puerta cayó tras ellos convertida en un rosario de chispas e impactos de láser. Antes de que la del conductor se cerrara también, el coche ya estaba acelerando y

alejándose del edificio.

Saynon se palpó a sí mismo para comprobar que no tuviera heridas, pero tanto él como Nura estaban bien. Al echar un vistazo al rocambolésco asiento de atrás del Ryno, sobre el que estaban tendidos, de sus bocas escapó una exclamación.

Aquello era el apocalipsis del *feng shui*, el amontonamiento desordenado e ilógico de enseres, recuerdos y objetos decorativos sin ton ni son. Por no hablar de la minicelda para prisioneros que tenía manchas de sangre seca en los barrotes.

—¿Q... quién coño es usted? —exigió saber Saynon, incorporándose con dificultad. Nura estaba tratando de sacar la cabeza de un mueble bar que ofrecía delicias de varios mundos, mientras un móvil gracioso hecho de estrellas *ninja*, biseladas como los espejos de una casa de muñecas, danzaba en el techo.

—Uri Phernon, para servirlo a usted. —Lanzó por encima del hombro un montón de tarjetas de visita estampadas con dragones que llovieron sobre la cara de Saynon—. Cazador a sueldo, detective privado, guardaespaldas, buscador de personas y cobrador de tributos. Si tiene dinero y me encuentra, quizá pueda contratarme.

—¡No necesito contratar a nadie! —estalló el joven, el dique de miedo y ansiedad de su cabeza rompiéndose por fin a base de estertores. Nura estaba llorando—. ¡Solo quiero saber qué ha pasado, mierda! ¿Quiénes eran esos tipos?

—Está metido en un buen lío, señor mío —rio el cazador, conduciendo a *Valruss* por un laberinto de callejuelas por el que nadie habría enviado jamás ni a su peor enemigo—. La mitad de las bandas Baazu del planeta lo acaban de fichar como su principal blanco. Y la otra mitad preferiría verlo muerto antes de que revele a sus competidores lo que sabe. Así que, utilizando un tecnicismo de mi profesión, lo tiene claro, amigo.

—¿B... Baazu? —La palabra se le atragantó como un hierro al rojo.

De repente, las paredes del callejón que estaban cruzando a gran velocidad empezaron a explotar. Una serie de detonaciones secuenciales convirtieron el camino delante del coche en una pista de pruebas.

Dos objetos revolotearon por el campo de acción del retrovisor. Eran motos EV armadas con cañones rotatorios. Sus pilotos eran parecidos a los asesinos que los habían acorralado en el teatro, asexuados e inhumanamente eficaces, solo que a estos unos manojos de cables y tubos los unían de manera indivisible con sus motos. Como si tras cabalgarlas durante demasiado tiempo sus traseros hubieran echado raíces.

—¡Cínifes! —Uri parecía molesto por la interrupción, aunque no muy preocupado—. Agarraos, vamos a deshacernos de esos pelmas.

Era inútil tratar de despistar a los perseguidores, porque eran mucho más rápidos y maniobrables que el pesado Ryno, así que Uri ni siquiera lo intentó.

Lo que hizo fue dar un volantazo para salir del callejón, accediendo a una avenida que era, básicamente, un gran puente sobre un canal lleno de góndolas. Las pilastras que lo sostenían tenían ventanas iluminadas, y de ellas también surgía un inconfundible ajeteo de fiesta.

Las motos voladoras giraron también, sin entorpecerse entre ellas, e hicieron hablar sus cañones. Los alaridos de la multitud y la estampida de gente comenzaron de inmediato. Algunos incluso pasaron por encima de *Valruss*, precipitándose al canal para huir de los disparos.

—¡Nos van a matar! —chilló Nura.

El conductor negó con determinación.

—Esta belleza tiene algunas sorpresas escondidas... —dijo, y pulsó un botón.

El maletero de *Valruss* se abrió parcialmente, y de él surgió un brazo articulado. La cognoscitiva del coche apuntó, triangulando la posición de ambas motos, y disparó.

Un rayo rojo rubí trazó un vector en el aire acariciando a uno de los perseguidores. No hubo explosión, ni siquiera llamas, pero fue como si tanto el vehículo como su conductor se hubiesen partido al atravesar una cuchilla invisible.

Mientras el primer cínife caía al agua, el otro pasaba por debajo del puente para apartarse de la línea de fuego. Pero *Valruss* no tenía ojos y oídos convencionales, sino una eficiente antena de radar, por lo que sabía en todo momento por dónde se movía la moto y en qué punto pensaba aparecer para dispararles.

Así que apuntó hacia allí el proyector láser, cambió la longitud de onda para volver el haz invisible (así causarían menos daño, pero el piloto no lo vería y tampoco podría esquivarlo), y sostuvo el rayo en un disparo prolongado mientras el asesino se ponía a tiro.

Cuando la moto surgió por un lateral del puente, en teoría para sorprenderlos, la cabeza del piloto atravesó el haz que ya estaba allí, aguardándolo, y se marchó a vivir su propia vida fuera del cuerpo. De la moto no supieron nada más.

—¡Ja! Eso les enseñará a buscarle las cosquillas al gran *Valruss*, titán del coliseo —rio Uri. Luego dejó que el coche se condujese solo y se apoltronó en el sofá, mirando a sus «invitados». Abrió una lata de cerveza con una uña de cuarzo sintético de color rosa—. Bien, bien, yo diría que esto nos coloca en una posición ciertamente envidiable.

Saynon se despejó. El sonido de las explosiones había quedado atrás, y el mundo cayó en un silencio (solo roto por el bisbiseo de los motores de fisión del coche y los sollozos de Nura) que resultaba incluso más aterrador. El trueno electrónico de una videogalería pasó de largo para perderse en las profundidades del barrio retro.

—¿Qué quiso decir con que nos perseguían los Baazu? —preguntó Saynon con los nervios de punta. Saynon había disfrutado de una vida apacible, protegida por las invisibles barreras de su condición social. Y aunque sabía que su ciudad no era un remanso de placidez, él nunca había sentido tan de cerca la violencia—. ¿Por qué nos ha salvado? ¿Qué gana usted con todo esto? ¿Acaso nos ha secuestrado para pedir rescate?

—Vaya, chico, tranquilízate. Eres más rápido disparando preguntas que yo con mi pistola. Vayamos por partes: no, no os he secuestrado, y sí, sí que os he salvado la

vida —precisó—. Así que espero una cierta compensación, pero no del modo que esperaréis.

—¿No quiere dinero? —Saynon abrazó a Nura, que se había caído en un pozo interior de letanías sin fin y búsqueda del consuelo metafísico. Tenía puestos dos parches de experiencia religiosa en el antebrazo, por lo que su sangre estaría hirviendo con revelaciones químicas y apostasías esteroides.

—Lo que quiero es información —dijo Uri—. Conozco la historia de tu novio, lo de su... «experiencia». También sé que se ha dado a la fuga. Y por la cantidad de trabajo que habéis estado haciendo los dos en las últimas horas, deduzco que lo que más deseáis ahora mismo es encontrarlo, ¿verdad?

Saynon asintió lentamente, sin dejar de mirar al cazador con desconfianza.

—Pues entonces soy vuestro hombre —se pavoneó Uri—. Modestia aparte, tenéis delante al mejor cazador que hay en Tanjet, y cuento además con los mejores ayudantes. —Dio una palmadita cariñosa en el salpicadero—. Mis motivos son solo míos, y no exigiré dinero a cambio, pero sí colaboración absoluta. Contadme todo lo que sepáis sobre el «asunto Caleb», sin ocultarme ni una pizca de información, por trivial que parezca, y solucionaremos este asunto muy rápido.

—Un cazador... —dudó Saynon—. Ustedes son esos tipos que siempre salen en las noticias cuando ajustician a alguien. Pero usted dice que quiere rescatar a Caleb, ¿no? ¿O lo que pretende es asesinarlo?

—Tenéis mi palabra de que no le haré ningún daño. —Uri se puso muy serio—. Ya sé que la palabra de un hombre como yo a vosotros no os dice nada, pero créeme, en mi profesión existe el honor. Y es un baremo de aptitud muy poderoso. Un compromiso adquirido con un cliente no se rompe jamás, bajo ninguna circunstancia, o nuestra reputación se va al garete. Si te he dicho que respetaré la vida de tu amigo, es que lo haré. —Su mano barrió el aire—. Sin excusas.

Saynon dudó unos minutos más, pero al final claudicó. Estaba claro que el tal Phernon no pensaba dejarlos en cualquier parada de aerobús así como así, y aunque lo hiciera, nada les aseguraba que los sicarios no regresaran en cualquier momento a por ellos. Acudir a la incompetente policía de Ferazza tampoco era una opción, porque estaba demasiado entrampada en sus propios laberintos legales como para suponer una garantía.

Y abandonar el planeta... Bueno, si quisieran dar carpetazo al asunto y olvidarse de Caleb, podría haber sido una opción. Pero en las actuales circunstancias, ni siquiera se le pasó por la cabeza.

No, si querían tener alguna posibilidad de salir triunfantes (¡qué digo de salir triunfantes: de sobrevivir!), más les valía jugar al mismo nivel que sus enemigos. Y la oferta de Phernon era la única que ahora mismo había sobre la mesa.

Lo cual no quería decir que se fiaran de él. En absoluto.

Visto lo visto, Saynon decidió no callarse nada, ni siquiera (aunque esto le costó un poco más) los detalles relativos a su vida semiprivada.

Le desgranó los pormenores del accidente de Caleb, así como lo que sucedió la primera vez que detectaron anomalías en su nuevo cuerpo (la noche del uk'naan, cuando al abrazar a Caleb le notó los espolones en la espalda). Y, por supuesto, el incidente en el tallo y lo último que le había dicho su novio antes de desaparecer. Su último mensaje de amor.

O más bien, de sacrificio.

Uri escuchó con atención, tratando de asimilar la mayor cantidad posible de datos y haciendo preguntas en las partes más oscuras.

Al final, le preguntó al coche:

—¿Lo tienes todo bien apuntado, colega?

El caballo resplandeció en el salpicadero en imagen real, asustando a Saynon y a Nura.

—Grabado, memorizado e indexado, jefe —relinchó—. Pero hay unos cuantos campos vacíos.

—Lo sé. —Uri miró a la hermana de Caleb. Una expresión rara jugaba con sus rasgos, algo a mitad de camino entre la alegría de un creyente tras ser testigo de una aparición y la saturación metabólica de un yonqui—. Has dicho que esta chica forma parte de una secta, y que habíais ido al teatro a solicitar información a su red de fieles. —Hablaba con Saynon, porque ella estaba demasiado ida como para responder.

—Sí... y creo que tenía una buena noticia que darme antes de que nos atacaran. —Recordó los instantes anteriores al suceso, cuando Nura bajó por las escaleras eufórica, como si sus superiores le hubiesen puesto en bandeja la solución al enigma. Pero nunca tuvo oportunidad de contárselo—. Se lo preguntaremos en cuanto reaccione.

—No hay tiempo, lo siento.

—¡Pero no podemos despertarla ahora, ni suministrarle más drogas! ¡La matarían!

—No nos hacen falta drogas. Conozco ciertas técnicas de mesmerismo posmetabólico que...

Uri no tuvo oportunidad de explicárselo, porque en ese mismo instante la muchacha reaccionó. Y de qué manera. Los hombres dieron un respingo cuando, sin previo aviso, Nura se irguió en el asiento y soltó un alarido.

—¡... porque nosotros lo vimos, fuimos testigos y así lo transmitimos! —Retomó a la mitad una frase que había empezado en sueños—. ¡Revelación, profecía, testimonio, transmisión, legado! Ellos lo vieron, lo vieron correr bajo la franca luz del sol, desnudo como un mandato divino, terrible como la primera orden de los dioses...

Saynon la abrazó, sosteniéndole la cabeza. Le acercó una taza de infusión que Uri había convocado de las entrañas del mueble bar. La joven tenía el cabello alborotado y los dientes más desordenados que antes, como si se le hubiesen movido durante el trance. Pero aceptó la infusión.

—¡Nura! ¿Qué ocurre, cariño? ¡Despierta!

Ella lo miró y dijo, repentinamente concentrada:

—Mis hermanos lo han visto. A Caleb.

A Saynon se le puso la carne de gallina.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Una congregación mendicante conocida como los Hijos del Ekúmenon —susurró, mirando el negro anillo de posos en la taza vacía—. Nuestros hermanos del desierto. Ayer comunicaron a la central una buena nueva: habían visto un demonio azul vagando por las dunas, en dirección a la cordillera de las Siete Vacilaciones. Se acercaron a él, pero el ser los esquivó. No dejaba que nadie lo viese.

—¿La cordillera de las Siete Vacilaciones? —dudó Saynon—. ¿Dónde queda eso?

—Es una región al sur del mar Incanus —dijo Uri—. Yo he estado allí en alguna ocasión. Hace años.

—¿Y qué hay en ese lugar que pueda interesarle a Caleb?

—A Caleb nada —respondió el cazador, muy serio—. Pero si los recuerdos de Bhuta Naar ya se han desplegado por su red neuronal, entonces sí que tiene sentido. En medio de ese desierto inhóspito hay una montaña, y en ella una fortaleza. El último lugar en este mundo adonde nos gustaría ir.

—¿Qué lugar? —se estremeció Saynon.

—El palacio de la Perpetua Decadencia. La sede central de la Amalgama.

CONCLUSIÓN

OVACIÓN EN PIE EN LA ÓPERA DE LA MENTE

«Los ecos testigos se reflejan en las paredes melladas, desnudas, viendo pozos de muerte y al profeta sin verlos realmente a ninguno de los dos».

La marca de Caín, «Cold grey Seaton»

«¡Por Dios, estamos muertos!».

La criatura (Boris Karloff), La novia de Frankenstein

La necesidad cruda, la hambrienta armadura de la adicción.

El monstruo cerúleo caminaba por el desierto; su objetivo, la ominosa fortaleza del dios de Gel, alzándose ya en lontananza. Viento cargado de balas de sal.

Cerca.

Muy cerca.

Andando, sistema bípedo de locomoción, un pie delante de otro, un tornillo infinito de equilibrio biológico. Dentro de poco al alcance de los guardias, los todopoderosos centinelas. Pero tenía que entrar allí. Algo se lo ordenaba, una impronta genética descargada en su cerebro en claves de fin de línea.

Ojos reflejados en una jaula de neón rojo, pómulos perfilados a lápiz. Niveles de mutágeno descontrolados, un sueño perdido en el desierto. Blat, su salvador, el único que podía reescribir el código fuente. Ellos se lo quitaron, se lo arrebataron del materno arrayán que había preparado para acogerlo. Recuperarlo, reconquistar Blat, eso era lo único que le importaba. Robar lo ya robado antes.

Cerca.

La fortaleza.

Dentro de ella, el lugar más parecido al infierno que había en Tanjet.

Y su máximo oponente, su némesis germinal, el dios de Gel. La criatura panspérmica que-se-hizo-a-sí-misma. La multiplicidad-que-se-recombinó-en-algo-más-simple.

Apretar los puños con furia contenida.

Ansias de matar.

De obtener lo ya obtenido antes.

La criatura añil siguió avanzando.

La nave de Uri Phernon volaba tan bajo, tan pegada a las dunas, que dejaba una nube partida en dos a su espalda, alargada como un siroco en forma de colmillos.

La cordillera asomaba del horizonte justo delante, apoyada en un trémolo de aire cálido. Más que montañas eran una explosión de roca fea y gris, un grito de piedra que florecía en un lecho de arenas sonrosadas.

Y en la cúspide, edificada sobre el pico más alto, estaba la fortaleza. El grotesco palacio de la Perpetua Decadencia.

La Amalgama.

Saynon había dejado a Nura abajo, en el camarote principal de *Carnosaur*, dormida. Quizá él mismo no notaba sus propios calambres porque el resto de su cuerpo parecía un campo de batalla. Le dolía todo, brazos, piernas, espalda, cuello... como si hubiese dormido todo un día en una pose de nudo de mariposa.

Subió a la cabina de pilotaje para ver hacia dónde se dirigían. Y cuando la mole de granito creció como una flor fortificada en la distancia, se fijó en la cara de Uri, intentando adivinar qué significaba para él aquel lugar.

Lo que había en su rostro no auguraba nada bueno.

Si Uri Phernon había visitado el palacio, o tuvo algún tipo de contacto con él en el pasado, estaba claro que le había dejado una profunda cicatriz. Para que algo parecido al miedo más puro e inconsútil lograra romper su máscara y salirle por los ojos, es que la experiencia tuvo que ser realmente nefasta.

Pero aun así, Uri estaba llevando en persona los mandos del aparato. Era él quien se acercaba a la montaña, no la nave quien lo obligaba a hacerlo. Saynon se preguntó si aquello no tendría que ver con alguna deuda sin zanjar que supuraba en su alma. Un círculo que había que cerrar para que los demás aspectos de Uri Phernon pudieran desarrollarse.

No lo sabía. Pero lo que podía adivinarse claramente en aquellos ojos era que el cazador estaba asustado.

Saynon se fijó en que la pistola del cazador estaba unida por un cable de datos a la consola de la nave.

—¿Qué estás haciendo con tu arma? —le preguntó.

—Actualizando sus programas. Haciéndola avanzar una generación —dijo Uri. Anoche descubrí que el anterior dueño de esta nave tenía *software* pirata para armas de fuego que va más allá de lo que yo he visto en las revistas oficiales. Un lujo.

—Genial. ¿Algún plan para cuando lleguemos?

El rostro de Uri se ensombreció aún más. Su cabeza se hundió unos milímetros en la gabardina, un espanto de cuero negro que encontraba gratificación en el culto esotérico a los sastres de Ferazza, pero que él llevaba con orgullo.

—Tomaremos tierra junto al campamento de la secta de tu amiga. Según las imágenes de satélite, está situado justo al borde de la franja de seguridad del palacio,

en las dunas.

—Pero... ¿qué hacen allí? —se extrañó el joven—. ¿Cómo se atreven a plantar tiendas junto al lugar más peligroso del planeta?

—Vete a saber. Hay gente que adora el peligro. Y cuando digo adora me refiero a la dimensión más puramente religiosa del concepto. La Amalgama es... bueno, nadie sabe con seguridad lo que es. Ahí es donde radica el secreto de su fuerza, su capacidad de fascinación.

—¿No es una especie de banco de cuerpos, una sociedad criminal que opera al margen de todo y de todos?

—Eso es lo que se cuenta, pero nadie tiene ni idea de lo que pasa dentro de sus muros. Ni siquiera el gobierno planetario. Nadie ha cruzado esas puertas para averiguarlo, y si lo hizo, fue bajo las estrictas condiciones de contrato de la Amalgama. —Su lengua chasqueó contra el paladar—. Y quien elige entrar de esa manera... ya nunca vuelve a salir para contarlo.

—Pero ¿cómo es posible? —se exasperó Saynon—. Quiero decir... ¿cómo permite el gobierno que un lugar así pueda existir? ¿Por qué el ejército no se ha metido todavía ahí dentro a sangre y fuego, si son tan peligrosos?

—Buena pregunta —sonrió Uri—. Tal vez tenga que ver con que la Amalgama compró hace años unas bombas de plegamiento cero de origen incierto, y nadie sabe dónde las tienen guardadas. Puede que ya las tengan colocadas bajo el sustrato de nuestras principales capitales y solo necesiten apretar un botón para que medio Tanjet se vaya al cuerno. O puede que tengan comprado al gobierno entero del planeta. Esa gente tiene mucho dinero.

—¡Pero su mera existencia es una afrenta contra nuestro sistema democrático! ¡Se los debe borrar del mapa, o echarlos del planeta, aunque sea solo por principios!

El cazador contuvo una carcajada. No quería ofender a su cliente, pero estaba empezando a ver lo alejada de la realidad que estaba la educación básica de los niños bien de Ferazza.

—Verás, chaval —dijo en tono paternal—, yo no sé cómo funcionarán las cosas en otros lugares de la Variedad, pero Tanjet tiene un sistema que se sostiene en pie de puro milagro. Nuestros políticos electos son descendientes de familias mafiosas, cuando no directamente de grupos terroristas del pasado. No producimos nada, solo diversión y carnaval, evasión y borracheras. ¿Qué clase de ética económica crees que podría dar a luz un régimen semejante? ¿Acaso no te preocupa que los ricos eliminen a su propia gente si se convierten en un peligro potencial, a veces contando con el beneplácito de las mafias? ¿No hace eso que se frunza ligeramente tu piel ética, tu naricilla moral?

—Eh... pues yo... nunca me lo había planteado.

—Claro que no. Nadie de tu posición social comprueba los cimientos de barro de sus torres para no correr el peligro de agrietarlos. Pero la inmundicia, en Tanjet, infecta todos los estratos sociales, desde el más ruin al más poderoso. Lo cual, en el

fondo, es patético. ¡Miles de años de civilización y nuestros dirigentes no han podido conseguir nada mejor que esto!

Saynon se rascó la barbilla, como hacía cuando meditaba sobre temas filosóficos (como aquel con el que le había dado la paliza dialéctica al imbécil de Calldor). Los ronquidos de Nura llegaban amortiguados desde el camarote de abajo.

—Vale, acepto que la nuestra no es una sociedad perfecta, y que ni siquiera estamos entre los diez mundos aerobios más estables de la Variedad —dijo—. Pero ¿qué tiene que ver eso con la existencia de una organización tan poderosa y secretista como la Amalgama? ¿Qué función cumplen ellos en el juego?

—Buena pregunta, muchacho. Llegarás lejos, si es que sobrevives al día de hoy —¿bromeó? Uri—. Te lo explicaré: toda sociedad cuyas leyes comerciales estén basadas en la depredación en lugar de en el libre crecimiento y en el respeto mutuo, necesita de una variable externa; una especie de deus ex machina sobre el que pueda girar para que el armazón se sustente. Necesita un vigilante no sometido a juicio que haga de «excepción que confirma la regla», porque si no, sin ese superindividuo, o superorganización... las bandas mafiosas no tendrían un poder supremo al que temer. Un árbitro que las mantuviera a raya.

»Se matarían entre ellas, llevándose a la mitad de la población civil en el proceso. Las fuerzas legales de Tanjet intervendrían al ver la guerra civil en que caerían los emporios comerciales, pero como nuestros dirigentes no son más que las caras lavadas y pulcras de los linajes criminales, se pondrían de parte de alguno de los bandos. Inevitablemente. Y ellos también se acabarían yendo a la mierda. ¿Te imaginas un mundo donde las calles estuviesen llenas de sicarios como los que viste en el teatro?

Saynon se estremeció al recordar la cara de uno de los asesinos. La piel fría, de pescado muerto. Los ojos hundidos como pozos saturados de microelectrónica. La sonrisa combinada de acero injertado y caries blancas.

—No —admitió—. La verdad es que no me lo imagino.

—Pues haces bien. La Amalgama es ese jugador que se salta implícitamente las reglas, pero al que todo el mundo tolera porque hace de balanza para el resto de los tejemanejes. Y encima, es un jugador pasivo, que no impone condiciones. Lo cual, en esta sociedad, es casi un milagro.

—Así que esto es como todo —escupió Saynon, asqueado—. Cuesta menos esfuerzo dejar las cosas como están que cambiarlas, porque hay demasiada mierda que barrer bajo la alfombra.

—Listo. Chico listo. —La mirada de Uri se volvió triste—. Nuestros políticos ya nos han metido en los prolegómenos de una extinción en masa, pero la gente todavía no se ha dado ni cuenta. Lo zalmankanearon^[3] todo y lo mandaron al diablo, manteniendo dócil al pueblo con programas de medicina socializada y mucho pan y circo. Ahora solo quedan carroñeros, que se alimentan de los restos antes de que todo se derrumbe.

»Lámame pesimista si quieres, pero hay noches en que, después de llegar a casa tras un trabajo especialmente asqueroso, solo deseo que los urtianos nos invadan a todos y arrasen con lo que hay sobre la faz de Tanjet. Y a otra cosa, mariposa. Tábula rasa, y que se joda todo dios.

Hubo un violento silencio. Saynon, sin embargo, asintió con la cabeza.

—Yo también estoy empezando a desearlo...

El radar de cercanía aulló, indicando que estaban llegando a su destino. Un pequeño enjambre de tiendas de campaña y casas de adobe se alineaba frente al semicírculo de una frontera invisible.

—Ahí tenemos a la secta —anunció Uri—. Despierta a tu amiga. Ella será nuestra embajadora.

El joven asintió, pero antes de bajar los escalones hasta el camarote, echó un vistazo rápido por el parabrisas hacia el palacio, que tenían muy cerca.

Luego deseó no haberlo hecho. Pero claro, entonces ya era demasiado tarde. Lo había visto.

Y no era una estampa que se olvidara fácilmente.

Y después se diría a sí mismo que todo aquel viaje fue una locura, que desde el principio estaban condenados a lo que les pasó, como si un dios travieso y juguetón manejase sus hilos a base de antojos.

Pero si bien Saynon nunca admitió que hubiesen tenido alguna esperanza, sí que pudo establecer el momento preciso en que todo empezó a torcerse.

Fue cuando los barrió la sombra del palacio.

El edificio era un titán, un gigante realmente masivo que se comía la cúspide de la montaña. O para ser exactos, que estaba siendo construido a partir de ella. Y el tiempo verbal no estaba equivocado: siendo construido, aún hoy, porque la colosal obra del palacio no se acababa jamás.

Desde la distancia, mientras la nave aterrizaba, Saynon distinguió una compleja red de andamios que revestía como una tela de araña los cinco lados del edificio. Era el círculo interior, el lugar hacia donde quizá alguien podía mirar desde muy lejos, con un telescopio, pero al que jamás podría acceder.

Se contaban historias de miles de familias que habían perdido un ser querido cuando este pidió asilo a la Amalgama, y que se habían establecido allí, a un paso de aquella frontera, para vigilar desde lejos los andamios. Había historias de madres, o de padres, o de esposos y esposas y hermanos y socios comerciales que habían creído distinguir un rostro, o una manera familiar de moverse, en alguno de aquellos pobres obreros. Y que, convencidos de que era aquel que los había abandonado para someterse al exilio voluntario, habían cruzado la frontera gritando sus nombres.

Ninguno llegó más allá de unos pocos metros antes de que su cuerpo explotara, se desintegrara, se quemara o acabara reducido a pulpa de alguna forma cruel e instantánea.

Las defensas perimetrales de la Amalgama eran invisibles, pero funcionaban muy bien.

—¿Por qué nunca acaban de construir el palacio esos obreros? —preguntó Saynon, descendiendo a tierra junto al cazador y a Nura—. Son como esclavos obligados a trabajar por toda la eternidad en un monumento sin fin.

—Lo has definido bien. —Uri se cubrió el rostro con un pasamontañas oscuro, tanto para protegerse de la arena como para no dar más pistas sobre su identidad que las estrictamente necesarias—. Solo son leyendas, por supuesto, pero hay quien cuenta que el palacio se alza sobre unas arenas movedizas perpetuas, que ninguna tecnología ha logrado solidificar. Es como si la montaña estuviese hueca y el edificio se hundiera velozmente hacia el centro del planeta. Por eso tienen que edificar más y más pisos, eternamente, en un ciclo sin final.

Saynon contempló la mole del palacio con inquietud.

—¿Estás hablando en serio? Nah, me tomas el pelo...

—No, muchacho, es totalmente cierto. Al menos, la leyenda existe —aseguró Uri

—. Dicen que la Amalgama eligió esa ubicación para su santuario porque es su único lugar sagrado. Y que llevan añadiéndole piso tras piso desde hace cientos, quizá miles de años, trayendo la piedra de otras montañas.

—Pero... —discurrió el joven, sobrecogido—. Si eso es verdad... quiere decir que el edificio podría tener ocultos bajo tierra... miles de niveles. ¡Tal vez decenas de miles! Sería como un tubo lleno de habitaciones que conectase con las capas inferiores de la corteza.

—Sí, y no te creas que esa idea no le ha quitado el sueño a los filósofos y a los buscadores de tesoros más aguerridos durante generaciones —sonrió Uri, mirando el palacio—. Muchos han intentado colarse en sus salones para encontrar las míticas escaleras que conducen a los pisos inferiores. Incluso llegaron a vender sus almas a la Amalgama, entregando sus vidas por contrato para poder entrar en el edificio.

—¿Y...? —lo espoleó Saynon, cuando lo dejó en suspenso.

Uri soltó una carcajada.

—¡Y yo qué sé! Si realmente existe el tubo, y suponiendo que esos niveles perdidos aún sigan enteros y con oxígeno... quién sabe qué contendrán. Material para los sueños, supongo. O para esa clase de obsesión que solo puede acabar en desgracia.

Saynon se dio por aludido con este último comentario y se olvidó del palacio. Tenía que concentrarse en la prioridad más inmediata, es decir, encontrar a Caleb antes de que se arriesgase a entrar en la zona prohibida. O lo perdería para siempre.

Curiosamente, y a pesar de lo ida que estaba, fue Nura la primera en darse cuenta de que algo no marchaba bien.

—¿Qué ocurre? —preguntó Uri en cuanto lanzó una mirada panorámica al amasijo de tiendas.

—No lo sé... —dijo la joven—. ¿Dónde... dónde está la gente? Por... por lo general... los cultistas son gente afable, que en seguida viene a recibir... a los visitantes...

El cazador observó las tiendas. Sí, había movimiento, pero era el viento que sacudía las lonas, las puertas y los techos de tela. Pequeños zarcillos de arena se arremolinaban en las esquinas de las casas de adobe, como si el desierto quisiera apuntalarlas para que no se derrumbaran.

Pero no había nadie. Ningún rastro de vida. Ni humana ni animal ni alienígena.

Uri desenfundó la pistola. Unas lucecitas en la empuñadura anunciaron que estaba cargada y en modo de disparo antipersona. El cazador rozó un conmutador y el arma cambió a munición de fósforo.

Saynon y Nura se parapetaron a su espalda, cerca del vehículo que estaba asido a la panza del aparato. Era el coche inteligente de Uri, que había hecho el viaje con ellos aferrado como una garrapata a la nave.

—Quedaos aquí —ordenó Uri, y empezó a avanzar con extremo cuidado hacia las tiendas.

Saynon y Nura pensaron lo mismo: que fuera cual fuese la razón por la que ya no había cultistas, los afectaría tanto si se quedaban allí como si se pegaban a la espalda del cazador. Y teniendo en cuenta que él era el único que tenía armas y sabía usarlas, ese era el lugar más seguro en estos momentos.

Así que desobedecieron la orden de quedarse atrás y siguieron a Uri, abrazados el uno al otro. Sus ojos saltaban como cigarras de una puerta a la siguiente, de una ventana a otra, asustándose con cada ráfaga de viento.

Pero allí no había nada. Absolutamente nada. Ni siquiera ojos en la oscuridad que los estuviesen espiando.

Uri se dirigió al edificio principal, una sala de asambleas. Con el cañón empujó la puerta, haciéndola crujir.

El interior estaba bañado en una arenosa luz carmesí.

Se lo pensó un momento antes de entrar. Luego dio una par de zancadas hasta parapetarse tras un armario. Les hizo una seña airada a Saynon y la chica para que no lo siguieran, sino que volvieran a la nave.

Ellos dijeron que no con la cabeza al mismo tiempo.

Uri soltó un resoplido.

La luz rojiza provenía de la siguiente puerta, que estaba entreabierta. Las sombras se proyectaban desde arriba, como si la fuente estuviera en una lámpara del techo.

En cuanto Uri empujó con suavidad la madera, deseó no haberlo hecho.

Los tres descubrieron con pavor qué había pasado con los cultistas: se hallaban ante una sala de asambleas bastante grande, planificada para albergar a todos los habitantes del poblado. Y de hecho, todos estaban allí, de pie e inmóviles, mirando hacia la fuente de luz carmesí.

Era una esfera flotante que despedía destellos estroboscópicos, tan veloces que el ojo humano no podía seguirlos. Su luz era hipnótica, maligna y a la vez acogedora. Hombres, mujeres y niños estaban alineados a sus pies, paralizados como estatuas, absortos en la contemplación del resplandor. Y todos tenían venas rojas saliéndoles como raíces por debajo de los ojos.

Fueron los reflejos de Uri, producto de tantos años vigilando su propia espalda, lo que les impidió caer en la trampa, ya que reaccionó instintivamente y apartó a los dos jóvenes del área de efecto de la luz.

—¡Solrojos! ¡Pase lo que pase, no miréis hacia la luz! —gritó.

Los tres cayeron de espaldas, empujados por el violento retroceso de Uri, pero cuando estuvieron en la otra habitación se dieron cuenta de que allí tampoco estarían a salvo. Porque había más esferas luminosas bordeando el edificio por fuera, concentrándose como avispas en torno a ellos. Solo era cuestión de segundos que alguna decidiera entrar volando por la ventana, o por la puerta entreabierta, y ya no les quedara ningún lugar donde esconderse de su luz.

A Saynon le lloraban los ojos. Solo había posado durante medio segundo la vista en aquella cosa, y fue como si su cerebro hirviera, despojándose de voluntad. Como

si alguien hubiese activado un conmutador para tomar el mando de su organismo por control remoto y él hubiese estado a punto (pero realmente a punto, a milímetros del abismo) de caer en un insondable trance.

Uri apuntó a una de las esferas con su arma, intentando no mirarla directamente sino triangular su posición mediante el reflejo de su imagen en diferentes superficies. El primer disparo erró, abriendo un polvoriento agujero en la pared de la casa. El segundo dio de lleno en el artilugio flotante, reventándolo en mil pedazos.

—¡Corred hacia la nave con los ojos cerrados! —ordenó Uri, ayudándolos a levantarse—. ¡Si podéis, tapáoslos con las manos, porque la longitud de onda de ese brillo es mayor que el espesor de los párpados! ¡Venga, joder, *Valruss* os abrirá la esclusa!

Saynon agarró por los brazos a Nura y se dispuso a salir corriendo, como ordenaba el cazador..., pero en el último segundo se paralizó.

No pudo marcharse, porque bastó con que mirase un instante al interior de la sala de reunión, la que estaba atestada de personas..., para que lo viese a él.

Él.

Era él, Caleb Gloss, no le cupo la menor duda. Y eso que su cuerpo estaba tan grotescamente cambiado que asemejaba el de una gárgola que latiese con vida propia.

Saynon dejó atrás a Nura. Y al cazador. Y a todo. Entró caminando muy despacio en la sala, sin importarle si lo bañaba la luz maligna o no, y se quedó mirando embobado a Caleb.

¿Cómo describir lo que es contemplar el terror puro, el espanto más extremo que puede llegar a sentir una persona, y hallar en él las claves del amor? ¿Cómo era posible estar enfrente del demonio y descubrir ángeles en su mirada?

Saynon descifró las claves de ese misterio en un instante.

Caleb. Su amado, la mitad de su alma. Todo su mundo. Estaba allí, debajo de aquellos sedimentos de piel cerúlea, de dientes afilados, de ojos infernales, de garras curvas. Estaba allí, enterrado vivo a muchos metros de profundidad bajo la apariencia y la carne. Y seguía con vida, que era lo más importante. Seguía siendo él. Podía sentirlo.

El problema era que Saynon no sabía cómo llegar hasta el cofre profundo que contenía el alma de Caleb. No tenía la pala adecuada para remover todas aquellas capas de sedimentos físicos y psíquicos. Lo único que se le ocurría era abrazarlo, hablarle, llorar en su hombro; ofrecerle un ancla emocional que quizá, solo quizá, le sirviera a su mente para escalar la pared del pozo.

La expresión de la gárgola, sin embargo, era la de un trance combatido desde dentro, una lucha exteriorizada por el sudor y las contracciones musculares involuntarias, que delataban la dureza de la lucha para intentar salir. El monstruo pugnaba por huir, por quebrar las cadenas psíquicas y escapar de la prisión lumínica.

¿Sería la mente de Caleb o la de su «secuestrador» la que estaba librando esa batalla? Era imposible saberlo.

A menos que...

Los ojos de Saynon se abrieron desmesuradamente al entenderlo.

Phernon irrumpió en la sala como un vendaval, cubriéndose los ojos con un brazo y apuntando con el otro hacia el solrojo. Nura estaba a su espalda, pero caminaba torpemente, convertida en un zombi con raíces rojas saliéndole de los párpados. No había podido evitar mirar el resplandor.

El cazador podía haber destruido la esfera en aquel momento, pero falló el tiro porque Saynon le dio un fuerte golpe en el brazo, desviándolo.

—Pero ¿qué cojones estás haciendo?! —berreó Uri.

Sin embargo, había inteligencia en los ojos de Saynon. Un plan.

—Confía en mí —suplicó—. ¿No lo entiendes? Es lo último que me dijo Caleb antes de fugarse del tallo: ¡romperlo desde dentro! ¡Bucear en el umbilical!

—¿Qué coño dices? ¿Bucear dónde...? —Uri se tapó completamente los ojos

porque el resto de las esferas ya habían entrado en la sala, eliminando cualquier punto muerto, cualquier atisbo de sombra que pudiera protegerlos contra su radiación letal.

O empezaba a disparar ya, aunque fuese de manera frenética, o echaba a correr rezando porque los sicarios de la Amalgama no hubiesen desembarcado en el exterior.

Pero en el rostro de Saynon había algo que lo detuvo.

Serenidad.

—Adiós, Uri Phernon —dijo el joven—. Gracias por haberme traído hasta aquí, y por habernos salvado la vida a Nura y a mí. Nunca podré pagártelo.

Uri temblaba. Estaba furioso.

—¿Cómo que adiós? —gritó—. ¿Adónde te vas?

—Aún quedaba mucho de Caleb cuando subimos a la estación —afirmó—. Él sabía que se estaba yendo, que la otra personalidad estaba a punto de suplantarle, y por eso me hizo un último regalo: intentó entregarme los secretos que él mismo podía ver desde el interior de su cerebro al sentir llegar al intruso. —Saynon se volvió hacia la esfera roja—. Entrar en el umbilical. Cortar la conexión desde dentro. Es la única manera de rescatar su mente; si no lo hacemos así, quien saldrá será la bestia.

Uri fue a replicar, diciéndole que le parecía un plan horrendo y que iba a llevárselo de allí aunque fuese a rastras. Pero no le dio tiempo, porque el joven alzó ampliamente los párpados y miró hacia la luz.

La luz hermosa.

Los destellos estroboscópicos.

Es

tro

bos

có

pi

cos.

pi

có

bos

tro

Es

Su mente se fue.

Relax comodidad alzar vista cielo rojo carmesí rojo sangre estupefacto asombrado
 tranquilidad abandono misericordia sumisión absolutos más muchos más gente
 ligados utilidad eficiencia reduccionismo simplificación esclavos mente propia mente
 compartida liberación idea prohibida sumisión idea aceptada canción melodía
 asincronía lucha potestad subyugación individuo soledad silencio colectivo sinfonía
 coro multitud pulcritud obediencia inmovilidad trabajo objetivo compartido objetivo
 final rebelión castigo dulce agonía aprender castigar asimilar arrepentirse claudicar
 vencer dominar feo alzarse hermoso luchar perdonar buscar encontrar perder
 esconderse buscar colectivo mente colmena busca halla encuentra escondite sombra
 subterfugio parar detener correr huir esconderse buscar buscar buscar buscar hallar
 amor amor perdido castigo muerte destrucción idea personal idea colectiva grieta
 estructura andamio repulsión rebelión cavar grieta andamio huir hueco pared luz aire
 respira calma pasillo luz resplandor carmesí huye oscuridad bien luz mal repta
 escóndete camina anda gatea llora tiembla muere vive chilla ama allí aquí presión
 aplastamiento masa vacío conducto túnel libertad verdad mentira liberación compañía
 ser no ser...

Saynon

Saynon

Saynon

Caleb

Caleb

Caleb

Bhuta Naar

Bhuta Naar

Amalgama

Ser no ser no ser no ser no ser no ser no ser nosernosernosernos...

¡Ser!

Y Saynon Krens fue.

Al abrir los ojos, vio que estaba de pie sobre una pupila gigante.

La totalidad del terreno que se extendía a su alrededor lo conformaba un ojo enorme, abierto, con él situado justo en el centro de la pupila. Los radios del iris salían disparados hacia fuera como relámpagos de color, dando la sensación de caída a través de un túnel iridiscente hacia...

¿Ninguna parte?

Saynon no sabía dónde se encontraba.

Saynon estaba asustado.

Saynon no estaba solo.

Había alguien más allí.

La desorientación solo duró unos segundos. A su cerebro no le costó asumir que el entorno era una metáfora de otra cosa; al fin y al cabo, los juegos en mundos esquizofrénicos de realidad virtual se habían convertido en una pieza más del aprendizaje de cualquier niño, y en Tanjet, cuando se programaban esos espacios digitales alternativos, era para arrastrarte (lo quisieras o no) a una experiencia lisérgica.

El Otro estaba de espaldas a Saynon. Era una gárgola, un vampiro, un ser con alas de murciélago y cresta de pterodáctilo. No era de color azul.

—¡Caleb! —exclamó el joven. Su voz salió tamizada con ecos, encerrada en burbujas líquidas. A pesar de su densidad, llegó hasta los oídos del Otro, que se volvió en silencio hacia él.

Hubo un cruce de miradas.

Un choque.

Una catarsis.

La gárgola examinó a Saynon sin responderle. Sus alas estaban parcialmente extendidas, como si en cualquier momento pudiera echar a volar y fugarse de aquella isla-ojo que flotaba en un mar de esclerótica blanca. Un privilegio no extensivo a Saynon.

Este alzó sus brazos hacia la gárgola. Brazos suplicantes, derrotados.

—¡Por favor, vuelve conmigo! —le pidió—. ¡Regresemos juntos! ¡Reg... !

Enmudeció al darse cuenta.

Aquella gárgola no era la misma que él estaba persiguiendo. No era Caleb Gloss, ni Bhuta Naar, ni ninguna opción intermedia. Se trataba de un extraño, alguien jamás visto hasta entonces.

El Otro se acercó hasta quedarse plantado a un metro de Saynon. Sus ojos de reptil lo miraban con curiosidad científica, casi con... fascinación. Como el niño que observa una bacteria por un microscopio y se empeña en contarle los flagelos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Saynon, asustado.

La gárgola giró unos grados la cabeza hacia un lado.
La giró de nuevo hacia el otro.
Luego respondió:

SOY EL DIOS DE GEL, EL CREADOR DE LA AMALGAMA.
SOY EL PRINCIPIO Y EL FIN, LA INSTAURACIÓN GENÉTICA PERFECTA.
ESTÁS EN MI CASA,
ESTÁS EN MI MENTE.
¿CÓMO HAS LLEGADO HASTA AQUÍ?

Saynon dudó. Seguro que era una pregunta con trampa.
—Entré por el resplandor rojizo. Luché contra las órdenes que me llegaban. Me resistí al borrado de voluntad. Encontré una salida.
La gárgola pareció sorprendida por su respuesta, aunque no enfadada.

PRIMERO EN CONSEGUIRLO, PRIMERO EN TRASPASAR,
PRIMERO EN VER LO QUE HAY AL OTRO LADO.
¿QUÉ BUSCAS, CRIATURA DE CARBONO?
¿QUÉ PREGUNTA ANHELAS QUE SEA CONTESTADA?
¿POR QUÉ HAS ARRIESGADO HASTA ESE PUNTO TU VIDA?

—Porque amo a alguien —dijo Saynon llanamente.

La contundencia de esa afirmación (y su capacidad para explicarlo TODO, hasta lo más irracional) cogió desprevenida a la gárgola, al dios de Gel. Saynon empezó a creer que estaba hablando con una cognoscitiva, algún tipo de IA loca que regía el sistema informático de la Amalgama y se creía una divinidad en su mundo.

Por si acaso, decidió seguirle el juego.

—He venido para llevarme a Caleb Gloss. Él no ha firmado ningún contrato con vosotros. Por lo tanto, tiene derecho a su libertad.

ÉL NO FIRMÓ, PERO ACEPTÓ A SU HUÉSPED.
ES EL HUÉSPED QUIEN ME INTERESA.
TRAMPA PARA LOS BAAZU,
TRAMPA PARA RATONES.

—¡Caleb no aceptó a nadie! —gritó—. ¡Lo engañaron, le metieron esa cosa en la cabeza como un maldito virus! Es inocente...

ENTIDADES SEPARADAS, AHORA RADICALES LIBRES.
LA AMALGAMA QUIERE ATRAER A SUS HIJOS PRÓDIGOS,
HACERLOS AVANZAR EN NUESTRA MISMA DIRECCIÓN.
PERO SOLO ACUDIRÁN SI SE LES PONE UN CEBO,

SOLO SE RENDIRÁN SI SE LES MUESTRA UN ATISBO DEL PARAÍSO.

—¿Sus... hijos? —dudó el joven. En su cabeza explotaron imágenes inducidas, *flashes* de hacía mucho tiempo («conectado, estoy conectado a una red, esto que veo no es más que una inducción, un gran guiñol virtual»), una era de conflictos entre ejércitos genéticos. Grandes corporaciones se alzaban y caían devoradas por otras más agresivas. Armas de modificación masiva alteraban el ADN de ciudades enteras, bien fuera con su consentimiento o sin él.

Ese peculiar escenario sociopolítico era la cuna en la que nacieron los Baazu, así como otras manifestaciones extremas de la alteración biológica. Tiempos oscuros para un Tanjet que aún no había descubierto el carnaval (y la diversión, y las drogas, y el sexo desenfrenado, y todo cuanto ello conllevaba) como válvula de escape para la psicosis colectiva.

En las imágenes, Saynon vio cómo uno de aquellos seres alterados, quizá el primero de los Baazu genéticamente puros, se distanciaba de los demás. Fue un rey que rechazó a su propia estirpe y evolucionó en una dirección indeterminada, transformándose en algo que iba más allá de cualquier previsión, que se salía de todas las ecuaciones.

Eso lo colocaba en una posición incómoda: ya no era un Baazu, pero tampoco un aerobio normal. La recombinación había hecho de él algo al margen de cualquier definición de ser vivo.

Así que se exilió, viéndose en peligro, y construyó su propio santuario, una fortaleza en el desierto. Eligió una construcción que ya era muy antigua cuando él llegó, y que con el tiempo acabaría siendo conocida como el palacio de la Perpetua Decadencia... un nombre que en realidad era una mala traducción. El vocablo original, escrito en una recensión kodanita de la lengua de Tanjet, quería decir «Perpetua Decoherencia», y se refería a lo que pasaba con el ADN de aquel dios, aquel patriarca oscuro que no paraba de mutar.

El dios de Gel, como se denominó a sí mismo, mató a los monjes que vivían en aquel lugar, monjes cuyo dogma se basaba en añadir piso tras piso a una idea de base (un edificio que se hundía sin remisión), en la eterna persecución de un ideal inalcanzable.

Era una buena metáfora de su estado de recombinatoria genética, así que la asumió como propia, y continuó a su manera con los trabajos de construcción.

De esa manera nació la Amalgama.

Lo que Saynon no entendió, aunque las imágenes que le transmitía aquel ser se empeñaban en mostrárselo, era el porqué de su obsesión con los Baazu, sus antepasados evolutivos.

Como si captase sus dudas a través del enlace virtual, la gárgola dijo:

ESTOY CONDENADO A LA RECOMBINACIÓN ETERNA

Y ESO SOLO PUEDE DESEMBOCAR EN UN ESTADO
DE MÁXIMA ENTROPÍA, DE MÁXIMA DESORGANIZACIÓN.
ESTOY CONDENADO A MORIR DEBIDO A LA MUTACIÓN ACELERADA.
LA ÚNICA FORMA DE DETENERLA
ES ACCEDER AL ACERVO COMPLETO DE ADN ORIGINAL,
PARTIDO EN NOVENTA RAMAS DISTINTAS, UNA POR CADA BAAZU.
HAY QUE ATRAERLOS PARA VER EL ESQUEMA COMPLETO,
LLAMAR A CASA A LOS NIÑOS PARA DISECCIONARLOS.

—O sea, que tu objetivo último es matarlos —comprendió Saynon, acongojado. Sí, tenía sentido. El dios de Gel era el Baazu definitivo, su horizonte evolutivo; aquello en lo que los demás se convertirían si se les daba el suficiente tiempo (o las suficientes drogas).

Por eso había atraído a Caleb/Bhuta Naar al palacio. Para desmenuzarlo en sus partes fundamentales y añadirlo a una sopa de ADN de la que el dios pretendía extraer la formulación primaria de su ser.

Era gracioso. Aquel dios se estaba portando como... como una ecuación matemática excesivamente compleja que buscase como loca su forma más sencilla. Su solución original, porque tanta complejidad se le había acabado yendo de las manos.

Saynon se clavó los dedos en las sienas.

—Pero... pero aquí hay algo que no entiendo. ¿Cómo pudiste implantar en la mente de Bhuta Naar la idea de que tenía que venir aquí? Y si lo conseguiste con él, ¿por qué no lo has intentado con los demás Baazu?

PORQUE PRIMERO TENDRÍAN QUE MORIR, E INTENTAR
TRANSPLANTARSE A UN NUEVO CUERPO.
TODA TRAMPA NECESITA UN CEBO,
Y EL MEJOR PARA TENTAR A LOS BAAZU ES
OFRECERLES LA VIDA ETERNA.
ELLOS NO TEMEN A NADA, SALVO A LA SOLUCIÓN FINAL,
A IGUALARSE A CERO.

Ahora sí que lo entendió: el dios de Gel era quien había introducido secretamente la tecnología de resurrección en la Variedad. No habían sido los urtianos, como muchos pensaban.

Y claro, si fue él quien cimentó las complejísimas bases de ese procedimiento, no era descabellado pensar que incluyera herramientas ocultas que nadie más detectara. Herramientas que pudieran activarse bajo determinadas y muy precisas circunstancias.

Así pues, en cada resurrección de una persona en un cuerpo de gel iba almacenada una parte de la personalidad del dios demente. Una hebra de su código

fuelle. Esto los hacía especialmente sensibles a la etiosfera de la Amalgama. Y por eso el dios les podía implantar ideas en el subconsciente.

Ideas como «ven, vuelve a casa, hijo pródigo. Ven a conocer a tu descendiente más lejano. Aquí te cuidaremos bien».

Bhuta Naar había caído en la trampa en cuanto usó la tecnología de resurrección. Antes, en su vida normal, jamás se habría acercado bajo ninguna circunstancia a los dominios del dios de Gel. Pero en cuanto aceptó la segunda oportunidad, la segunda vida, fue como si hubiese vendido su alma: el código secreto copiado en su matriz no le dejó otra opción.

Y viajó hasta el palacio como un borrego camino del matadero.

Saynon rio con sorna. Así que al final todo se reducía a eso: a otra búsqueda más de la supervivencia propia, de la llave unipersonal para vencer a la muerte.

El dios tenía miedo a extinguirse, que era el mismo motor que movía a Bhuta Naar y a los demás Baazu. Y por eso quería matarlos a todos.

Tanto cambio y tanto sacrificio para que todo siguiera igual.

—Pues quédate con el puto código fuente de Naar —rezongó Saynon, asqueado—. Pero por favor, devuélveme lo que me robaste. A mi amado. Él no es más que un daño colateral en toda esta historia.

IMPOSIBLE SEPARARLOS,
AMBOS SERES SE HAN FUNDIDO EN UNA SOLA COSA,
LAS HEBRAS DE CÓDIGO SE ENTRELAZAN.
SI TE DOY UNA MITAD, ESTARÉ COMPROMETIENDO LA OTRA.
IMPOSIBLE ACCEDER A PETICIÓN

Eso encolerizó a Saynon.

—¡Maldito seas, bastardo, deja de jugar con nosotros! ¡No somos marionetas que puedas mover a tu antojo, somos seres humanos!

ESA DEFINICIÓN ES IRRELEVANTE

—Si has llegado a creer eso, es que estás más allá de toda cura —dijo con tristeza—. Está bien. Si quieres negociar, lo haremos. Te ofrezco mi contrato vital para quedarme en la Amalgama, si puedo estar junto a Caleb.

Esa petición pareció turbar a la gárgola.

¿DE VERAS TE QUEDARÍAS AQUÍ SoLO POR ESTAR JUNTO A
ESTA OTRA ENTIDAD DE CARBONO, AUNQUE
NO SEPAS LO QUE TE ESPERA?
¿POR PURA EMPATÍA?

—Por empatía no, hijo de puta. Por amor —gruñó—. Es algo que tú jamás podrás

llegar a comprender, por muchos años que pasen y mucho que te cambie el ADN informatizado que tienes. Las «entidades de carbono» somos capaces de ir mucho más allá de lo que tú serás capaz nunca, lo que nos hace superiores a ti.

El dios pareció divertido ante semejante declaración, y fue a contestarle cuando se dio cuenta de algo.

Extendió las alas, pero no salió volando. Desde las membranas fueron proyectadas dos imágenes. Una representaba a Caleb, otra vez con forma humana y sin el molesto anillo que iba aparejado a su cuerpo de gel. La otra era la de un demonio, el auténtico Bhuta Naar, tal y como fue antes de su muerte.

Las dos imágenes se quedaron de pie, como esculturas tridimensionales que aguardasen una orden. Caleb no pareció reconocer a Saynon.

La gárgola se acercó a Caleb, lo olfateó y soltó un gruñido. Luego se aproximó a Bhuta.

Fue un gesto lo que delató la contrariedad repentina de la gárgola. De repente echó las orejas hacia atrás, como un gato, como si estuviera escuchando otra conversación (tal vez a otra parte de su personalidad digital, que quizá estaba haciendo otras cosas mientras ella hablaba con Saynon). Y lo que este nuevo interlocutor le contó la puso furiosa.

¡ENGAÑO, TRAICIÓN, INJURIA! ¡CÓDIGO EQUIVOCADO!
¡CÓDIGO ERRÓNEO!

Saynon se sobresaltó.

—¿Cómo...?

¡ME HABÉIS ENGAÑADO! ¡ESTO ES UN SEÑUELO, UNA BOMBA LÓGICA!
¡NO ES EL VOLCADO REAL DE LA MENTE DE BHUTA NAAR!
¡TÚ Y TU GENTE PAGARÉIS POR ESTO!

Saynon no lo entendía, pero hizo lo que su corazón le pidió: mientras el ojo que había bajo sus pies se tornaba de color rojo sangre y el espacio virtual «imploraba», cayendo por el hueco de la pupila como si fuera un agujero negro, corrió a abrazar a Caleb. Sorprendentemente, su imagen era sólida (al fin y al cabo, el propio Saynon no era sino otra escultura 3D allí dentro, y ambas tenían programado volumen y densidad).

Cuando lo tocó, Caleb despertó de su trance y lo miró.

—¿S... Saynon? —susurró.

Eso hizo que saltaran las lágrimas de los ojos del joven.

—Sí, mi amor. Estoy aquí. He venido a salvarte.

Entonces, la escultura de Bhuta Naar estalló.

Era la expresión virtual de una bomba lógica, un virus altamente dañino que llovió por toda la interfaz, filtrándose hacia las profundidades del sistema. Los

pedazos de su cuerpo que impactaron contra el cuerpo de la gárgola se transformaron a la velocidad del rayo en pequeños gusanos, que empezaron a horadar túneles hacia el interior del dios.

La gárgola borró el espacio donde todos se encontraban con un ademán frenético, pero a Saynon no le quedó claro si con eso lograría detener el avance del virus hacia el interior de su sistema. Pero sí que consiguió algo increíble: tanto Saynon como Caleb fueron absorbidos por el torbellino de datos, cayeron al interior del agujero negro...

... Y lo que había al otro lado resultó ser el mundo real. Ni más ni menos.

Saynon parpadeó, librándose del influjo del solrojo. Le dolía horrores la cabeza, como si llevase una eternidad allí dentro.

Los demás prisioneros, los cultistas, también despertaron. Estaban confusos, desorientados, como si se hubieran acostumbrado a que su verdadero mundo fuera el otro y alguien los hubiera lanzado de improviso a un limbo frío y extraño.

El cuerpo de gel de Caleb también reaccionó. Volvió lentamente la cabeza hacia Saynon, y...

Hubo un silencio violento.

Una agonía, una espera que comprimió el infinito en el interior de medio segundo.

Caleb preguntó:

—¿Saynon, de verdad eres tú?

Entonces sucedieron varias cosas.

La pared de adobe se vino abajo cuando un precioso morro cromado la atravesó. Saynon vio la parrilla de un obsoleto radiador, unos faros redondos y unos embellecedores que se prolongaban a lo largo de todo el chasis hasta morder el aire con dos colmillos rojos situados en la punta de atrás.

El Ryno se plantó en mitad de la sala, elevando las puertas de gaviota, mientras su proyector láser barría los solrojos que se acercaban y el conductor hacía lo propio con su pistola inteligente.

—¡Esto se va a acabar convirtiendo en una costumbre! ¡Subid ya, joder! —gritó Uri, remedando su espectacular rescate en el teatro.

Pero en esta ocasión, ni Saynon ni sus compañeros se quedaron quietos un segundo más de lo necesario: los tres, incluyendo a Nura, se lanzaron de cabeza dentro del coche. Las ruedas patinaron levantando nubes de polvo, y el Ryno salió del edificio por la pared opuesta, dejando otro hermoso agujero.

Los cultistas se miraron unos a otros, confusos. Ninguno de ellos reaccionó.

Salir del edificio y situarse en el enganche de la nave fue una sola cosa para el Ryno. De hecho, la nave ya estaba despegando en modo automático (o más bien, controlada a distancia por *Valruss*) mientras los humanos se trasladaban de un

vehículo al otro por el conducto interno.

Las baterías de defensa del palacio salieron de sus escondites en la arena y abrieron fuego contra *Carnosaur*, pero Uri no supo si fue por su pericia como piloto o porque algo estaba fallando en su cognoscitiva, que solo lograron rozarlo tangencialmente.

La nave ballesta desapareció haciendo un agujero en la bóveda celeste.

Habían pasado un par de días y aún no sabían nada de la Amalgama.

Uri estaba en el apartamento de Caleb, curioseando entre todos los trofeos deportivos y las obras de arte abstracto que adornaban el salón. De la cocina (una cocina inmensa, del tamaño de todo el despacho de Uri... incluyendo el garaje) llegaba un trajín de bebidas.

Saynon entró en el salón portando una bandeja con botellas de cristal. Parecía licor de marca.

—Vaya, tenemos aquí a toda una estrella del deporte —sonrió el cazador, manoseando un trofeo empático. Cada vez que le daba la vuelta, como a un reloj de arena, el objeto le transmitía un instante de la euforia que sintió Caleb el día que lo ganó. Si se concentraba, hasta podía sentir la tensión en los músculos del cuerpo y el rugido de fondo de la multitud enfervorizada.

—Sí, de joven despuntó en varios deportes —asintió Saynon—. Ahora, por desgracia, no podrá competir nunca más.

—Eso está por ver —se alzó una voz desde el baño.

Caleb entró también en el salón, con su enorme cuerpo de demonio encorvado y las alas plegadas detrás, para no tirar accidentalmente ningún objeto de los estantes. Pero lo más chocante eran los pantalones cortos que se había puesto por pudor (a pesar de que su nuevo cuerpo carecía de órganos sexuales, cosa que irritaba sobremanera a Saynon). Estampados con palmeras y platillos volantes.

Su cara de pterodáctilo hizo una mueca graciosa.

—Pero bueno, ¿vamos a abrir ya ese champán o no? ¡Tenemos mucho que celebrar!

A Uri le extrañó que Nura no estuviera presente, pero al parecer, y después de su experiencia mística en el desierto, había decidido ingresar en la orden de los cultistas para adorar por siempre al dios de Gel. Entre eso y el nuevo aspecto de Caleb, a su madre casi le había dado un colapso nervioso. Aún tenía que asimilar un poco sus impresiones, pero todo apuntaba a que Germild Gloss-Lavary jamás (entendiendo por este «jamás» un principio básico y eterno del universo, una declaración de resentimiento vitalicia) le perdonaría a su hijo Caleb haber sobrevivido al accidente de la lanzadera, por todos los problemas que eso trajo para la familia.

—Brindo por los que estamos aquí, y por las decisiones que tomaremos en el futuro —dijo Caleb, solemne—. Que espero que no estén demasiado equivocadas.

Saynon lo besó con ternura por un lado de su quijada de demonio.

—Seguro que no lo estarán —le prometió.

Uri se dejó caer en el sofá, resoplando.

—La verdad es que no quería preguntarlo, pero... —Se ruborizó—. Venga, qué cojones, lo voy a hacer. Si no, no podría dormir tranquilo el resto de mi vida. ¿Cómo os lo vais a montar a partir de ahora, parejita?

—¿Montar?

—Sí, que cómo... ¡Rayos, no me hagas decírtelo! —protestó Uri—. ¿Cómo vais a hacer vida de pareja con Caleb en este estado? ¿Os habéis informado de alguna alternativa?

Caleb y Saynon se miraron.

—Sí —contestó el primero—, algo hay. Existen estudios médicos avanzados sobre el trasplante de cerebros, a los cuales mi familia va a donar una generosa contribución. Muy generosa —recalcó—. La cual esperamos que les proporcione el impulso necesario para ahorrar una década o dos de investigación. Ya veremos. Y respecto a lo otro...

—Hay entornos virtuales de inmersión total que incluyen los cinco sentidos —dijo Saynon—. Eso, por definición, también circunscribe al sexo. Nos las arreglaremos hasta que encontremos una cura para él. Además, en el entorno virtual Caleb tiene su verdadero cuerpo —le guiñó un ojo.

—Así me gusta, que seáis gente previsora. —Uri apuró la copa—. En fin, el deber me llama. Hay un montón de trabajos que aceptar, putas que follar y carreteras que recorrer ahí fuera. Y *Valruss* se impacienta. A partir de hoy pienso esforzarme por convertir cada día en una pequeña epopeya.

Se despidieron con unos abrazos que sonaron más a «hasta nunca» que a «hasta luego». En el fondo, Saynon se alegraba de que fuera así. Cuanto más alejados pudieran mantenerse a partir de aquel momento del submundo de violencia y corrupción de Uri Phernon, mejor para ambos.

Cuando se quedaron solos, Caleb abarcó todo el cuerpo de su novio con sus alas de murciélago, y le preguntó:

—¿De verdad no te importa amar a un monstruo? ¿No te importa que el Caleb que conocías se haya ido y ya solo quede una gárgola espantosa?

Saynon encogió los hombros y dijo:

—Bueno, nadie es perfecto.

EPÍLOGO

El edificio donde Uri tenía su oficina había cambiado de piel.

Formaba parte de un contrato con el ayuntamiento de la ciudad que los bloques edificados en aquella zona cambiasen de aspecto exterior cada año para, en palabras del alcalde de Ferazza, «que los barrios no sean tan aburridamente estériles».

Ahora parecía un huso alargado, blanco poroso y lleno de pequeñas retículas que semejaban granos, pero que en realidad eran ventanas. En caso de que un pájaro se acercara a una de esas ventanas y mirara dentro, podría ver al investigador privado a través de las lamas de la persiana. Y puede que también a la cliente que se parapetaba tras un glorioso y fatal cruce de piernas al otro lado de la mesa.

La señora Feuil.

—Así que no ha sido capaz de cumplir con el trabajo que le encargué —dijo. Su voz sonaba afilada como el metal—. Mi hermano sigue preso en la Amalgama. Y mientras tanto usted se rasca el ombligo aquí, mirando folletos de viaje.

Uri lanzó dentro de su cajón los folletos (era cierto que quería hacer una escapadita con el dinero que le habían pagado Caleb y su novio, pero por el momento tenía asuntos que solucionar). Luego miró a los ojos a la señora Feuil, y dijo con mucha dignidad:

—Admito oficialmente mi derrota, señora, y que todo esto haya quedado en nada. Sin duda este resultado me hará perder muchos enteros en las listas de prestigio del gremio, pero...

—Por supuesto que los perderá —rezongó ella, balanceando su gracioso cuello de paloma de delante hacia atrás—. Y muchísimo más que eso. Su incompetencia en este asunto es imperdonable, señor Phernon. Puede tener por seguro que no descansaré hasta que su nombre yazca aplastado por el descrédito y la vergüenza. Conseguiré que lo echen del gremio de cazadores, aunque tenga que usar toda mi influencia política para ello.

Uri silbó, impresionado.

—Vaya, tiene usted arrestos. Eso me gusta en una mujer. Yo, por mi parte, solo puedo desearle un feliz viaje a las colonias exteriores, y esperar que algún día pueda llegar a perdonarme.

Se levantó tendiéndole la mano. Feuil la aceptó a regañadientes, y su expresión fue la de quien toca algo repulsivo.

—Adiós, señor Phernon. Que su caída en desgracia sea lo más dolorosa posible.

—Adiós, señora Feuil. Rezaré por el bienestar de su hermano.

Cuando ella llegó a la puerta y estaba a punto de abrirla con energía, Uri añadió algo:

—Por cierto... ¿fue muy complicada la transferencia de mentes?

Ella se paralizó. Aún dándole la espalda, preguntó:

—¿Cómo dice?

—La transferencia. —Uri cruzó los pies encima de la mesa y se lio un cigarrillo holográfico de la marca «Deje de fumar en solo tres lecciones»—. Crear un clon digital del paquete de datos de su mente tuvo que ser de los primeros trucos que aprendió una vez recobró la conciencia de sí mismo en la Ultralínea. Encontrar la bomba lógica y camuflarla como una parte más de los archivos de la copia de Bhuta Naar supongo que sería más difícil.

La señora Feuil se volvió hacia él lentamente.

—Pero el mayor de todos los desafíos —prosiguió el detective, impertérrito—, seguro que fue volcar la copia en un cuerpo de gel, con el suficiente grado de autonomía para piratear la mente de su antiguo dueño. El Bhuta falso tenía, primero, que subyugar a su anfitrión y apoderarse de su cuerpo, como habría hecho el verdadero. Y segundo, lograr entrar de algún modo en la Amalgama para que nuestro amiguete el dios de Gel, al diseccionarlo, activara el virus y se clavara a sí mismo el puñal en la espalda. ¡Brillante!

»No crea que no me ha costado ver el cuadro en todo su esplendor, con la suficiente perspectiva. ¡Es digno de la mente retorcida de un Baazu! Los primeros movimientos de este juego se remontan a siete años atrás, cuando encontró a un programador llamado Blat para que hiciera de conejillo de Indias. Lo engañó para que trabajara para usted al tiempo que le implantaba los paquetes de datos básicos del virus en la mente. Luego se encargó de acojonar tantísimo al pobre desgraciado que solo le quedó una puerta abierta: solicitar los servicios de la Amalgama para que lo protegieran de la amenaza Baazu. ¡Hasta se permitió el lujo de contratar a un paisano mío, Lysmo Klaufil, engañándolo para que los emboscara en el Cementerio de los Paradigmas y lo matase!

»La Amalgama aceptó acoger a Blat en su seno sin sospechar que llevaba en su interior la simiente de una bomba lógica. Pero como no podía codificar todo el virus dentro de una sola cabeza, porque el dios de Gel lo habría detectado, lo hizo por partes: a la mente del pobre Blat envió una mitad, radicales libres de código que en sí mismos no significaban nada, y que parecían solo basura. Ahora tenía que meter dentro la otra mitad, y... ¿qué mejor forma de hacerlo que haciendo que el propio dios le abriese las puertas del palacio?

»Simular su muerte fue solo el siguiente paso de un retorcido plan para destruir al dios de Gel. Usted sabía que regresaría de entre los muertos, pero se tomó el suficiente tiempo flotando en la nube como para analizarse a sí mismo, encontrar las franjas de código del dios y reescribirlas, eliminando el peligro de que le influyeran con órdenes ocultas. Solo eso le llevó siete largos años, muchísimos más en tiempo informático. Pero cuando al fin lo limpió, metió el resto de la bomba en el Bhuta falso y lo lanzó a la cabeza del primer pardillo que estuviese resucitando en esos momentos: el bueno de Caleb Gloss.

»Su clon infectó a Caleb, lo metió dentro de la Amalgama, buscó en la mente colmena las otras partes de la espoleta, y ¡pum! —Hizo un gesto expansivo con las

manos—. ¡Reventó, infectando todo el sistema! ¡Bravo! Pero hubo algo con lo que no contó, señora Feuil, una brecha en este plan perfecto, y es que Caleb Gloss lograra volver de su prisión. Que consiguiera regresar de donde nadie ha regresado nunca: la Amalgama.

»¿Por amor, por voluntad, por un fallo generalizado del sistema causado por su virus? Elija usted la opción que más le guste, pero lo cierto es que al final Caleb volvió. Y se trajo con él todos los cambios que la etiosfera de la Amalgama había operado en su mente con el objetivo de añadirla a la colmena.

»Sí, fue increíblemente difícil rastrear todo eso: formatear la mente de Caleb, encontrar los añadidos del dios de Gel, traducirlos a un idioma comprensible para nuestras IA..., pero en el fondo de la caja negra había premio, señora Feuil. ¡Había premio! —Uri dio palmas como un niño contento—. Encontramos el último registro de sucesos, lo último que vio el dios de Gel antes de desconectar la interfaz. Y leímos sus conclusiones.

»Fue él quien detectó la bomba, aunque no pudo evitar que explotara. Pero supo (oh, sí, lo supo perfectamente) que el virus estaba dividido en varias partes, y que algunas de ellas estaban asociadas con la mente de otro de sus esclavos, un tal Blat...

»Sumar dos más dos, después de eso, fue insultantemente sencillo.

Uri se calló, observando cada detalle en los movimientos de la mujer, que se limitaba a mirarlo fijamente, de pie en el umbral.

Cuando estuvo claro que Feuil no iba a alegar nada en su defensa, Uri abrió el cajón de la mesa, sacó un objeto y dijo:

—Yo no soy ningún lumbreras, pero puedo hacer una suma sencilla, señora Feuil... ¿o debería llamarla Bhuta Naar?

El cuerpo preparado para la vida en las colonias de la mujer amagó un gesto, un contraerse sobre sí mismo para saltar sobre Uri..., pero el cazador fue más rápido. Apretar el gatillo de su pistola y que la cabeza (con buena parte del torso) de la señora Feuil volara en mil pedazos fue algo automático, instantáneo.

Cuando los pedazos de ella dejaron de caer sobre la alfombra, Uri compuso una expresión de disgusto.

—Vaya, la señora de la limpieza me va a matar —murmuró, y enfundó el pistolón haciendo un molinillo.

Y esto es todo. Mi amo liquidó a un Baazu, al más buscado de todos los tiempos, y recuperó su posición de prestigio en el gremio. Yo, por mi parte, aún estoy esperando a que me lleve al planchista para que me arreglen los impactos de plasma de la huida del palacio. Pero cuando uno trabaja para alguien que se rige por la ley del puño cerrado... En fin, es lo que nos toca sufrir a los Rynos, una vida de servidumbre no siempre satisfactoria.

Ahora os dejo. Hay un montón de trabajos que aceptar, putas que follar y

carreteras que recorrer ahí fuera. Y los Rynos no nos caracterizamos por tener mucha paciencia...



VÍCTOR CONDE, en realidad llamado Alfredo Moreno Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1973.

Comenzó a estudiar psicología, pero abandonó la carrera desilusionado y se pasó a Imagen y Sonido. Realizó algunos trabajos dentro del mundo del cine. En la actualidad trabaja como programador de sistemas. Su trabajo como guionista le permitió profundizar en la estructura de la trama de sus futuras novelas. De hecho, *El tercer nombre del emperador* surge por su interés de convertir en novela una idea irrealizable en el cine.

Prolífico autor de ciencia ficción, literatura fantástica, terror y juvenil; un auténtico todo terreno, ya sea en la literatura de género, ya en la literatura a secas, sin más etiquetas, con una voz sumamente personal y un talento innegable para conjurar imágenes poderosas. En 2010 ganó el premio Internacional Minotauro de literatura fantástica, del que había quedado finalista en dos ocasiones (2004 con *Mystes* y 2005 con *El teatro secreto*). Al año siguiente gana el premio Ignotus por su novela *Crónicas del Multiverso*, del que había sido finalista en 2009 (*Albedo cero*). También fue finalista del Premio UPC (mención de aprecio, 2007) de novela corta por *Mercaderes del tiempo*. Sus novelas *Naturaleza muerta* y *Crónicas del Multiverso*, contaron con el favor de crítica y público, tendencia que consolidó definitivamente con *Heraldos de la luz*, con la que inauguró la trilogía de los *Heraldos*, su proyecto más ambicioso dentro del campo de la narrativa fantástica orientada al público juvenil.

Su temática es una mezcla de aventura a caballo entre lo fantástico y la ciencia ficción. Un tipo de *Space Opera* que consigue sobresalir por encima de la intrascendencia de las aventuras espaciales, al estilo de Dan Simmons, uno de sus autores de referencia. Su serie más conocida, la saga de *Piscis*, está protagonizada por una mujer creada genéticamente, una guerrero que viaja a bordo de su nave espacial. Se trata de un conjunto de novelas y relatos donde predomina la acción y la diversión.

Actualmente, además de dedicarse a la literatura, trabaja como guionista, tanto para el cine como para la pequeña pantalla. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

Notas

[1] Ver *Crónicas del Multiverso: Imperio*. <<

[2] Moneda de uso común en Tanjet, cuya forma física es un cono escaleno con los motivos de un arlequín. <<

[3] El caso Zalmank fue uno de los escándalos de la clase política más sonados de Tanjet, y el que más víctimas gubernamentales se cobró. Se verbalizó en jerga para designar cualquier escenario económico o político destinado de forma ineluctable al fracaso. <<